4

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

EL PASTELERO DE MADRIGAL

LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 340

TOMO CUARTO
35 CÉNTIMOS

R. 43.143

M. Fernández y González

Biblioteca de Andalucía Granada

EL PASTELERO DE MADRIGAL

TOMO CUARTO

1-Z-601/4

LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.
MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt
3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens
4.—Carmen, Próspero Merimée.
6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
7.—Humo, Turguenef.
8.—El pescador de Islandia, Loti.
9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
10.—La Savelli, G. A. Thierry.
13.—Amor de española, J. B. d'Aurevilly.
15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
18.—Miss Mefistófeles, F. Hume.
19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
20.—Tiempos difíciles, Dickens.
23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
24.—Venganza corsa, P. Merimée
25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
26.—El ilustre Cantasirena. G. Rovetta.
27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
[illegible].—Los buscadores de oro, E. Conscience.
[illegible].—La bohemia, E. Murger.
38.—La peña del muerto, por Q. Couch.
167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Sole.
173.—El oro sangriento y
174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
177.—Eugenia Grandet. H. Balzac.
221 á 222.—La dama de la ganzúa, G. le Faure.
223 á 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
251, 252 y 253.—La Maffia; Georges le Faure.
255.—Aventuras de Gordón Pym, Edgardo Poe.
257.—Werther.—Goethe.
258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
273 á 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
Venganza africana, E. Sué
265 á 272.—El judío errante, E. Sué.
274 á 281.—Los misterios de Paris, E. Sué.
El año 2000, por E. Bellamy.
282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
290 á 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.
326 á 331.—El rey, el pueblo y el favorito, Rafael d Castillo.

Colección Conan Doyle.

11.—Sable en mano. 12—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte. Ruy Blas. Hernani. Angelo; tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstoi.

44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz.
46.—La sonata de Kreutzer.
47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. du Terra

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azules.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96 Los lobos de la nieve..—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color pe rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

51 á 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 á 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 á 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 á 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 á 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 á 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 á 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 á 129. El collar de la reina; 4 tomos.—142 á 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 á 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 á 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 á 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 á 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

130 á 138. El Tribunal de la sangre.—39 á 147. El siglo de las tinieblas.—308 á 311. El peluquero del Rey.—312 á 318. Las justicias de Felipe II. 319 á 325. Las dos reinas.

Mayne Reid

159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los náufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 á 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 á 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 á 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 á 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 á 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 á 264.—Lucrecia Borgia.—La buena madre, 285 á 28 .—La princesa de los Ursinos, 295 á 300.

Clásicos españoles

175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 303 al 306.—Don Quijote de la Mancha.
209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
248—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 307.—El médico de su honra.—Mañana será otro día.
254.—Romancero del Cid.
256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...

El Pastelero de Madrigal

CAPITULO XVIII

DE LO QUE DIÓ LUGAR Á QUE GABRIEL DE ESPINOSA DIESE DE ESTOCADAS Á CÉSAR MALATESTA.

(*Conclusión.*)

Al fin, Malatesta desembocó en un gran ospacio circular, cubierto de césped, en medio del cual se alzaba un edificio, á través de cuyas vidrierrs de colores se veía el fuerte reflejo de la iluminación del interior.

Dentro de aquel edificio sonaba la música, y á él se dirigían máscaras provenientes de todos los senderos del Laberinto.

César Malalesta se detuvo cerca de una de las puertas del gran pabellón oriental de que ya hemos hablado.

Brachioforte salió de entre los árboles, se encogió, adelantó encogido, y se tendió entre la hierba, oculto por ella, y fuera de los senderos.

Pasó algún tiempo: al fin, dos mujeres, una de las cuales llevaba bajo su manto un traje blanco, como la otra llevaba bajo el suyo un traje encarnado, salieron por entre los árboles y se detuvieron, sin ver á Brachioforte muy cerca de ellas.

—Laureta—dijo Estéfana, que ella era—, aquel que está parado cerca de la puerta, es sin duda César Malatesta; aquí debemos separarnos, porque yo sola debo hablarle, y tú, además, tienes que ir á encontrar á Bempo y avisarle. Lo que te he dado debe ponerlo en las confituras secas: César Malatesta sabe que yo no las como, y él gusta mucho de ellas, particularmente de las peras; que haya una hermosa pera entre las confituras: vete ya.

Laureta se separó de Estéfana, y se dirigió al pabellón, donde entró.

Estéfana, en tanto, se dirigía lentamente hacia el sitio donde esperaba de pie y con marcadas señales de impaciencia César Malatesta.

—¿Qué haces aquí guardando esta puerta?—dijo Estéfana alterando la voz cuando hubo llegado César—; te expones á tener un mal encuentro; porque á ti te conoce todo el mundo, y te conoce de mala manera.

—El encuentro bueno ó malo que esperaba, le tengo ya—dijo Malatesta.

—¿Sabes quién soy?—dijo riendo Estéfana—; estoy segura de que te engañas.

—Mi corazón latiría menos si fueses otra—dijo César Malatesta.

—¡Ah! ¿Tu corazón late por mí?

—Como no ha latido por ninguna mujer.

—Dicen que te casas, César, y puede suceder que creas que quien te habla es tu esposa.

—Si tú consintieras en ser mi esposa, Elena Conti, á pesar de todos los poderes del mundo, se quedaría sin casar.

—¿Quién crees que soy yo?

—La mujer que adoro, y de quien he recibido una cita para el pabellón turco de los jardines de Apolo.

—¡Que has recibido una cita de mí! Tú estás loco, César.

—Esta mañana he recibido una carta en que se me daba una cita, y al pie de la cual se leía Estéfana Barbarigo.

—En buen hora; la carta puede no ser de Estéfana, como muy bien puedo yo no serlo.

—Yo te conozco—dijo Malatesta—; se desprende de ti un perfume que no tiene ninguna otra mujer.

—Gracias en nombre de Estéfana, que es lástima que no sepa lo enamorado que estés de ella. ¿Pero cómo es que siendo tú quien eres no te ama Estéfana?

—Tú lo sabes, y he ahí por qué tu cita me extraña, y me extraña mucho más el que no hayas faltado á ella.

—Repito que te engañas.

—¿Y cómo es que estás aquí sola conmigo? ¿Que para acercarte á mí has despedido á tu doncella?

—Vengo buscando á un hombre á quien amo, y te he confundido con él; por lo mismo, y puesto que he conocido al verte mi equivocación, quédate con Dios, César.

—Espera, espera—dijo Malatesta, asiéndola una mano y deteniéndola—: dime, ¿quién es el hombre á quien amas?

—Yo no amo; me caso simplemente.

—¿Sin amor?

—Así se casan la mayor parte de las mujeres.

—¿Y por qué eso?

—Porque generalmente el hombre á quien amamos, no quiere ó no puede casarse con nosotras.

—Hablas con una franqueza que espanta.

—Como que tengo puesto el antifaz.

—Las mujeres estáis siempre enmascaradas.

—Para todo el mundo, sí; para el hombre á quien amamos, no.

—¿Y dices que no amas al hombre con quien te vas á casar?

—No.

—¿Y por qué te casas con él?

—Por desesperar al hombre que me ama, y de quien no me atrevo á mostrarme enamorada, aunque le amo con toda mi alma.

Latió violentamente el corazón de César Malatesta, y su sangre ardió.

—¿Y no conoce el hombre que te ama—dijo—que le amas tú?

Y la voz de Malatesta temblaba.

—No—dijo Estéfana—, porque en vez de amor, le he mostrado odio, le he hecho concebir esperanzas, y le he burlado; es demasiado presuntuoso y vano, y yo he humillado su vanidad con un desprecio tan bien fingido, que él le ha creído verdadero.

—¿Es ésta una nueva traición, Estéfana? ¿Es ésta una nueva burla?

—Me alegraría de que te oyese Estéfana; porque una de dos, César: ó á fuerza de seducir mujeres has aprendido á mentir como las mujeres, ó estás enamorado de Estéfana Barbarigo con toda tu alma.

—¿Y puedes dudarlo? ¿No te he dado pruebas de mi locura, de mi desesperación? ¿No me veo por ti despreciado y maldecido por mi segundo padre, por tu noble padre Giacomo Barbarigo?

Estéfana soltó una carcajada tan natural, tan burlona, que César Malatesta dudó.

—¿Si no eres Estéfana—dijo—, cómo sabes lo que me has dicho?

—Como sé otras muchas cosas más; dime, César—añadió Estéfana, acercándose al oído de Malatesta con acento ardiente, aunque siempre perfectamente fingido—, ¿para cuántos amores tienes tú corazón?

—Para ella sola—dijo Malatesta, estrechando contra su pecho la suave y mórbida mano de Estéfana, que ardía.

—¿Y dime, César, si la que te hablase fuese tu sultana mora, la esposa de ese extranjero que se murmura es el rey don Sebastián, responderías lo que me has respondido á mí, creyéndome Estéfana?

—Yo estoy loco—dijo Malatesta—; yo busco amores desesperados para calmar el dolor que me causa el desprecio de Estéfana, de mi diosa, de mi ángel terrible, de mi destino; yo he acabado por dudar quién eres tú; tienes la misma estatura, el mismo aspecto, la misma morbidez que tres mujeres, entre las cuales me encuentro colocado. Pues bien, aunque tú seas esa sultana mora, doña María de Souza, la esposa repudiada por el rey don Sebastián; aunque seas Elena Conti, la mujer á quien me unen, no el amor, sino lazos fatales que no pueden romperse sino cuando uno de los dos haya exterminado al otro; seas cualquiera que conozca por una causa que no adivino mis secretos, sábelo: yo amo á Estéfana Barbarigo; ella es la única mujer de quien he sido esclavo, de quien seguiría siendo esclavo.

—Estéfana se casa esta misma noche—dijo con voz opaca y alentando apenas Estéfana—; tó lo sabías, tú te vas á casar también esta noche con Elena Conti; ¿qué has hecho tú?

—Venir á una cita de Estéfana.

Estéfana estrechó fuertemente la mano de César Malatesta, y con la mano izquierda, trémula y presurosa, se despojó del antifaz y arrancó el suyo á César Malatesta.

Lo que pasó inmediatamente fué solemne, terrible; las miradas de aquellos dos jóvenes, hermosos ambos como una tentación, se cruzaron, se confundieron, abrasadoras, terribles, inmensas.

Entrambos estaban pálidos y temblaban.

—Hay un destino común á los dos, César—dijo Estéfana—, entrambos nos encontramos envueltos en una nube de fuego; yo no sé lo que siento por ti, si es amor ó aborrecimiento; pero á ti me arrastra un poder invencible; necesito oirte, necesito que me digas cuánto eres capaz de hacer por mí; dudo, vacilo; estoy á punto de decidir mi destino y no quiero dudar ni vacilar.

—Rompamos por todo, Estéfana—dijo Malatesta—; yo estoy amenazado por el Consejo de los Diez, obligado á casarme con Elena Conti, empeñado mi orgullo, que mi amor no, por la mujer de ese rey sin reino y sin corona, de una parte, tengo amenazada la vida; de la otra, empeñado mi orgullo en un duelo á muerte; pues bien, Estéfana, mi alma está bebiendo por mis ojos el alma tuya que arde en tu mirada; el fuego de tu sér se transmite á mi ser por tu hermosa mano, que tiembla entre mi mano; tu hermoso seno se agita cerca del mío y oigo los latidos violentos de tu corazón; tú me amas, Estéfana; tú no sabías que me amabas, hasta que ha llegado el momento de consagrarte, de entregarte á otro hombre; tú has necesitado saber cuánto era mi amor hacia ti, y me has citado; nos hemos encontrado, tú próxima á unirte á ese extranjero, yo faltando á la hora y al lugar donde obligado por la República debía unirme con Elena Conti; pero esto ha sido un sueño; una terrible pesadilla que nos ha envuelto á los dos, Estéfana; pero hemos nacido el uno para el otro; no hay poder ni destino que puedan separarnos; viéndote, oyéndote, adorándote, nada existe para mí en el mundo más que tú; toda la hermosura junta de todas las mujeres que me han amado, desaparece, se borra de mi memoria, por una sola mirada de tus ojos; ¡qué importa lo que haya de suceder! ¡Qué importa que me despedace el Consejo de los Diez por inobediencia, si he gozado en un sólo momento una eternidad de gloria contigo! ¡Ah! ¡No me engañes, Estéfana! ¡Yo temo que todo el amor, toda la turbación, toda la alegría que veo en tus ojos, que me embriaga en tu aliento abrasado, sean mentira! Pero no, no, tú no mientes ahora, ¿no es verdad? Tú no mientes ahora como me has mentido otras veces; poro ¡insensato de mí! á qué dudar, si todo tu ser me está diciendo ¡yo te amo!

—Sí—contestó Estéfana, lanzando aquel sí envuelto en un suspiro—; ¡yo estoy loca! El infierno te ha dado sin duda todo su poder; mi cabeza se pierde; no me acuerdo á qué he venido aquí; ¡ah, sí!—exclamó Estéfana con un acento en que se revelaban el miedo y el horror—: había venido á matarte.

—¡Tú! ¿Tanto me aborreces?—exclamó dolorosamente Malatesta

—No, no te aborrecía—dijo Estéfana—, te temía César; he humillado demasiado tu orgullo, te he irritado demasiado; eres harto terrible para que yo no temiese por la vida del hombre á quien vieses esposo mío.

—Pero esto es volverse loco—dijo Malatesta—; ó tu amor, ese amor que veo en ti, es una fascinación que te embriaga, ó te unías sin amor con ese hombre.

—Yo no te conocía, César; no te he conocido hasta esta noche, hasta hace un momento; nunca me has hablado tú con tanta sinceridad; cuando tú me enamorabas, veía yo en ti la intención de humillarme, y esto me irritaba, me obligaba á humillarte á mi vez; nosotros hemos sido enemigos; no podíamos olvidarnos el uno del otro, y creíamos odio lo que sentíamos el uno por el otro, César; tú has enamorado á otras mujeres por irritarme; yo, por irritarte, he escuchado los amores del rey don Sebastián; el mismo día en que ese rey me vió y me siguió, fuí yo á casa de Tieppolo Albano á comprarle el tósigo de los Borgias; ese tósigo, le he entregado yo hace poco, antes de venir á hablarte, viéndote ya, para que lo entreguen á Bempo, el cocinero que prepara las viandas que se sirven en ese pabellón donde debíamos entrar juntos, donde no entraremos, César, porque yo, que nunca he asesinado; yo, que no he nacido para matar, al verte, al unir mi mano con la tuya, me he estremecido, he pensado en que si no retrocedía, en que si te halagaba, si te engañaba, dentro de poco tiempo, tu mano, que ardía en mi mano, sería la mano helada de un cadáver. ¡Oh! No puedes dudar de mí, César, porque te lo revelo todo, porque al revelártelo todo, te doy la seguridad de que mi alma es tuya.

—Tengo miedo, Estéfana—dijo con acento

cobarde Malatesta—; tengo miedo, porque me parece imposible que Dios me permita gozar la felicidad de tu amor; en mi memoria se levanta todo el mal que he hecho, todos los dolores que he causado, toda la sangre que he vertido; tengo la conciencia negra, he sido un infame, y la felicidad no puede ser nunca el premio de la infamia.

—¡Oh, no! Dios tal vez tiene misericordia de ti, y te da mi amor para que te conviertas, para que hagas tanto bien como mal has hecho. ¡Dios mío! yo no sabía lo que era amar, y era dura, fría, terrible; no he hecho daño á nadie, he amargado el corazón de mi buen padre, de mi anciano padre; yo conozco ahora que te amo, y que te amo como Dios quiere que ame la mujer, porque me siento ansiosa de virtud, porque mi alma se ha hecho tierna y dulce de repente.

—A cada momento siento más miedo; porque á cada momento me siento más feliz—dijo Malatesta.

—¡Ah, no! Escucha, yo he entrado en los jardines con el rey don Sebastián; por él, á quien yo creía amar, fascinada por su historia, por su nombre, por sus desgracias, por la grandeza que de él rebosa, yo venía á matarte, porque temía que tú, al verle esposo mío, le matases; él está aquí, yo voy á buscarle; yo le diré: señor, perdonadme si engañada he podido engañaros; yo no os amo; lo he comprendido hace un momento; porque al ir á matar á César Malatesta, he comprendido que le amaba, que no había amado ni podía amar á otro más que á él; perdonadme, señor, y olvidadme ó tomad de mí la venganza que querais, porque yo no puedo engañaros, porque yo no puedo sacrificarme, porque yo no puedo hacerme horriblemente desgraciada, envolviéndoos en mi desgracia.

César Malatesta estrechó contra su seno en silencio á Estéfana, que reclinó la cabeza sobre su hombro y lloró.

Era la primera vez que Estéfana lloraba.

Es necesario convenir en que Gabriel de Espinosa era muy desgraciado.

Todas las empresas que acometía tenían un resultado desastroso.

Por la primera vez de su vida había amado, y cuando por su amor se había indispuesto con su conciencia, abandonando á su esposa, á quien nunca había amado, pero á quien todo lo debía; abandonando á su hija arrastrado por la locura, cuando ebrio de amor y de deseo se creía próximo á gozar del cielo que había soñado en Estéfana, Estéfana comprendía, delirante de placer, que no amaba al hombre á quien creía haber amado; que amaba con toda su alma al hombre á quien había creído aborrecer con todo su odio; que el rey don Sebastián le era completamente indiferente, y que César Malatesta era su felicidad, el ardiente destino de su vida.

Lo repetimos: Gabriel de Espinosa no podía ser más desgraciado.

—El tiempo se pasa—dijo Estéfana—, y yo también tengo miedo; el rey don Sebastián es terrible, y comprendo que sería insensato decirle lo que había pensado decirle; ese hombre está loco, César; ese hombre tiene la locura de la grandeza y del orgullo; ese hombre me despreciaría y te buscaría á ti.

—Me ahorraría la mitad del camino, porque yo voy á buscarle; porque ese hombre ha oído palabras de amor de tu boca, y necesito que me pague con su vida la felicidad de haberlas oído; él y yo no cabemos juntos en la tierra; es necesario que el uno sea arrojado en la tumba por el otro.

—Tú me has dicho que serás mi esclavo—dijo pálida de terror Estéfana—; y si yo no te veo dócil á mi voluntad, creeré que no me amas, y seré horriblemente desgraciada; tú harás lo que yo te mande, ¿no es verdad?

—¿Y qué te importa la vida de ese hombre? Mira no crea que aún queda en tu alma para él un resto de amor.

—¿Lo creerías así, César?—dijo solemnemente seria Estéfana.

—¿Por qué cruzarse entre las espadas de dos hombres que deben aborrecerse?—exclamó con acento amenazador Malatesta.

—¡Por ti! ¡Porque temo por tu vida!

—¡O por la suya, Estéfana!

—¡Dios mío! Tú no puedes decir eso; yo venía á matarte, y en vez de matarte te he dado mi alma entera, porque ha sido necesario que yo arrostre esta situación terrible para que conociera que te amaba.

—¡Oh! ¡Insensato de mí!—exclamó Malatesta—; ahora lo comprendo todo; Satanás te ha dado el arte del engaño.

—¿Qué dices, César?

—Sí, es verdad; tú no estás acostumbrada á matar; te habías creído bastante fuerte para co-

meter el crimen, y al verle de cerca, al tocarle, has retrocedido espantada.

—¡No; he comprendido que te amaba!

—Mientes; á quien tú amas es á ese rey de farsa, á ese aventurero; sabías que yo me había de cruzar en vuestro camino; que yo había de matarle antes de que llegase contigo al altar, al mismo altar en que en vano han pensado me uniría con Elena Conti; has sido cobarde, y ahora mismo no sabes qué debes hacer.

—¡Ah! ¿Crees tú que yo vacilo, que yo dudo, que yo tengo miedo, que no soy tan valiente como tú, que no soy como tú capaz de todo, que podía yo amarte como te amo si no fuese semejante á ti? Pues bien, voy á darte una prueba de que no miento. Oyeme, César; si yo salgo de aquí contigo, dejando solo y esperándome en vano á ese hombre, si yo te hago completamente mi señor, si después voy á arrojarme á los pies de mi padre á rogar su perdón, á pedirle su bendición para nosotros dos, ¿creerás que te amo?

—Sí; si eso haces, lo creeré—respondió Malatesta con la mirada resplandeciente de alegría.

—¿Y qué harás tú por mí en premio de mi amor, de mi delirio?

—Cuanto me pidas, Estéfana.

—Oye; yo creo que ese hombre, que ese rey don Sebastián, es incontrastable; en algunos momentos veía en su mirada algo de la mirada de de la fiera, del valor indómito y sanguinario del león; yo tengo miedo; yo tiemblo al solo pensamiento de que os encontréis frente á frente y espada en mano; hay momentos también en que creo que tú eres invencible, y cuando loca y fascinada creía amarle, temblaba por él, como ahora tiemblo por ti; ten lástima de mi agonía, César; al conocerte, he conocido que te he amado siempre sin saberlo; y te amo tanto, que todo me espanta; yo conseguiré el perdón y la bendición de mi padre, estoy segura de ello; yo le diré: señor, vos sois prepotente en Venecia, yo tiemblo al solo pensamiento de que se busquen y se encuentren César y el rey don Sebastián; valéos de vuestro poder, y apartad de Venecia al rey. Y mi padre que me ama, que me ama porque soy su hija, que cree haber olvidado que yo existo, porque está irritado contra mí, me acogerá amoroso cuando yo le busque arrepentida, y apartará de Venecia al rey; porque tiene para con el rey un deber de lealtad, y para contigo el deber de velar por el esposo de su hija.

—Por tu amor, todo; hasta la deshonra—dijo Malatesta.

—¡Oh! Yo también lo arrostro todo por ti; hasta la muerte.

—¿Y quién puede poner asechanzas á tu vida?—dijo Malatesta.

—La mujer con quien debías unirte: Elena Conti.

—¡Oh! ¡Elena Conti! La mujer con quien me manda casarme, so pena de traición á la República.

—Y bien, que nos haga pedazos el Consejo, Elena Conti ó el rey don Sebastián; el amor se ha rebelado en nosotros, y mi amor es valiente; yo siento lo mismo que tú sientes; una eternidad de gloria en un momento de felicidad contigo, y después, que nos reduzca en buen hora á ceniza el fuego del cielo. Ven.

—¿Y no esperas á Laureta?

—Ella se volverá sola á casa.

Y Estéfana se asió del brazo de César Malatesta, y tiró con él hacia la entrada de uno de los senderos del Laberinto, pasando muy cerca de Brachioforte, que estaba escondido entre la hierba.

Pero aún les faltaba un gran espacio para llegar á los árboles, cuando por otro sendero apareció un hombre que marchaba apresuradamente.

Aquel hombre llevaba un birrete rojo bordado de oro, una loba negra con pieles de armiño, un jubón de raso blanco y negro, y calzas blancas.

Aquel hombre era Gabriel de Espinosa, que en su precipitación tropezó con Malatesta y Estéfana, la reconoció, lanzó un rugido de rabia, se hizo atrás, y quedó mirándolos frente á frente. En aquel momento salió de entre los árboles una dama ricamente vestida á la veneciana con el semblante descubierto.

Era la sultana Sayda Mirian.

Tras ella, con traje condotiero veneciano, con el semblante descubierto, terciados en el brazo izquierdo dos albornoces, venía un hombre.

Aquel hombre era Yezid, el leal servidor de Aben-Shariar, que se había salvado por un milagro de la muerte, y servía con su ardiente fidelidad africana á Sayda Mirian.

Esta y Yezid se detuvieron á alguna distancia de Gabriel de Espinosa, atentos á lo que iba á suceder.

Por la otra parte, Brachioforte se había puesto de pie, había probado si su espada salía bien de la vaina, y observaba atento.

Del mismo modo Yezid empuñaba con la mano, trémula de coraje, su espada.

Nuestros lectores no saben cómo y por qué razón Gabriel de Espinosa se encontraba frente á frente de Estéfana Barbarigo y de César Malatesta.

Pueden, sin embargo, adivinar, al ver allí tambien á la sultana Sayda Mirian, que ésta era la causa de aquel encuentro.

Yezid servía á la sultana como hubiera podido servirla el más inteligente esbirro.

Yezid había podido averiguar quién era entre la servidumbre de Estéfana Barbarigo la persona que más gozaba de su confianza, y supo que esta persona era su doncella Laureta.

Laureta fué comprada á un tiempo por Yezid, por amor y por dinero.

Aunque Yezid tenía ya más de cuarenta años, era todavía un buen mozo; Laureta, que era muy linda, inspiraba la elocuencia, si no del amor, del deseo, á Yezid, que era vehemente como buen africano, y esto, junto á la esplendidez con que regalaba á la muchacha, hizo que Laureta se enamorase ciegamente de Yezid, lo que es lo mismo que si dijéramos que Laureta era toda en cuerpo y alma del bravo corsario.

Por este medio Sayda Mirian sabía cuanto pasaba en el palacio Barbarigo entre Estéfana y Gabriel de Espinosa, que sus amores se acercaban dignamente al matrimonio, que nada, en fin, grave existía entre Estéfana y Gabriel, más que el serio compromiso de un enlace próximo. Sayda Mirian, abandonada á sí misma, repudiada, privada de la ayuda de Aben-Shariar, estaba resuelta á todo para impedir aquella boda.

Había recurrido al Consejo de los Diez, y el Consejo de los Diez la había respondido declarándose incompetente, pero tomándola á ella y á su hija de una manera independiente de sus asuntos de familia bajo la protección de la República, lo que era lo mismo que decirla: no os faltará una renta para vivir, ni una casa donde habitar.

Por lo demás, el Consejo de los Diez no podía oponerse al repudio decretado por el Papa, en uso de su poder legítimo como representante de Dios sobre la tierra, como la mano suprema que tenía la potestad de atar y desatar.

Sayda Mirian, pues, se vió reducida á su propio esfuerzo y á los leales servicios de Yezid.

Este había sabido aquel día por Laureta que aquella noche debía celebrarse secretamente el casamiento de Gabriel de Espinosa y de Estéfana; pero que antes, Estéfana iría con Gabriel de Espinosa á los jardines de Apolo, para donde Estéfana había citado á César Malatesta.

Yezid había tenido en sus manos la carta que Estéfana había dado á Laureta para que la llevase á César Malatesta, la había abierto cuidadosamente, la había leído, la había copiado, y la había vuelto á cerrar de tal modo, que no podía conocerse que había sido abierta.

Por esto había asistido la sultana aquella noche á los jardines de Apolo, desde antes de que su puerta se abriese; había esperado, había reconocido, á pesar de su disfraz, á Gabriel de Espinosa, le había oído, como sabemos, lo que había hablado con Gabriel y con Laureta Estéfana á la puerta de los jardines.

Otra persona que hubiese oído las palabras de Estéfana nada hubiera podido comprender por ellas; pero para Sayda Mirian, fueron una alegría, porque la permitían obrar con grandes probabilidades de buen éxito.

Así es que, apenas entró en los jardines, buscó la laguna y la estatua de Niove, á alguna distancia de la que se puso en observación con Yezid.

Estéfana había aprovechado una ocasión oportuna, se había desasido de Gabriel de Espinosa, se había perdido entre los árboles inmediatos, y Gabriel de Espinosa se había encontrado solo.

Esto le había contrariado gravemente.

Gabriel de Espinosa veía con extrañeza, y tenía razón para extrañarlo, la excéntrica conducta de Estéfana, su incalificable entrevista en la misma noche de su casamiento con César Malatesta, y esto le hizo recelar, y le puso en muy mala disposición de espíritu.

Vagó algún tiempo por los jardines, por ver si encontraba á Estéfana, y no consiguiéndolo, se fué á esperar, á cada momento más colérico, al lado de la laguna y al pie de la estatua de Niove, donde Estéfana le había dicho que volvería á buscarle.

Aún no habían pasado cinco minutos desde que esperaba, cuando se acercó á él lentamente una máscara magnífica, afectada de una manera completa en su modo de andar, que se com-

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

prendía no era su paso acostumbrado, y deslumbrantemente vestida con un ostentoso traje de patricia veneciana, y de patricia riquísima.

Gabriel de Espinosa ni aun llegó á sospechar que aquella dama fuese Sayda Mirian.

De tal manera desfiguraba ésta su paso, su actitud y hasta su estatura, encorvándose para parecer menos alta, porque, como sabemos, Sayda Mirian tenía una estatura aventajada.

Gabriel de Espinosa no estaba de humor de aventuras, y recibió de una muy mala manera á Mirian, que se había detenido cerca de él.

—Déjame en paz y sigue tu camino—la dijo—; no me conoces de seguro, y yo no quiero conocerte. Anda con Dios.

—Me causa pena que estés solo, mientras Estéfana Barbarigo habla libremente con su antiguo amante César Malatesta.

—Mientes—dijo Gabriel de Espinosa—; César Malatesta jamás ha sido amante de Estéfana.

—¿De qué mujer hermosa, joven y patricia, no ha sido amante César Malatesta?

—Por que haya sido amante tuyo, mujer—dijo con desprecio Gabriel—, ¿ha de haberlo sido también de Estéfana? Vete.

—¡Amante mío! ¿Cuándo he tenido yo amante?—exclamó Sayda Mirian, olvidándose de fingir la voz.

Gabriel de Espinosa la reconoció, tembló y se hizo atrás.

—¡Mirian!—exclamó.

—Pues bien, sí, no quiero mentir más; no quiero encubrirme más; no tengo necesidad de mentir ni de encubrirme. ¡Sí; yo soy tu esposa, Sayda Mirian! ¡Tu esposa ante Dios y ante los hombres, á pesar de tus traiciones, á pesar del Papa y del mundo entero! ¡La sultana Sayda Mirian, que se acuerda de que es africana, de que la debes la vida, de que la perteneces entero! ¡La sultana Sayda Mirian, á la que siempre encontrarás á tu lado como la encuentras ahora, si no la matas, en lo que la harías un favor! ¡La sultana Sayda Mirian, que no ha podido hablarte cuatro palabras sin decirte: yo soy Mirian, que te ama á pesar de tu desagradecimiento y de tus traiciones! ¡Que viene aquí á ponerse á tu paso, á irritarte, á obligarte á que la mates, porque prefiere morir á verte esposo de otra mujer!

—Yo no soy un hombre—dijo Gabriel de Espinosa dominado por la pasión que emanaba de la mirada, de las palabras, de la actitud de Sayda Mirian.

—Sí, es verdad—dijo Mirian—; tú no eres un hombre; tú eres una fiera, que ni aun tiene amor á sus hijos.

—¡Yo soy rey! Yo me debo á mi reino, que sufre á un señor extraño; mi casamiento con esa mujer es una necesidad; por ella obtendré todo el favor de la República, porque ella es hija del senador Barbarigo, del poderoso Barbarigo, que dispone de los destinos de la República.

—¡Mientes! ¡Calumnias al generoso anciano, que ha arrojado de sí á su hija Estéfana avergonzado de ella! ¡Mientes y calumnias á tu reino, porque el noble reino de Portugal vería con placer y sobre su trono á la mujer que todo lo ha sacrificado por su rey, que se lo ha salvado, que se lo ha conservado! ¡Pero mientes! Tú no eres rey, tú no tienes del rey don Sebastián más que la semejanza; el rey don Sebastián murió en Alcázar Kivir; tú has sido conmigo un villano, y un rey no incurre jamás en una villanía.

Gabriel de Espinosa se puso encarnado hasta en lo blanco de los ojos é instantáneamente pálido con la densa palidez de la cólera, llevó instintiva y enérgicamente la mano á su puñal.

—¡Sí, mátame!—dijo Mirian—; eso es lo que deseo; á eso he venido aquí; no importa que nuestra hija quede huérfana, porque el noble Barbarigo la ha obtenido la generosa adopción de la República de Venecia.

—¿Qué hombre es ése?—dijo Gabriel de Espinosa al ver cerca de Mirian á Yezid, que, al poner Espinosa la mano en su puñal, se había acercado.

—¡Soy yo, Yezid el africano; Yezid, que se acuerda de lo que era hace diez y siete años la sultana Sayda Mirian y ve lo que es ahora! ¡Yo, que, por respeto á la sultana y estando ausente el emir Sidi-Yhaye, he debido pedirte cuenta de lo que has hecho, seas quien fueres! ¡Yo, que no te he dado el castigo que mereces porque la sultana ha detenido mi brazo; porque la infeliz te ama y yo soy su esclavo!

—¡Yezid!—exclamó Sayda Mirian mientras Gabriel de Espinosa callaba, porque la terrible violencia de su cólera le enmudecía.—¡Yezid, vete!

—¡No!—exclamó Yezid—; no me apartaré de aquí hasta que ese hombre haya dejado de amenazarte, sultana.

—¡Vete!—dijo Sayda Mirian.—¡Retírate! Gabriel es demasiado noble, demasiado valiente, para ensangrentarse en una mujer.

Yezid se retiró lentamente y murmurando, como el mastín á quien su amo contiene.

—He aquí á lo que hemos llegado—dijo Sayda Mirian—; pero yo no he traído á ese hombre, no, para que me defienda; yo no quiero más defensa contra ti que mi dolor y mi infortunio; pero yo no podía venir sola; no puedo impedir tampoco que su lealtad le obligue á defenderme; deja, pues, de amenazarme, Gabriel; si me aborreces, si necesitas mi sangre, yo me iré sola contigo, yo te seguiré donde puedas saciar en mí tu cólera sin que nadie lo vea, sin que nadie te pueda hacer cargo. ¿Para qué quiero la vida si no tengo tu amor?

Y Mirian se echó á llorar.

Las lágrimas de Mirian apagaron la cólera de Gabriel.

No era un malvado, sino un loco, y se conmovió.

Comprendió todo lo terrible de la situación de Mirian y sintió remordimientos.

Y entonces le pareció Mirian tan hermosa como Estéfana, y más pura, más enamorada que ella.

Entonces, en un momento de reacción, comprendió toda la enormidad de lo que había hecho, vió con cuánta razón estaba Mirian desesperada y resuelta á todo, y el recuerdo de su pequeña hija ardió en su corazón y le dominó.

—Yo estoy loco—dijo pasándose la mano por la frente, como si hubiera querido arrancar de su cerebro la locura.

—¡Sí, sí! ¡Eso es!—dijo Sayda Mirian con ansia, aprovechándose de aquel buen momento—; tú estabas loco, pero ya no lo estás, no, porque conoces tu locura, y yo te amo, Gabriel; ¡yo te amo!—añadió asiendo sus manos—y tú me amas también, ¡oh Dios mío!; tú amas á tu hija, á nuestra hija. ¡Si tú no podías dejar de amarme! ¡Si es que esa infame mujer te ha enloquecido, te ha engañado! ¡Si esa mujer no te ama, no puede amarte! ¡Si ama á otro hombre!

—¡Que ama á otro hombre!—exclamó con la mirada vaga y el acento frío, pero colérico, Gabriel.

—¡Sí, á otro hombre que ha sido su primer amante! ¡A otro hombre á quien en estos momentos habla sin duda enamorada allá en el pabellón del Laberinto, en un lugar en estos jardines que yo no conozco, porque yo nunca he venido! Pero nos lo dirán, sí, nos lo dirán; iremos los dos y la sorprenderás en su traición.

Y sin dejar á Gabriel que contestase, Mirian se llegó á Yezid:

—Ve—le dijo—, busca á uno de los criados, á uno de los servidores de estos jardines, y pregúntale por dónde se va al pabellón del Laberinto; ve.

Yezid se puso en marcha y se alejó como temeroso de dejar sola á la sultana con Gabriel.

—¡Oh, este es un sueño horrible!—dijo Gabriel, pasándose de nuevo la mano por la frente.

Y luego asió las manos de la sultana, la miró con extravío y exclamó:

—Pero esto no puede ser; yo no he podido olvidarme de ti sin un encantamiento; dicen que los venecianos conocen filtros que enloquecen, como conocen venenos que matan. ¡Esa mujer!... ¡Estéfana!... ¿Dices que ella tenía aquí una cita con un hombre que ha sido, que acaso es su amante?

—¡Sí!—exclamó con acento ardiente Mirian, acompañando su afirmación con la ansiosa expresión de su semblante y con un movimiento enérgico de cabeza.

—Ella, Estéfana, me había dicho algo de eso, que quería matar á un hombre porque era un peligro para mí, para ella.

—¡Miserable!—exclamó con indignación Mirian.

—Deja, deja—continuó Gabriel, en cuya mirada había á cada momento más vaguedad—; yo he sido débil; yo me he dejado arrastrar por ella á estos jardines; pero yo no había consentido en el cobarde proyecto de asesinar á ese hombre, á ese César Malatesta; le hubiera matado yo á estocadas en el momento mismo en que se hubiera cruzado delante de mi paso; pero yo no sé asesinar; yo no puedo asesinar, yo no puedo incurrir en la infamia de aniquilar á un hombre bravo, tenido por invencible en Venecia, valiéndome de la mano débil y traidora de una mujer; yo estaba resuelto á no separarme de ella, á ponerme entre ella y él en el momento en que nos encontrásemos y á concluir como concluye un asunto de honor un caballero; pero ella se me ha escapado perdiéndose entre la gente; ella ha ido...

—A ver á su amante antes de ser tu esposa—

dijo con desprecio Mirian—; á convenir, sin duda, el medio de seguirte engañando, porque ella no matará á César Malatesta, no; le ama demasiado; por él ha caído sobre ella la maldición de su padre; todo lo que ella te ha dicho no ha sido más que el principio de una farsa convenida para confiarte, para seguir engañándote. ¡Oh, la impura, la miserable, la infame! Pero vivía yo, estaba atenta yo; yo, que soy tu esposa, aunque el Papa te haya declarado libre; yo, que te amo más que á mi vida, más que á mi salvación; yo, que he llegado á tiempo para decirte: despierta, mira lo que es la mujer por quien has olvidado, has sentenciado á la desesperación y á la agonía á tu buena Mirian, que te ama, á la madre de tu hija.

—Salgamos, salgamos cuanto antes de esta situación — dijo con una colérica impaciencia Gabriel—; has venido á despertarme y me has despertado, y al despertar, he visto á mis pies el horrendo abismo en que he estado á punto de caer; pero he visto también que se me burla, que se me escarnece, y necesito venganza.

—¡Qué más venganza que el desprecio!—dijo Mirian—; ¡qué más venganza que volver amante á mis brazos, romper ese decreto que nos separa, y vivir amantes, unidos por el amor de nuestra hija!

—César Malatesta creería que le tenía yo miedo—dijo con acento sombrío Gabriel—; unámonos en buen hora; yo lo deseo; pero que nadie pueda decir que yo he tenido miedo; vamos á buscar á ese hombre.

—¡Oh! ¡Si te mata, Gabriel!...—dijo Mirian juntando las manos—; dicen que es terrible, que nadie resiste su espada.

Por lo mismo es necesario probar si él resiste á la espada que en Africa me rodeó de cadáveres, antes de que mi mano inerte la soltase.

En aquel momento apareció Yezid, cuyo rudo y terrible semblante se dulcificó al ver á Gabriel y á Mirian cariñosamente asidos de las manos.

—Al pabellón del Laberinto—dijo acercándose—, se va por entre esos árboles de la izquierda, siempre adelantando, y torciendo siempre á la derecha.

Oir esto Gabriel de Espinosa, desasirse de las manos de Mirian y partir á la carrera hacia los árboles de la izquierda, fué cosa de un momento.

Mirian y Yezid le siguieron.

Y así, en paso rapido, él delante y ellos detrás, entraron en el Laberinto, le atravesaron y llegaron á su centro en el momento en que Estéfana y César Malatesta se encaminaban asidos el uno del otro á la salida del Laberinto.

Gabriel de Espinosa comprendió á primera vista, en la manera de apoyarse Estéfana en el brazo de Malatesta, que le amaba.

La rabia de verse burlado, la traición descubierta porque Gabriel, apareciendo de repente había sorprendido el descuido de su amor, obraron en Gabriel de Espinosa con la fuerza y rapidez de la electricidad.

Ciego de cólera, rugiendo como un león hambriento, se lanzó espada en mano sobre César Malatesta, que apenas tuvo tiempo para desnudar su espada.

De una parte Brachioforte, y de la otra Yezid, se lanzaron con las espadas desnudas para interponerse; pero habían llegado tarde.

A pesar de la destreza, del valor y de la serenidad de César Malatesta, había sido desarmado á la primera embestida de Gabriel de Espinosa, y había recibido una tras otra en el pecho tres furiosas estocadas, tiradas con una rapidez horrible.

Cuando llegaron junto á Gabriel el esbirro y el corsario, cuando Mirian se abrazó á él convulsa y aterrada, César Malatesta estaba por tierra arrojando la sangre á borbotones por sus tres anchas heridas.

Afortunadamente para Estéfana, Mirian había abrazado á Gabriel de Espinosa, y Brachioforte y Yezid se habían interpuesto.

De otro modo Gabriel de Espinosa hubiera cerrado á estocadas con Estéfana después de haber tendido á Malatesta.

Porque Gabriel de Espinosa estaba embriagado por la pasión febril que le había inspirado Estéfana, y la rabia, el dolor, los celos le enloquecían.

Estéfana se lanzó sobre César Malatesta y se tiñó en su sangre.

—¡Muerto!—exclamó lanzande un grito horrible, vibrante, agudo, arrancado del fondo de su alma.

Y luego, alzándose rígida, cubierto de extensas manchas rojas su blanco traje, con la mirada fiera y centelleante, con los brazos temblorosos y extendidos hacia Gabriel de Espinosa, gritó:

—¡Maldito seas tú y que su sangre y mi desesperación caigan sobre tu cabeza, y que me vengue de ti la mano de un verdugo!

Y vacilando luego, é inclinándose hacia el cadáver, cayó sobre él con los brazos extendidos.

—¡Ah!—exclamó Gabriel de Espinosa envainando su espada y lanzando una larga y hueca carcajada; ¡yo estaba loco!

Y se volvió á Mirian, la estrechó entre sus brazos, y exclamó:

—¡Tú sí que me amas!

Luego se volvió, y llevando á Mirian asida de la mano, se alejó en paso lento.

Yezid los siguió.

Brachioforte envainó su espada y se quedó inmóvil al lado del cadáver y de Estéfana, que estaba desmayada sobre César Malatesta.

En Venecia brotaban los esbirros de entre la yerba, de los troncos de los árboles, de debajo de las piedras, de las paredes, del pavimento, del fondo de los canales, de todas partes, en cuanto un hombre daba el más ligero motivo para ser preso.

Aún no había entrado entre los árboles Gabriel de Espinosa, y ya cinco ó seis esbirros, que no se sabía de donde habían salido, se dirigían á él.

Brachioforte tocó un silbato y todos aquellos esbirros se detuvieron y vinieron alrededor de Brachioforte.

—Nadie prenda á ese hombre—dijo Brachioforte—, de orden del Consejo de los Diez; levantad á esa dama, llevadla al pabellón y que sea socorrida; quedáos dos de vosotros junto á ese cadáver y que nadie le toque.

Después de esto, Brachioforte partió, atravesó el Laberinto á buen paso, salió de los jardines de Apolo, entró en una góndola, y dijo al gondolero:

—Al palacio Conti.

Brachioforte había cumplido con su deber, dejando ir libre á Gabriel de Espinosa.

La orden que le había dado el secretario del Consejo de los Diez, Rugiero Maffei, decía lo siguiente:

"Que ningún dependiente de la República prenda al extranjero Gabriel de Espinosa, sea cualquiera el delito que cometiese. Pero que se dé parte inmediatamente de lo que hubiese hecho al Consejo de los Diez."

CAPITULO XIX

QUÉ SIRVE DE EPÍLOGO Á LA SEGUNDA PARTE

El Consejo de los Diez había encontrado ya demasiado lo que sucedía, y había decidido librarse de la carga de aquel protegido que comprometía á la República obrando de una manera tan imprudente.

No era lá muerte de César Malatesta causada en un lugar público y concurrido lo único que había tenido lugar.

Se hablaba con hondo escándalo y con grande conmoción de la desgracia que había acontecido en una de las primeras hosterías de Venecia.

En ella, dos damas de la alta nobleza veneciana, Estéfana Barbarigo y Elena Conti, habían causado uno de esos sucesos que no pueden oirse sin estremecimiento.

Aquellas dos damas habían llegado, la una después de la otra, una noche ya tarde, á la hostería del Gato Azul, y la primera, al tomar la habitación, había dicho al hostalero:

—Cuando venga una dama preguntando por otra dama que debe esperarla, traedla aquí; cubrid entretanto la mesa de viandas y traed vino de Chipre.

La mesa fué servida.

Poco después llegó otra dama, preguntó por la que había llegado anteriormente, y se encerró con ella.

Aquellas dos damas iban vestidas de luto.

Pasó mucho tiempo y ninguna de ellas llamó.

Pasó aún más tiempo, y ya se observó el aposento donde estaban encerradas.

Pero dentro reinaba el más profundo silencio.

Pasó, en fin, tanto tiempo, que la puerta fué forzada y se encontró...

Antes de decir lo que vieron los que penetraron en aquel aposento forzando su puerta, debemos decir lo que aconteció en él.

La primera dama que había entrado era Elena Conti

Iba rígidamente vestida de luto, y en su semblante se veía una desolación y una palidez espantosa.

Apenas Elena Conti se quedó sola después de haber sido servida la mesa, y puesto sobre ella dos grandes jarros de cristal llenos de dorado vino de Chipre, Elena sacó una caja de oro y arrojó los polvos blancos semejantes á mármol

de Carrara molido que la caja contenía, la mitad en uno de los jarros, la otra mitad en el otro.

Después se sentó en un sillón y permaneció inmóvil, muda y terrible.

Media hora después se abrió la puerta y volvió á cerrarse y apareció en el aposento otra dama rigurosamente enlutada también.

Era Estéfana Barbarigo.

Al verla, Elena se levantó rígida y se quedó mirándola frente á frente.

—Me habéis citado aquí á nombre de César Malatesta—dijo Estéfana Barbarigo.

—Sí, os he citado para un festín mortuorio—dijo Elena Karuk—; para un festín en que no estamos solas, porque está entre nosotras la sombra de César. Sentáos á aquel extremo ó á este extremo de la mesa, donde gustéis, y bebamos por el alma de nuestro amante.

Estéfana se acercó á uno de los sillones que estaban colocados delante de uno de los extremos de la mesa.

En aquel extremo había uno de los grandes jarros de cristal que contenían el vino de Chipre.

Elena Karuk se acercó al sillón colocado delante del otro extremo de la mesa donde se veía el otro jarro.

Entrambas damas permanecieron algún tiempo contemplándose sombríamente.

—Entre nosotras—dijo Elena Karuk—existe algo que nos une.

—Sí—dijo Estéfana Barbarigo—, el luto que llevamos por un mismo hombre.

—Nosotras debemos amarnos—dijo Elena Karuk.

—Sí, debemos amarnos hasta el punto de exterminarnos.

—Pues bien—dijo Elena—brindemos por nuestro amor ó por nuestro odio.

—Brindemos—dijo sobreexcitada Estéfana Barbarigo, llenando su copa al mismo tiempo que Elena Karuk llenaba la suya.

—Que nos odiemos en la eternidad como ahora nos odiamos—dijo Elena Karuk levantando su copa.

—Sea—contestó Estéfana levantando la suya.

Y ambas extendieron los brazos chocando las anchas copas, y bebieron.

Apenas hubieron bebido, Elena Karuk soltó una horrible carcajada, y su mirada se fijó con una burla y un sarcasmo horrible en Estéfana Barbarigo.

—¿Por qué os reís? ¿Por qué me miráis de ese modo?—dijo con irritación Estéfana.—¿Es acaso porque me habéis invitado á venir y he venido? ¿Qué encontráis de extraño en esto? He venido á miraros frente á frente; á conocer á la mujer que se creía con derecho á provocarme porque su amante ha muerto entre mis brazos. ¿Qué hay de común entre nosotras? Vos habéis sido desde hace mucho tiempo la manceba de César, que en vano ha pretendido ser su esposa y yo la mujer pura que no hubiera sido suya sino cuando le hubiera tenido por esposo.

—Vos le habeis seducido cuando yo le esperaba para unir á él mi suerte y mi vida, y vos le habeis entregado á la terrible espada del rey de Portugal: no, no es el rey de Portugal el que le ha muerto; habeis sido vos, vos que temblábais por la vida del rey don Sebastián desde el momento en que fuéseis su esposa por los celos y por el furor de Malatesta. Por eso yo no he pensado en vengarme del rey de Portugal; él no ha sido más que una víctima vuestra; él no ha sido más que el instrumento y vos habeis sido el pensamiento infame; por eso yo os he buscado para mi venganza; yo os he provocado para obligaros á venir aquí y habeis venido. ¡Oh, gracias, Estéfana, porque estais aquí y yo estoy vengada ya de de vos!

—¡Vengada! ¡Es decir que creeis que yo no he venido también á tomar venganza de vos!

—¡Oh! ya es tarde; dentro de poco os vereis dominada por un dulce enlanguidecimiento; el sueño pesará sobre vuestros ojos y os dormiréis para despertar en la eternidad.

—¡Ah!—exclamó Estéfana.—¡Vos sois la dueña, la moradora maldita de ese palacio en que dicen vive el diablo!

Y Estéfana dió un paso hacia Elena.

Y aquellas dos mujeres quedaron mirándose frente á frente sombrías, convulsas, lívidas, desfiguradas, espantosas.

Durante algún tiempo ninguna dé ellas habló una sola palabra.

Elena Karuk dió á su vez un paso hacia Estéfana.

Casi se tocaban ya.

—¡Escucha!—dijo Elena Karuk con voz sorda y concentrada—; yo adoraba á César desde hace mucho tiempo; era mi amante; nos unía un lazo terrible, un lazo de crimen, un lazo que en vano pretendía romper; pero yo no podía dominarle;

yo no podía obligarle á que partiese conmigo su nombre, á que fuese mi esposo. Había una mujer (y el acento de Elena se hizo más sordo y más concentrado), una mujer hermosa que irritaba al mismo tiempo el deseo y la soberbia de César, una mujer funesta que estaba colocada entre él y yo. Esa mujer eres tú. ¡Tú, á quien hace mucho tiempo aborrezco yo con toda mi alma! ¡Tú, á quien yo no he exterminado porque he tenido miedo al aborrecimiento de César! ¡Tú, que habiendo causado la muerte de César, me has llevado al colmo de la desesperación y de la rabia, y me has enloquecido en furor de venganza!

—¡Yo te desprecio!—contestó Estéfana con una altivez y un desdén insoportables.

Elena lanzó una carcajada:

—¡Pobre mujer!—dijo con un desprecio superior al de Estéfana.—¡Insensata, que me desprecia! ¡Imbécil, que no sabe cuánto abrasa la sangre tártara que corre por mis venas! ¡Que me aborrece como yo la aborrezco á ella, y no ha buscado la ocasión de perecer conmigo como la he buscado yo!

—¡Ah! ¿Tú crees que yo podía ni aun acordarme de ti? ¡Qué me importabas tú! ¡Quién eras tú, más que una manceba despreciada por él! ¡Una mujer olvidada que le esperaba en vano cubierta con las galas nupciales, mientras él me dejaba sentir todo el ardiente fuego de su amor! ¡No! ¡Tú no has existido nunca para mis celos y no puedes existir para mi venganza! ¡He venido porque me has provocado; he venido porque estoy desesperada, porque sabía que habías de hablarme de él, y yo quería hablar de él! ¡He venido no sé por qué, porque no existes para mí!

—¡Tú has sido la matadora de César, y has venido á morir, á morir conmigo!—dijo con un acento espantoso Elena Karuk.

—¡A morir contigo!—exclamó Estéfana acreciendo en su desprecio.

—¡Sí! ¡No te he dicho ya que amo á César, que soy tártara, que corre por mis venas fuego en vez de sangre, que estoy desesperada y enloquecida por el furor de la venganza! ¡No te he dicho ya que no puedo vivir, que la vida es ya para mí un tormento insoportable, y que no quiero dejarte sobre la tierra para que olvidada de César ofrezcas tu amor á otro hombre! ¡Ah! ¡No sabes que las copas conque hemos brindado por César Malatesta tenían dentro de sí la muerte!

Estéfana palideció de cólera, y buscó algo apresuradamente entre sus ropas.

—¡Ah! ¡Tú tienes en tu alma la cobardía y la traición!—exclamó—: ¡no hemos bebido de un mismo vino; sobre esa mesa hay dos jarros; la copa que tu has bebido, sin duda que no llevaba en sí la muerte; pero tú no sabías quién era Estéfana Barbarigo, y te has acercado demasiado pronta á mí!

Y Estéfana asió vigorosamente con la mano izquierda una mano de Elena, y dejó ver en la otra un puñal, que cayó sobre el pecho de Elena Karuk.

—¡Ah! ¡Gracias!...—exclamó Elena, cuyas rodillas se doblaron, cayendo sobre ellas; me has librado del insoportable soper del tósigo de los Borgias. ¡Oh! ¡Gracias! Yo te perdono... mis celos... y mi dolor...

Y Elena cayó de costado sobre la alfombra, manchándola con la sangre que salía en un copioso raudal de su pecho.

Las palabras que siguió murmurando, ininteligibles y roncas, se apagaron al fin.

Estéfana estaba inclinada mirando de una manera horrible á Elena, que moría.

Al fin, Elena quedó completamente inmóvil; su débil respiración cesó; una palidez cadavérica cubrió coma un sudario su semblante.

Y Estéfana empezó á sentir una dulce languidez, pero pesada, densa; un frío leve, que crecía, crecía helando su sangre, enlanguideciéndola más y más, causándola una soñolencia invencible, dominando, obscureciendo su razón y su conciencia.

Lentamente, los ojos de Estéfana se fueron cargando é inyectándose de sangre, y su semblante blanco y nacarado, fué tomando un leve matiz lívido, desencajándose, convirtiéndose en el semblante de un cadáver.

Al fin se doblegó más y más, sus ojos se cerraron, y cayó junto á Elena, sobre el charco de sangre que se extendía sobre la alfombra.

Y así pasaron algunas horas, hasta que el hostalero, acompañado de algunos criados y de algunos esbirros, entró en el aposento y vieron el horrible espectáculo que ofrecía.

Barbarigo escuchó impasible la noticia de esta catástrofe; pero cuando se quedó solo, los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, se arrodilló, y dijo con la cabeza inclinada y la voz trémula:

—¡Señor, Señor! Ya que esa desdichada ha dejado de existir, perdónala como yo la perdono.

Después se alzó, concentró su dolor en su alma, se acercó á la mesa, agitó una campanilla, y dijo á un secretario que se presentó á su llamamiento:

—Id vos mismo al palacio Sforzia, y decid al extranjero Gabriel de Espinosa, que os siga hasta mi presencia, de orden del Consejo de los Diez.

La catástrofe de Estéfana Barbarigo y de Elena Conti había causado una profunda sensación en Venecia; era el asunto de todas las conversaciones, y la opinión pública enlazaba por una misteriosa adivinación esta catástrofe con la muerte de César Malatesta, causada por un extranjero que se decía ser un rey misterioso.

Y decimos que la opinión pública decía esto por adivinación, porque ningún proceso se había instruído, y se había guardado un profundo secreto acerca del matador de César Malatesta, á quien sólo conocían algunos esbirros que habían sido desde sus escondrijos en los jardines de Apolo, testigos del lance.

Lo que demuestra, porque no se puede creer buenamente en las adivinaciones, que los esbirros de Venecia no guardaban completamente el sigilo que les estaba recomendado bajo severas penas por la República.

En Gabriel de Espinosa se había operado una reacción completamente favorable á Sayda Mirian.

Parecía como que Gabriel de Espinosa había recobrado la razón, después de haber estado dominado muchos años por una locura incomprensible.

Mirian le encontraba, no sólo tranquilo y dulce, sino enamorado.

Desde el momento en que Gabriel de Espinosa se había convencido de la traición de Estéfana, al mismo tiempo que del ardiente é inalterable amor de Mirian, le había mirado como nunca se había visto mirada la sultana por Gabriel de Espinosa.

No parecía sino que la hermosura de Mirian le embriagaba, le inundaba de una felicidad desconocida.

La pobre Sayda Mirian era feliz.

Había encontrado por fin el amante en el esposo.

La disolución de su matrimonio por el Papa estaba anulada de hecho por la conducta de Gabriel de Espinosa; pero existía de derecho, y debía existir, porque el Papa no podía deshacer lo que en un asunto de tanta importancia había ya hecho.

Los dos esposos, sin embargo, se adormecían en su amor. Gabriel se había olvidado de sus locuras, y Mirian le había perdonado lo que por aquellas locuras había sufrido.

Los sucesos, sin embargo, crecían en gravedad, y se condensaban como una tormenta sobre la cabeza de Gabriel.

El secretario de Barbarigo llamó á la puerta del palacio Sforzia, poco después del amanecer, cuando aún no había dejado el lecho Gabriel de Espinosa.

Sin embargo, fué despertado á causa de la terminante intimación del secretario del Consejo, escuchó la orden, la obedeció, y salió de su casa con el secretario, dejando llena de ansiedad á Mirian.

Acababa de salir el sol, cuando Gabriel de Espinosa se presentaba á Giacomo Barbarigo.

El anciano senador nada le dijo acerca de lo acontecido en la hostería del Gato Azul; pero le puso en las manos la orden terminante del Consejo de los Diez, en que se ordenaba al soldado español Gabriel de Espinosa salir inmediatamente de los estados venecianos.

—¿Y adónde iré?—dijo Gabriel de Espinosa.

Adonde quiera que vayais—dijo Giacomo Barbarigo—, evitad las imprudencias, de que tan pródigo os habeis mostrado entre nosotros, no sea que los que de nuevo os amparen, se vean como nosotros obligados á echaros de sí.

—En buen hora, señor Giacomo Barbarigo, saldré de Venecia, y será de mí lo que Dios quisiere.

—El Estado se ve en la dura necesidad de no teneros por más tiempo en su seno. Se nos avisa que ya en el Consejo de Estado del rey de España se trataba de vos y de nosotros; lo que quiere decir, que se sabe que existís, lo que pretendeis, y lo que por vos hacemos nosotros. Si hubiérais sido más paciente, si hubiérais conservado rigurosamente el incógnito que se os encargó, si por vuestra impaciente ansiedad no hubiérais cometido las imprudencias que han causado lamentables desgracias promoviendo el escándalo en Venecia, nosotros os hubiéramos fa-

cilitado el camino, y antes de mucho hubiérais pisado como rey las playas de vuestro reino de Portugal, sublevado ya contra vuestro tío el rey don Felipe. Pero habeis obrado como un mancebo loco; os habeis olvidado de las canas que blanquean vuestra cabeza, y en vano Venecia se esforzaría por llevar á feliz término vuestros negocios; antes que por vos, nuestra lealtad y nuestro amor á la patria, nos obliga á mirar por Venecia; y cumpliendo con nuestra obligación, os mandamos salir de ella sin la demora de un solo instante. Pero la República, que conoce vuestra situación, no os pone en un apuro; en la *Bella Genovesa* encontrareis una fuerte cantidad de oro. En cuanto á vuestra mujer y vuestra hija, sea cualquiera vuestra suerte, nada temais; están bajo la protección de la República de Venecia, á quien todo el mundo respeta.

—Gracias, señor Giacomo Barbarigo—dijo profundamente conmovido Gabriel de Espinosa—, comprendo que la República no se atreva á desafiar por mí la cólera del rey don Felipe; nunca lo había yo pretendido; no lo pretenderé ahora; sea cualquiera el destino que Dios me tenga reservado, estoy dispuesto á arrostrarlo. Por lo demás, nunca olvidaré lo que por mí ha hecho Venecia, y la protección generosa que otorga á mi mujer y á mi hija; y si alguna vez mis proyectos llegan á feliz término, Portugal, mientras yo le rija, será inalterable amigo de Venecia.

—Quiera Dios, señor rey de Portugal, que pronto Venecia os cuente por su amigo y por su aliado. Adios, señor; graves asuntos me obligan á apresurar mi despedida de vos. Hola, señor Rugiero Maffei, preparaos á cumplir inmediatamente—dijo Barbarigo al joven secretario que se había presentado en la puerta—, otra comisión como la que habeis cumplido, llevando á Civitavechia á las dos personas que se os ha encargado. Vais á conducir á este caballero y á su familia de una manera secreta á la nao *Bella Genovesa*, que está anclada en el puerto. Cuando los hayais dejado allí, pasareis á bordo de la galera de la República *San Marcos*, y tomareis su mando de orden del Consejo de los Diez; he aquí la orden—añadió Barbarigo dando un pliego cerrado á Rugiero—; cuando haya levado anclas y héchose á la mar la *Bella Genovesa*, vos levareis anclas y la ireis convoyando desde lejos, pero dispuesto á defenderla de toda acometida, ya sea de un barco corsario, ya de un barco de rey; cuando la *Bella Genovesa* haya dejado en tierra en el punto que más le convenga al señor Gabriel de Espinosa y á su familia, vuestra comisión habrá terminado, y os volvereis al puerto de Venecia. Adiós osra vez, señor Gabriel de Espinosa; que Dios os dé la buena suerte que deseamos.

—Adiós, señor Giacomo Barbarigo; recibid la expresión de mi profundo agradecimiento y transmitirla al Consejo.

Después de esto, Gabriel salió pálido, contrariado, conteniendo mal su cólera.

El verse lanzado de Venecia, le humillaba, le irritaba.

Era el hombre violento y soberbio de siempre; pero se veía obligado á callar y obedecer, y obedecía y callaba.

Rugiero Maffei le seguía impasible á una distancia medida por el respeto.

Porque como Giacomo Barbarigo, y como el Consejo de los Diez, Rugiero Maffei estaba en la creencia de que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastián.

CAPITULO XX

QUE ES LA SEGUNDA PARTE DEL ANTERIOR

Estamos en alta mar.

Pero el alta mar, no es ahora para nosotros un desierto de agua.

Una magnífica nao, la *Bella Genovesa*, boga inclinada sobre la banda de estribor á impulsos de un fresco Nordeste, que hincha sus grandes velas latinas.

Avante se ve un buque sospechoso que se mantiene á la capa sobre el rumbo de la *Bella Genoveoa*.

A barlovento, una magnífica galera de dos bandas, artillados los alcázares de proa y popa, ciñendo el viento para colocarse entre la *Bella Genovesa* y el buque que se distingue avante capeando.

Por último, se ve á sotavento una galera corsaria que lleva desplegada una bandera roja, y carga las velas y hace uso de los remos para alcanzar á la *Bella Genovesa*.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCÍA

—No tengais duda—decía Yezid asomado con Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian á una de las galerías del alcázar de popa de la *Bella Genovesa*—; esa galera que se acerca á nosotros por sotavento, es la *Leona*, que ha izado su bandera para que no la impida acercarse á nosotros la galera *San Marcos*, que está ya puesta en caza de aquella otra galeota que se ve al Noroeste.

Aquella galeota es la de Manuel Karuk; tendremos de seguro combate; pero, según las muestras, el tal combate nos divertirá sin incomodarnos; porque será entre la *San Marcos* y la galeota de Manuel Karuk.

—Que tengamos á la vista y entrando en nuestras aguas á la *Leona*, es cosa que no me extraña, porque en ella viene sin duda Aben Shariar—dijo Gabriel de Espinosa, mientras Sayda Mirian miraba con un anteojo la galera de Manuel Karuk, que estaba lo menos á una milla de distancia—; pero lo que no puedo comprender, es que aquel corsario que se ve al Oeste capee para esperar á una galera de la República.

—Sobre el alcázar de aquella galera—dijo Sayda Mirian, que no cesaba de mirar con el anteojo—, hay dos hombres, uno de los cuales tiene el aspecto más horrible del mundo; parece un espectro, un cadáver que se ha levantado de su tumba; está armado con un fuerte arnés, y sobre él lleva un ropón con un águila roja sobre el pecho, y se apoya en una hacha enorme.

—Dame el anteojo, María—dijo Gabriel de Espinosa—; quiero ver á ese hombre.

Mirian dió el anteojo á Gabriel, y miró con él, y vió lo mismo que había visto Sayda Mirian.

—No conozco á ese corsario, no le he visto nunca; pero conozco mucho al griego que está junto á él; como que le hecho huir muchas veces.

—Como que vos cuando andábais por el mar érais enemigo de todos los corsarios habidos y por haber, menos de mi señor Aben-Shariar; pero yo conozco á esos hombres, que eran amigos de mi señor. El uno es Manuel Karuk, gobernador tártaro de la isla de Corfú, aunque parece griego por el traje que viste, y el otro hombre, que parece un espectro, es José Kaivar, á quien llaman el Resucitado.

—¿Y por qué se ponen esos hombres sobre nuestra vía?—dijo Gabriel de Espinosa.

—No lo sé; lo que sé es que ayer á esta misma hora, cuando vos y vuestra esposa y vuestra hija entrábais en la góndola que os condujo á la *Bella Genovesa*, vi adelantar apresurados, sombríos, hacia el palacio Sforzia, á Manuel Karuk y á José Kaivar, que cuando os vieron entrar en la góndola con el secretario del Consejo que nos acompañaba, se detuvieron y entraron en otra góndola, en la cual nos siguieron hasta el puerto, y observaron nuestra entrada en la *Bella Genovesa*, después de lo cual se perdieron entre los barcos anclados.

—Repito que no sé qué interés pueda tener en salirnos al encuentro ese corsario.

—Si la *San Marcos* apresa, como es probable, á la galera de Manuel Karuk y lo coge vivo, lo que es muy fácil, sabremos por qué nos busca.

—El encuentro hubiera sido un poco fastidioso, si no nos convoyara la *San Marcos*, ó si no tuviéramos ya casi á la voz la valiente *Leona*—dijo Gabriel de Espinosa, y se volvió á mirar el buque que se veía á sotavento.

Estaba ya cerca, y Gabriel de Espinosa pudo ver distintamente con el anteojo hasta las pestañas de un hombre que estaba apoyado en la banda de estribor de la *Leona*, y tenía el portavoz en la mano.

—Id á buscar vuestro portavoz, Yezid—dijo Gabriel de Espinosa—; estoy viendo á nuestro hermano Aben-Shariar que se prepara á hablarnos.

Yezid entró en el alcázar, y apareció á poco con un enorme portavoz dorado.

—¡Ah de la *Bella Genovesa*!—sonó entonces partiendo de la *Leona* que ya estaba cerca; —aguantad á la capa, que voy á arriar la chalupa.

Gabriel de Espinosa tomó la bocina y contestó:

—Bien venido seas, hermano—y luego dijo á Yezid—: ya lo oís, es necesario capear: id y mandad la maniobra.

Aún no había pasado media hora, cuando atracaba una chalupa al costado de babor de la *Bella Genovesa*, y entraban por el portalón Aben-Shariar y veinticinco corsarios tunecinos.

—¡Oh, gracias á Dios!—dijo Aben-Shariar arrojándose en los brazos de Gabriel de Espinosa—, que os veo á ti y á mi hermana fuera de esa maldita Venecia.

—Y sin saber á dónde ir—dijo tristemente Gabriel—; perdidas casi las esperanzas, malogrado todo.

—Los puertos españoles conocen ya á la *Bella Genovesa*, iremos á fondear á Barcelona; hemos emprendido ya el camino, y no debemos retroceder; dejemos de capear, Yezid; sírveme de algo, ya que por fortuna estás vivo; y ya que ha sucedido así, no me pesa; dejemos de capear, y sobre la vía; ¡oh!—añadió dirigiéndose á Gabriel y á Mirian—: Venecia ha debido ser nuestra tumba, por tus temeridades, hermano.

—No hablemos, no hablemos más de lo pasado—dijo Sayda Mirian.

—¡Ah! Manuel Karuk está loco—exclamó Aben-Shariar oyendo un cañonazo, al que contestó instantáneamente otro—; se conoce que lleva á bordo al Resucitado; como si no hubiera más que ponerse en facha con una galera de la República tal como la *San Marcos;* como si no estuviera pronto á entrar en combate mi *Leona* para ayudar á la *San Marcos,* puesto que os viene convoyando, y como si mi buena *Genovesa* no pudiese también hacer algo con sus dos culebrinas de proa; me parece que de esta vez José Kaivar no resucita.

En efecto, la *San Marcos* se había puesto al alcance de sus cañones, respecto á la galeota de Manuel Karuk, y sin pararse en cumplimientos, había roto el fuego sobre ella.

El *Buitre,* que así se llamaba la galeota de Karuk, había contestado bravamente; había armado las palamentas de sus dos bandas, había arriado entenas, y entraba al remo por la proa á la *San Marcos.*

La *San Marcos* había hecho la misma maniobra, y avanzaba con gran rapidez hacia el *Buitre.*

La *Leona* viraba y cargaba sus numerosos remos, disparando, aunque muy de lejos, sobre el *Buitre.*

Solamente la *Bella Genovesa* no había rriado las entenas, ni armado sus palamentas, ni hecho zafarrancho.

Estaba lejos, no la alcanzaban los proyectiles, y ni Aben-Shariar ni Gabriel de Espinosa querían hacer sufrir el terror de un combate naval á Sayda Mirian.

La *Genovesa,* pues, por quien aquel combate se libraba, era una tranquila espectadora de él.

Tales y tan buenas condiciones marineras tenía la *Leona,* que muy pronto estuvo verdaderamente en combate.

El *Buitre,* sin embargo, seguía cargando por la proa á la galera veneciana á pesar de que sufría en su banda de estribor el fuego del alcázar de proa de la *Leona,* al que no podía contestar como no presentase su costado de babor á la *San Marcos.*

El *Buitre* venía á ser el vértice de un ángulo, cuyo abertura formaban la *Leona* y la *San Marcos.*

Las circunstancias en que el *Buitre* se encontraba, no podían ser peores.

Y, sin embargo, continuaba avanzando hacia la galera veneciana.

Llegó al fin un momento en que se aproximaron, forzaron los remos y se embistieron con un empuje terrible, aferrándose por las proas.

Entonces cesó el fuego de artillería, y sólo se oyó el de los mosquetes de los venecianos y el de las espingardas de los griegos, que cesó también, trabándose al arma blanca el abordaje.

La *Leona* forzaba más y más sus palamentas y avanzaba disparando aún sobre el alcázar de popa del *Buitre.*

Al fin, muy próxima ya la *Leona,* dejó de disparar, y poco después embistió en el costado del *Buitre,* clavando en él su espolón.

Aconteció lo que debía acontecer.

En vano Manuel Karuk acudió á la parte de popa de su galeota con parte de sus corsarios, mientras Kaivar se batía á proa con los soldados y los marinos venecianos mandados por Rugiero Maffei, que aunque joven, daba muestras de ser un gran soldado.

Los de la *Leona,* mandados por uno de los arraez (1) de Aben-Shariar, mulato feroz que blandía una pesada hacha, tardaron muy poco tiempo en saltar á bordo del *Buitre,* en arrollar á Manuel Karuk, que á pesar de se valor indómito, tenía muy poca gente con que resistir, y en atacar por la espalda á los corsarios, que teniendo á su frente á José Kaivar, peleaban á proa con los soldados y los marinos venecianos.

—¡A pique con la galeota, para que esto se acabe más pronto!—gritó el arraez mulato.

Algunos corsarios de la *Leona* descendieron rápidamente por lo escota del *Buitre* y rompieron á hachazos su fondo por tres ó cuatro lugares.

Después de lo cual, subieron de nuevo y gritaron:

(1) Capitán.

—¡A la *Leona* el que no quiera perecer!

El arraez y los corsarios de Aben-Shariar saltaron de nuevo á la *Leona*, mezclados con algunos del *Buitre*, entre los cuales iba Manuel Karuk, que creyó que los corsarios tunecinoshuían.

Pero la *Leona* se desaferró del *Buitre* haciendo fuerza de remos, se separó á alguna distancia, viró por la popa del *Buitre* y pasó de largo, haciendo cautivos á Manuel Karuk y los seis ú ocho corsarios griegos que habían entrado á su bordo.

El *Buitre* empezó á hundirse rápidamente pór la popa.

Las vías que habían abierto al agua en su fondo los corsarios de la *Leona*, eran terribles.

—¡Nos vamos á piquel—gritaron algunos de los corsarios del *Buitre*, pálidos de espanto.

A aquella voz terrible, los piratas griegos de Manuel Karuk, que aún combatían en la proa sin obtener ventajas sobre los venecianos, y sin que éstos la obtuviesen, dejaron de combatir y se rindieron.

El arraez mulato de Aben-Shariar, al echar á pique al *Buitre*, había ahorrado mucha sangre, obligando á rendirse á los numerosos y feroces corsarios griegos de Manuel Karuk.

Sólo quedó entre los rendidos un hombre de pie, combatiendo aún con una rabia y una pujanza extraordinaria.

Aquel hombre era José Kaivar.

Pero había recibido muchas heridas, perdía mucha sangre, y su brazo, cansado ya, no pudo sostener el hacha y fué hecho prisionero.

Los corsarios griegos arrojaron las armas y saltaron presurosos á la *San Marcos* por en medio del lugar que les abrían los venecianos al verlos rendidos.

Entonces la galera de la república desaferró su proa de la del *Buitre*, cuya popa se hundía más y más, y se separó de él viraudo por delante de su proa y pasando de largo.

En el *Buitre* no había quedado nadie.

Manuel Karuk y algunos corsarios estaban, como hemos dicho, á bordo de la *Leona* y cautivos. El resto de la tripulación, con José Kaivar, estaba á bordo de la galera veneciana.

El *Buitre* se hundió al fin, desapareciendo bajo las ondas.

La galera *San Marcos* recogió sus remos, izó sus entenas y continuó navegando al Noroeste, como si nada hubiera acontecido.

La *Leona* continuaba remando y acercándose á la *Bella Genovesa*.

Llegó al fin cerca de ella, y Aben-Shariar mandó echar al agua la chalupa, entró en ella con los veinticinco corsarios que había traído para defender si era necesario á la *Bella Genovesa*, y pasó á bordo de la *Leona*.

Manuel Karuk estaba sentado al pie de un mástil, sombrío y terrible.

—¡Ah! ¡Estás aquí, hermano!—dijo Aben-Shariar.

—¿Por qué me llama hermano quien ha ayudado á Venecia para que me venza?—dijo Manuel Karuk.

—¿Y por qué tú—dijo Aben-Shariar—has amenazado á mi *Bella Genovesa*, donde van las personas que más amo en el mundo?

—He cedido al amor de mi hermana, muerta de una manera terrible, y al mandato de José Kaivar, á quien ha vuelto loco la muerte de Elena.

—¿Y en qué son culpables de la muerte de tu hermana las personas que van á bordo de la *Bella Genovesa?*

—Entre ellas se encuentra el maldito Gabriel de Espinosa, el hombre por quien han sucedido horrendas desgracias.

—¿Es acaso Gabriel de Espinosa el asesino de Elena Karuk?

—No; pero ha sido la causa de su muerte.

—Yo he estado lejos de Venecia y nada sé—dijo Aben-Shariar—, ven á mi cámara, y cuéntame lo que supieres.

Y asió de la mano á Manuel Karuk y le llevó á su cámara.

Manuel Karut contó á Aben-Shariar la muerte dada por Gabriel de Espinosa á César Malatesta, y la horrible catástrofe de la hostería del Gato Azul, donde se habían encontrado muertas la una á manos de la otra, envenenada Estéfana Barbarigo y envenenada también y con una una puñalada en el corazón á Elena Karuk.

—Dios quiera—dijo Aben-Shariar profundamente conmovido—que sean éstas las últimas desgracias que provengan de ese hombre.

—Ese hombre está maldito de Dios—dijo Manuel Karuk—, has debido dejar perecer á ese hombre; sin tu ayuda, nuestro combate con la galera veneciana, hubiera sido largo, sangriento, horrible; pero la hubiéramos apresado; y luego, Gabriel de Espinosa hubiera sido nuestro.

—Gabriel de Espinosa tiene el amor de mi hermana la sultana Sayda Mirian—dijo Aben-Shariar—; los remos de mi valiente *Leona* no podían estar ociosos, ni mudos mis cañones, cuando estaba amenazado el esposo de mi hermana, que al verle muerto, hubiera muerto también. ¡Dios lo ha querido! ¿Pero cómo José Kaivar, que es tan prudente y tan experimentado, ha cometido la locura de ponerse en facha con dos galeras tan terribles como la *San Marcos* y la *Leona?*

—Por su loca desesperación y por una equivocación mía. Oye, Aben-Shariar: ayer por la mañana se nos avisó en la hostería del León de Venecia, donde nos aposentábamos José Kaivar y yo, que en la hostería del Gato Azul se habían encontrado muertas á las patricias venecianas Estéfana Barbarigo y Elena Conti.

Fué horrible lo que pasó por José Kaivar.

—¡Venganza!—gritó con una voz tan espantosa, tan sobrehumana, como no la he oído nunca:—esas dos desgraciadas se han exterminado por la muerte de César Malatesta, y el matador de César Malatesta ha sido ese Gabriel de Espinosa, ese rey de Portugal. ¡Ven conmigo, Manuel!

Y salió frenético.

Cuando llegamos al palacio Sforzia entraban en una góndola ese extranjero y su familia acompañados de un veneciano y de tu corsario Yezid.

Se nos escapaba.

José Kaivar y yo entramos en otra góndola y seguimos á aquella en que iba Gabriel de Espinosa.

La góndola salió al puerto y atracó al costado de la *Bella Genovesa*, y entraron en ella Gabriel, su esposa, su hija y Yezid, y el patricio veneciano pasó á bordo de una galera de la República.

La *Bella Genovesa* se hizo á la vela, y poco después tras ella la galera *San Marcos*.

José Kaivar y yo entramos en una pequeña embarcación, y salimos del puerto á buscar al *Buitre*, que nos esperaba siempre bordeando á la vista de las costas de Venecia.

Tuvimos la fortuna ó la desgracia de encontrarle pronto, pasamos á su bordo, é inmediatamente nos pusimos en demanda de la *Bella Genovesa* que nos llevaba algunas horas de ventaja.

Pero el *Buitre* era muy ligero.

Navegamos bien durante lo que quedaba del día, y durante toda la noche, y al amanecer nos encontramos avante de dos buques que se veían al Este.

Los reconocimos y vimos que eran la *Bella Genovesa* y la *San Marcos*, á las que habíamos adelantado durante la noche.

—Es necesario capear y esperarlas — dijo sombríamente José Kaivar.

—La *San Marcos* —le dije—es una galera terrible, y no me parece prudente empeñar con ella un combate.

—Esa galera—dijo José Kaivar—no tiene más porte que nuestra galeota, ni más remos en sus bandas, ni más cañones en crujía: tenemos doscientos demonios para cada uno de los cuales se necesitan diez venecianos, y de seguro el capitán de esa galera vale mucho menos que cualquiera de nosotros como capitán y como marino.

—Sea como quisieres—dijo José Kaivar.

Y puse el *Buitre* á la capa para esperar á la *San Marcos* y á la *Bella Genovesa;* poco después apareció al Este tu galeota.

—Yo cruzaba—dijo Aben-Shariar—, cuando vi pasar á la *Bella Genovesa* convoyada por una galera de la República; me puse en su demanda, y entonces avisté al *Buitre* que capeaba, con todas las señales de esperar á la *Bella Genovesa* y á la *San Marcos*. Continúa.

—Cuando mi catalejo me hizo conocer que el barco que se veía al Este era la *Leona*, me animé; yo no sabía hasta qué punto estabas tú interesado por las personas que venían á bordo de la *Bella Genovesa;* porque yo no conocía tu historia; porque yo no sabía que la esposa de Gabriel de Espinosa era hermana tuya; tu presencia en nuestras aguas me animó; ya no estamos solos—dije para mí—; ya somos dos tremendos corsarios amigos, más que amigos hermanos, contra la galera de la República, y no vacilé en disparar sobre ella, en cuanto se puso al alcance de mis cañones; pero cuál fué mi sorpresa cuando, al verte cerca, á babor de la *San Marcos*, en vez de disparar sobre ella, disparaste sobre el *Buitre*. Ya no era tiempo de retroceder y, por otra parte, José Kaivar estaba furioso, y ansiaba el momento de embestir. Lo que después ha sucedido, era lo que debía suceder; el *Buitre* ha sido echado á pique, y José Kaivar y yo nos encontramos cautivos; él en la *San Marcos*, yo en la *Leona*. Sea lo que Dios quiera.

—Tú no eres mi cautivo, Manuel—dijo Aben-

Shariar—; si te he combatido es porque no he podido hacer otra cosa; pero mi *Leona* te llevará libre y respetado á tu isla de Corfú; de la misma manera voy á ver si puedo librar á José Kaivar y á tus corsarios, que pasarán á bordo de la *Leona*, y como tú serán conducidos á Corfú.

—Mira no seas tú también hecho cautivo— dijo Manuel Karuk.

—No; acabo de prestar un servicio á la República, y estoy seguro de ser respetado.

Aben-Shariar salió á la cubierta, dió algunas órdenes, y un momento después disparó uno de los cañones de crujía, y al mismo tiempo fué izada al tope del árbol mayor de la *Leona* la bandera de parlamento.

La *San Marcos* contestó con otro cañonazo, y dejó ver su bandera de parlamento en su árbol mayor, y viró para acercarse á la *Leona*.

Media hora después una chalupa, en que iba solo con seis remeros Aben-Shariar, atracaba al costado de la *San Marcos*.

Aben-Shariar saltó á bordo.

En vez de su traje levantisco, llevaba un hermoso traje de patricio veneciano.

Al verle Rugiero Maffei, le miró profundamente y le dijo:

—¡Qué es esto, monseñor; en qué situación y en qué lugar tan extraño volvemos á encontrarnos.

—Vicisitudes de la vida, mi querido señor Rugiero Maffei; pero ¿por qué me dais el tratamiento de monseñor? Sin duda por costumbre, ¿no es eso?

—No ciertamente, monseñor, sino porque como aún no se os ha juzgado ni se os ha depuesto, para mí sois todavía miembro del Consejo de los Diez.

—Me alegro de saberlo, señor Rugiero Maffei, porque como el Consejo ha querido prenderme dos veces sin haberlo conseguido, yo me daba ya por sentenciado. ¿Tenéis vos la tercera orden de prenderme?

—No ciertamente, monseñor.

—¿Puedo preguntaros qué órdenes tenéis?

—Sí, monseñor; pero no puedo responderos— contestó sonriendo Rugiero Maffei.

—Perdonad mi indiscreción; pero creo que, sin ser indiscreto, puedo recomendaros eficazmente al Consejo, para que os premie por vuestro valor en el pasado combate. Pasemos á la cámara.

—Iba á proponéroslo, monseñor.

Aben-Shariar delante, y Rugiero Maffei detrás, entraron en el alcázar de popa de la *San Marcos*, en el que quedaban señales del combate, en algunos agujeros abiertos por las balas del *Buitre*.

Aben-Shariar se sentó junto á una mesa, tomó un pliego de papel, y escribió por algún tiempo.

Después cerró el escrito, le puso sobre al Consejo de los Diez, y le entregó á Rugiero Maffei.

—Estoy seguro—le dijo—de que el Consejo os premiará por lo que habéis hecho; en ese pliego va una calurosa y justa recomendación mía.

—Gracias, monseñor.

—Ahora vamos al objeto que me ha traído aquí; quiero que me entreguéis el capitán corsario que habéis apresado; en cuanto á los otros corsarios, os los dejo para que desembarquéis con ellos en Venecia.

—Si ese capitán corsario pudiese sobrevivir á sus heridas, tendría el sentimiento, monseñor, de no poder entregároslo; pero en el estado en que está me es igual entregaros su cadáver ó arrojarle al mar.

—¡Cómo!—dijo Aben-Shariar.

—Sí, monseñor, ese corsario está expirando.

—Llevadme adonde está.

—Seguidme al alcázar de proa, monseñor.

Un momento después, Aben-Shariar se encontraba delante de José Kaivar, que moría abandonado en un rincón de la cámara de proa.

—¿Qué me quieres?—dijo Kaivar terrible aún en su agonía.

—Quería salvarte, Kaivar—dijo Aben-Shariar.

—¿Y para qué? Muerto lo único que yo amaba en el mundo y vencido, lo mejor que puede acontecerme es morir; déjame, pues, morir en paz.

—Manuel Karuk me envía.

—Pues bien, si Manuel Karuk te envía y eres leal, dile que yo le maldigo si no venga á su hermana Elena. Vete, y no me hagas sufrir más.

Aben-Shariar pretendió en vano hacerse oir de José Kaivar; en vano Rugiero Maffei pretendió que se dejase auxiliar en sus últimos momentos por el capellán de la *San Marcos*.

Al oir esto Kaivar, contestó estas solas palabras:

—Todo auxilio sería inútil; yo estoy condenado; dejad á Satanás que se apodere de su presa.

Y pocos momentos después expiró.

—Adiós—dijo Aben-Shariar á Rugiero Maffei—; nada tengo que hacer aquí; puesto que por lo que veo vais convoyando á la *Bella Genovesa*, nos volveremos á ver cuando volváis, después de cumplido vuestro encargo.

—Adiós, y hasta la vista, monseñor—dijo Rugiero Maffei.

Y Aben-Shariar bajó á su chalupa, y se volvió á bordo de la *Leona*.

En el portalón le esperaba Manuel Karuk.

—¿Por qué vienes sin José Kaivar?—le dijo.

—José Kaivar ha muerto—contestó Aben-Shariar.

—Dios lo ha querido—dijo triste y resignadamente Manuel Karuk—; ¿y mis corsarios?

—El capitán de la *San Marcos* los retiene en nombre de Venecia—costestó Aben-Shariar—; sería necesario un combate para libertarlos.

—Sería inútil; al presentar el combate á la *San Marcos*, para librarse del cuidado de ellos y combatir más desembarazadamente, los arrojarían delante de nosotros atados al mar; mejor es rescatarlos con oro, si es que tú cumples tu promesa de enviarme á mi isla de Corfú.

—¡Aben-Alí!—dijo Aben-Shariar, contestando de este modo á Manuel Karuk.

Inmediatamente se presentó á Aben Shariar el arraez mulato que había mandado la *Leona* durante el combate.

—Estoy completamente satisfecho de ti—le dijo Aben-Shariar—; has cumplido perfectamente las órdenes que te di en el pasado abordaje; escucha ahora las voy á darte.

—Tu esclavo escucha respetuosamente, poderoso emir—contestó inclinado de la manera más humilde Aben-Alí.

—Voy á pasar á bordo de la *Bella Genovesa;* cuando haya vuelto la chalupa, toma el rumbo de Corfú; cuando llegares, deja en tierra á mi hermano Manuel Karuk y á sus cinco corsarios que están aquí; después, sin aceptar la más pequeña recompensa, partes de Corfú, tomas el rumbo á Túnez, y esperas allí mis órdenes. Vete.

Aben-Alí se inclinó y se alejó.

—Espero que no me tengas odio por lo que ha sucedido—dijo Aben-Shariar á Manuel Karuk—; me he visto obligado á hacer lo que he hecho; por otra parte, de las desgracias de tu hermana no es culpable Gabriel de Espinosa; yo respeto y deploro tu dolor; pero no quiero tu enemistad.

—Dios lo ha querido—contestó Manuel Karuk—, y tú has sido conmigo tan leal y tan generoso, que no puedo odiarte.

—Entonces, hermano, hasta la visia.

—Hasta la vista, hermano.

Y los dos corsarios se estrecharon fuerfemente las manos.

Después de esto, Aben-Shariar pasó á bordo de la *Bella Genovesa*.

Poco después la *Leona* viró y tomó rumbo al archipiélago griego.

A puestas del sol, la *Leona* había desaparecido en el horizonte.

La galera *San Marcos* continuaba á la vista de la *Bella Genovesa*, convoyándola.

Aquellos dos buques se fueron perdiendo al oscurecer entre las sombras de la noche, sobre el desierto mar, con rumbo á las costas de España.

Por último, cuando la noche cerró oscurísima, los dos buques se perdieron completamente entre las tinieblas.

TERCERA PARTE

María de Santillana.

CAPITULO PRIMERO

LOS DOS CONVENTOS

Madrigal es una antigua y fea villa de Castilla la Vieja, que lo único recomendable que tiene es el recuerdo de haber pasado su infancia en ella, en un viejo y destartalado alcázar que ya no existe, nuestra grande y santa reina doña Isabel la Católica, con su madre la reina viuda doña Isabel de Portugal, que á la muerte del rey don Juan el II, su esposo, fué relegada á á Madrigal por su hijastro el débil y torpe Enrique IV.

En aquella villa, en aquel alcázar, vivieron pobres y olvidadas la reina viuda y sus dos hijos, el infante don Alonso y la infanta doña Isabel.

Allí, sufriendo privaciones, careciendo de vestidos convenientes, sin leña á veces para defenderse del frío, en los crudos días de niebla de Castilla la Vieja, la infanta doña Isabel apren-

dió á conocer la miseria de los pobres en su miseria propia. Allí, necesitada de justicia, comprendió lo grande, lo sublime, lo necesario de la justicia. Allí adquirió el valor para el sufrimiento y la energía, la dignidad, la grandeza y la melancolía del alma, de que dió tantas muestras durante su glorioso reinado. Allí, bajo la noble palabra y la santa resignación de su madre la desgraciada doña Isabel de Portugal, se formó, para orgullo de las Españas, nuestra grande é incomparable Isabel la Católica.

Por eso, siempre que recordamos el nombre de Madrigal, le recordamos con amor: porque va unido á su nombre el de la ilustre reina á quien aman todavía los españoles, á pesar de haber transcurrico más de tres siglos y medio desde el día en que murió.

He aquí, pues, lo único que tenía de notable entonces la villa de Madrigal.

Hoy la hace más notable otro recuerdo: el del proceso de Gabriel de Espinosa, el misterioso Pastelero rey.

Había además en Madrigal una mediana iglesia gótica y dos conventos: el uno de frailes y el otro de monjas, cuyas comunidades venían á constituir, por lo menos, la tercera parte de la población de la villa.

El convento de frailes tenía la advocación de San Agustín, y el de monjas el de Nuestra Señora de Gracia.

Los dos conventos eran aristocráticos y ricos por sus extensas posesiones, que constituían la mitad de la demarcación territorial de la villa.

Los frailes de misa, esto es, los padres del convento masculino, eran todos, como de la orden de San Agustín, personas de campanilla: como que todos eran doctores y fuertes en la argumentación y en el *ergo*, teólogos, juristas y canonistas, y les daba suma importancia el seminario conciliar que tenía puesto á su cargo el arzobispo de Valladolid, cuyo seminario traía muchos estudiantes á la villa, que aumentaban su riqueza y su población, aunque también es cierto que esto se compensaba con los continuos escándalos producidos por los traviesos escolares, y por la inmoralidad que con sus incontinentes amoríos esparcían entre las mozas del pueblo.

El otro convento, el femenino, el de monjas de Nuestra Señora de Gracia, era aristocrático, no porque las madres fuesen doctoras ni supiesen leer más que de una manera lastimosa el pesado latín de su breviario, sino porque entre las madres había una que era no menos que sobrina del señor rey don Felipe II.

Esta cualidad de la señora doña Ana de Austria, hija de don Juan de Austria, había dado al convento de Nuestra Señora de Gracia cierto carácter seglar, que no era lo más conveniente, ni estaba por cierto en acuerdo con la austera severidad de su regla, que era la de las agustinas descalzas.

Esto consistía en que doña Ana, como persona real, tenía servidumbre, y más que celda, casa adherida al convento, en la que entraban y salían libremente visitas, y de la cual salía también con frecuencia doña Ana, habiendo temporadas que pasaba en el campo, en una casa de recreo, con traje y costumbres y libertad de seglar.

Doña Luisa de Grado y doña María Nieto, hermanas de madre, aunque de distinto padre, más que religiosas profesas de San Agustín, eran damas de honor de doña Ana, y la acompañaban á todas partes, ya saliese en carroza, ya se trasladase alguna temporada á su casa de campo.

Era, en fin, doña Ana, una casi infanta que tenía algo de monja, aunque este algo no fuese más que sus votos, y ella creía de buena fe que no faltaba á sus votos, usando y abusando de libertades que estaban en completo desacuerdo con la regla de su orden, porque al ser monja, no había dejado de ser sobrina del rey.

Pero esto había rebajado la disciplina del convento, lo cual se toleraba, en gracia á la alta categoría de doña Ana de Austria, y creyendo de buena fe que con esto servían de una manera leal al rey.

El convento, pues, estaba continuamente frecuentado en la celda de doña Ana, no sólo por los padres graves del convento de frailes, sino también por las gentes ricas del pueblo, y por las damas y caballeros que iban alguna vez de la corte y que venían á formar la corte pequeña de la monja infanta.

De modo, que los dos conventos influían de una manera grave en Madrigal, le daban un carácter especial.

Doña Ana de Austria mantenía una pequeña corte de gentes que influían de una manera especial sobre el vecindario, y los padres agusti-

nos una pequeña universidad, que tal podía llamarse al seminario, porque en él se enseñaban letras humanas, cánones, teología y leyes, y los estudiantes eran, como todos los estudiantes, un elemento que no podía menos de prestar á la villa parte de su carácter particular.

Si se hubieran suprimido estos dos conventos, ó sin suprimirse, se hubiese quitado al uno su seminario y al otro su infanta, Madrigal hubiera sido una villa como otra cualquiera, con una población compuesta de labradores ricos y pobres, devorados los unos por los otros y de algunos pobres y escasos menestrales.

Pero los frailes agustinos de Madrigal y las monjas de Nuestra Señora de Gracia no eran frailes y monjas vulgares.

Estaban ensoberbecidos con su seminario y con su infanta, dominaban á la justicia del pueblo, ó si se quiere ayuntamiento, y no había casa donde no se sintiese la influencia, ya del escolar, ya del fraile, ya de la infanta.

Y los unos, apoyados por los otros, venían y constituir á la villa en una dependencia *sui generis*.

El fraile, apoderado de la conciencia de la gente rica, se apoderaba de todo lo que podía para aumentar la hacienda conventual; se entremetía en los más pequeños asuntos municipales, lo exigía todo, entraba en todas partes, y en todas partes influía.

Desde que una joven parecía mujer, hasta que empezaba á parecer vieja, caía bajo la tremenda jurisdicción del estudiante, que no teniendo otra cosa en qué entretenerse, después de charlar en el aula su lección en latín, iba á dar lecciones de amor á las pobres chicas, que las aprovechaban de una manera tal, que más de cuatro honrados labradores que necesitaban casarse iban á buscar novia á Medina del Campo ó á Arévalo, porque no querían tener mujeres tan sabias en amor como las de Madrigal, lo cual era un error, una ilusión; porque si en Madrigal había un convento de frailes y un seminario con un centenar de estudiantes, en Medina del Campo había veintidós conventos con todos sus adherentes; como que Medina del Campo era una de las ciudades más grandes y más ricas de su tiempo, de las de España y fuera de ella, á la que no sabemos por qué se llamaba villa, puesto que contaba doscientas mil almas.

En cuanto á la influencia que la infanta ejercía sobre Madrigal, consistía en el lujo forzado á que obligaba á las familias ricas de la villa, puesto que estas familias la hacían la corte, y la estancia más ó menos larga de los caballeros y de las damas que iban de la corte del rey á pasar algunas temporadas en la pequeña corte de la infanta.

Por lo mismo los abastecimientos en la villa de Madrigal estaban mucho más caros que en cualquier otra villa de Castilla, por lo que los pobres de Madrigal eran más pobres que los de cualquiera otra parte.

Además de eso, las riñas, los desafueros, los escándalos promovidos por los estudiantes, hacían trabajar á la justicia más de lo justo, y la Chancillería de Valladolid veía con sumo desagrado que Madrigal era una villa revoltosa, por la cual no pasaba noche sin su lance de garrotazos ó cuchilladas y sin alguna cabeza rota, cuando no sin algún hombre muerto.

Esto había dado ocasión á que la Chancillería de Valladolid destinase exclusivamente un alcalde de casa y corte para los procesos de Madrigal, que este alcalde fuese y viniese continuamente de Madrigal á Valladolid, y que siempre hubiese en Madrigal algunos alguaciles de la Chancillería para ayudar á la justicia del pueblo.

Dábanse quejas por la Chancillería al rey, decíase en aquellas quejas que los dos conventos agustinos de frailes y de monjas eran la causa de la excesiva vitalidad de Madrigal, que era conveniente quitar su seminario á los agustinos, y que recibiesen menos visitas las agustinas; pero los frailes y las monjas tenían más influencia en la corte que en la Chancillería de Valladolid; en aquellos tiempos se tenía la costumbre de ver sin extrañeza que estudiantes, hidalgos y soldados se agujereasen el cuerpo por quítame allá esas pajas, que los frailes hiciesen lo que les diese la gana, y que las monjas fuesen un tanto galantes.

Además de esto, Felipe II tenía harto en qué pensar con Enrique IV, con los ingleses, con la casa Orange, con Portugal, con medio mundo y con su secretario Antonio Pérez, que se le había ido de entre las manos, refugiándose en París, y viviendo bajo el amparo de Enrique IV, para que le importasen gran cosa los frailes, las monjas y los estudiantes de Madrigal.

Por lo tanto, las quejas de la Chancillería de Valladolid eran *vox clamantis in deserto*, y don

Rodrigo de Santillana, que así se llamaba el tremendo alcalde, á quien los señores oidores de Valladolid habían espetado los asuntos criminales de Madrigal, se desesperaba, porque sus multiplicadas sentencias, ya de cárcel, ya de azotes, ya de galeras, ya de horca, de nada servían para aminorar los sucesos que de Madrigal caían sobre él, fatigándole, abrumándole, desesperándole.

Pero estaba escrito, como dicen nuestros amigos los moros, que muy pronto el rey debía fijar toda su atención en la villa de Madrigal, y que un gran proceso, un proceso de Estado, había de compensar á don Rodrigo de Santillana de toda la fatiga y de todo el trabajo oscuro á que hacía mucho tiempo le tenían reducido los vulgares procesos de Madrigal.

CAPITULO II

EN QUE SE EMPIEZA Á ENTRAR EN LO MÁS GRAVE DE NUESTRA HISTORIA

Por el mes de Junio del año de 1595 había llegado al convento de Agustinos de Madrigal un padre grave, que durante un año y ostensiblemente para asuntos de la orden de San Agustín había estado en Roma completamente autorizado por el general de la orden.

Este fraile era el reverendo padre maestro fray Miguel de los Santos, religioso portugués, que sin saberse por qué, había pedido pasar á Castilla, al convento de su misma orden, que existía en Madrigal.

Era fray Miguel de los Santos un sacerdote austero, como de sesenta años, tenido en gran respeto por su ciencia y por su virtud, que había logrado en otros tiempos una gran influencia en la corte de Portugal, por lo que los padres Agustinos de Madrigal creían haber hecho una gran adquisición con el pase de este religioso á su convento, y le tenían en grande loa y estima.

La orden del General de los Agustinos para que fray Miguel de los Santos pasase á Roma á gestionar cerca de la Sede Pontificia de los asuntos de la orden, había venido sin que nadie la esperase, y sin indicio alguno de que fray Miguel de los Santos hubiese hecho solicitud alguna para ello.

Tal era, sin embargo, el prestigio de que gozaba en la orden como sabio, justo y rígido el fraile portugués, que se atribuyó su encargo á una acertada elección del general de la orden, y nadie sospechó que el padre fray Miguel de los Santos hubiese ido á Roma á otra cosa que á asuntos de la misma orden.

Cuando volvió, fray Miguel guardó la más profunda reserva, y nadie se atrevió á preguntarle; pero se tenía una gran curiosidad, y no pudo menos de repararse en que fray Miguel de los Santos, que era hacía algunos años vicario de las monjas de Nuestra Señora de Gracia, iba al convento mucho más de aquello que su cargo le exigía, y pasaba largas horas encerrado con doña Ana de Austria, sin que nadie hubiese podido saber de qué asuntos hablaban el fraile y la infanta.

Pero se notó que la infanta se hacía más seglar cada día, que de Medina, que era el emporio del comercio español, adonde refluían todos los productos de la industria europea, venían ricas galas que en nada convenían á una monja, para la infanta, y que su servidumbre se aumentaba.

Doña Ana de Austria apenas contaba veinticinco años, y era muy dama y muy hermosa.

En su semblante se veía el sello inequívoco de raza de la casa de Austria.

Tenía los cabellos rubios, el color blanco y pálido, los ojos grandes y azules, de un azul claro como el del cielo por la mañana, la nariz recta y un tanto larga, la boca pequeña, de labios rojos y el inferior grueso y un poco prominente, la garganta larga y bella, las formas redondas y dulcemente mórbidas, y el conjunto bello y majestuoso.

Decían algunos viejos que la conocían, y que se acordaban del emperador don Carlos, que doña Ana se parecía toda al emperador, lo que no tenía nada de extraño, puesto que era su nieta; y que en lo que más se parecía era en que á pesar de ser afable, era altiva, y en que se sabía hacer respetar la majestad, dando á la majestad un gracejo indefinible.

Preguntábanse muchos por qué razón era monja una infanta tan hermosa, sobrina de un rey tan poderoso como Felipe II, cuando muchos poderosos príncipes, siendo aún muy joven doña Ana, la habían solicitado por esposa, y no sabían qué explicación darse, sino que la infanta era tan altiva y tan pagada de sí misma, que no ha-

bía encontrado un esposo que fuese digno de ella, más bajo que Jesucristo.

Pero los que tal decían se engañaban: todo consistía en que doña Ana de Austria había nacido excesivamente apasionada y soñadora, en que desde muy joven había contraído un espiritualismo exagerado: que había buscado, siendo aún muy joven, y antes de que hubiese hablado en su corazón el amor humano, lo grande, lo bello y lo sublime en la divinidad, había caído en la contemplación, y había contraído eso que se llama vocación al claustro.

Por esto había sido monja doña Ana de Austria.

Pero el claustro es uniforme y monótono, las monjas frías y feas, y en el recinto de los conventos, la contemplación toma el carácter del ascetismo severo y descarnado: doña Ana no había nacido para monja, su vocación había sido una equivocación, y al poco tiempo de haber profesado, sus sueños se habían desvanecido; porque ella se había levantado ó pretendido levantarse con un amor humano no comprendido, á un amor divino incomprensible, y se había encontrado flotando sin un punto de apoyo en un vacío oscuro que pesaba sobre su alma como un océano de inacción, como un caos sin horizonte y sin luz.

Entonces fué cuando la monja infanta empezó á contraer habitos seglares, á ejercer la presión de su categoría sobre las monjas, á quienes dominó con facilidad.

Entonces fué cuando se abrió en la parte exterior de la portería del convento una puerta destinada á dar una entrada independiente á a s habitaciones de la infanta, previas las licencias necesarias, que se obtuvieron apenas pedidas, y otra puerta interior, que ponía en comunicación la celda, ó mejor dicho, el pequeño palacio de doña Ana con el monasterio; entonces fué cuando más que como criadas, como damas de honor, pasaron al servicio de doña Ana, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, hermosas y jóvenes, que habían sido encerradas en el claustro y sacrificadas por conveniencias de familia; entonces fué cuando doña Ana pidió á su tío don Felipe II, y éste se lo concedió, dueñas meninas, gentiles hombres, pajes y todo cuanto convenía al servicio de una infanta de España.

Doña Ana era, pues, una monja muy singular, tanto en su manera de vivir como en su traje.

Recibía gentes, salía fuera del convento, como ya hemos indicado, dabe saraos y mantenía mesa de estado, á la que asistían monjas, frailes y seglares.

En cuanto al traje era también singular; sobre las ricas galas, sobre vestidos de brocado y seda, llevaba un pequeño manto de lana y un escapulario negro, del que no podía despojarse, y sobre los cabellos rubios, largos, cuidadosamente peinados, una sencilla toca blanca, que más que signo de profesión, era un bello adorno.

De la misma manera vestían las hermanas doña Luisa y doña María, y del mismo modo, aunque no eran monjas, para estar en armonía con su señora, las dos dueñas y las cuatro meninas.

Todo esto se toleraba, y es más, todo esto se ocultaba al severo Felipe II, que no había dado licencia á su sobrina para tanto, que creía que doña Ana guardaba rígidamente la clausura y el traje conventual, y que entre su sobrina y su servidumbre seglar, existía siempre la reja del locutorio.

El rey no podía saber esto, porque nadie se lo decía; y nadie se lo decía, por no perder los beneficios de la influencia que doña Ana de Austria, por su estado de perfección, según el rey, tenía sobre él.

Ni el mismo severísimo y tremendo alcalde de casa y corte, don Rodrigo de Santillana, que lo sabía y lo notaba todo, porque, como hemos dicho, y iba y venía con suma frecuencia de Valladolid á Madrigal, se había atrevido á decir ni una sola palabra, por no exponerse á perder con una indiscreción su formidable vara de alcalde, con la que se había casado de una manera indisoluble, y á la que tenía un amor imponderable.

Doña Ana, pues, hacía todo aquello que quería, porque el rey no sabía nada; porque Felipe II era además inaccesible, severo, hombre de pocas palabras, completamente aislado en medio de su reino, rodeado únicamente de los magnates que tomaban parte en la gobernación del Estado, y que temblaban delante de él, y las hablillas no podían llegar á sus oídos de ningún modo.

Además de esto, de tiempo en tiempo doña Ana enviaba al rey alguna carta autógrafa que

la escribía el Papa Clemente VIII, en que la llamaba su hija predilecta, elogiaba su piedad y su celo, y la aseguraba estar reservada por Dios á altos destinos, enviándola desde su silla pontificia su bendición apostólica.

Doña Ana acompañaba cada una de estas cartas del Papa con una larga y zalamera carta en que llamaba al rey su buen padre, con revelaciones que decía tener cerca de éste ó el otro próspero suceso para Felipe II, y añadiendo una sarta de peticiones, ya de nuevos privilegios para el convento de agustinos, ya para exenciones para la villa, ya para el mayor lustre y riqueza de la comunidad de que formaba parte, ya de gracias y prerrogativas para éste ú el otro vecino acaudalado, contándose entre estas peticiones la de que el convento de cuya comunidad formaba parte se llamase de Nuestra Señora de Gracia la Real, en atención á ser monja profesa en él una infanta.

El rey robaba un momento á sus graves y multiplicados negocios, escribía una especie de sermón á doña Ana, estimulándola á que siguiese en su vida ejemplar, y á que mirase más al cielo que á la tierra, y concedía á su sobrina todo lo que le pedía, porque la creía santa, y Felipe II quería estar bien con los santos.

Hay que advertir, que Felipe II, á pesar de de su terrible carácter, y de su suspicacia y de su sombría firmeza, que le valieron el sobrenombre, que le dió Enrique VIII de Inglaterra, de *Demonio del Mediodía*, si fué uno de los reyes más temidos del mundo, fué el que tal vez vivió más sin saber dónde tenía puestos los pies, porque le engañó todo el mundo.

Así es, que nada tenía de extraño que le engañase su sobrina la monja doña Ana de Austria. Es un axioma en política, que cuanto más tirano es un rey, tanto más de cerca le rodea la traición, y tanto más se ve obligado á extremarse en la crueldad y á teñirse en sangre para no ser vencido.

Sus enemigos exteriores ayudaban á los traidores que tenía cerca de sí.

Los Países Bajos, enviando emisarios secretos á su hijo el príncipe don Carlos, ofreciéndole su vasallaje y su soberanía, hicieron traidor á aquel príncipe loco, y Felipe II, exagerado siempre en el recelo, no supo castigar á su hijo sino matándolo de una manera oscura y terrible.

Isabel de Inglaterra, ofreciendo su mano á don Juan de Austria, y el Papa protegiéndole, hicieron imprudente y no traidor á don Juan de Austria, y aquel pavoroso rey, que había matado por recelo á su hijo, mató también por recelo á su hermano.

Entregó el rey todo el poder de sus armas al duque de Alba en Portugal, fiando en la lealtad y en los altos principios de don Fernando Alvarez de Toledo, y también se engañó; no porque el gran duque de Alba hubiese incurrido jamás, ni aun con el pensamiento, en la más leve traición, sino porque había creído enviar á un vasallo y había enviado á un rey; porque el duque de Alba era el último de aquellos nobles señores de la Edad Media que se hombreaban con los reyes, que eran, si cabe, más soberbios que los reyes; que no encontraban sobre sí á nadie más que á Dios; que desempeñaban por su criterio propio, por su propia voluntad y como mejor querían, los cargos que les cometía el rey, y que, como el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, enviaban enhoramala al rey que les pedía cuentas, sin que al rey que de tal modo se veía tratado le quedase otro arbitrio que encogerse de hombros, aunque el tal rey se llamase Fernando V ó Felipe II.

Don Felipe, pues, se había engañado respecto al duque de Alba.

El duque de Alba había obrado en Portugal por sí y ante sí con arreglo á la indómita fiereza de su carácter; en todos los actos de su gobierno en Portugal, el severísimo Felipe II creyó demasiada la severidad del duque de Alba para con los portugueses; temió que éstos, demasiado oprimidos, se sublevasen desesperados, y envió al duque de Alba oidores para que le ayudasen en la gobernación de Portugal.

Pero el duque, aunque el palo iba envuelto en seda, sintió el golpe, se irritó y escribió al rey *que había determinado ir á besarle las manos á su corte*, lo que no era otra cosa que una soberbia é irreverente dimisión, ó mejor dicho, una frase que, traducida á su verdadero sentido, quería decir: idos enhoramala vos y vuestro reino de Portugal y vuestros oidores.

Pues bien: Felipe II se aterró cuando supo la determinación del duque de Alba de abandonar á Portugal; comprendió que si se había engañado en enviar allí al duque de Alba, se había vuelto á engañar al querer domar su carácter indoma-

ble; comprendio que el estado en que había puesto los ánimos en Portugal el duque de Alba, sólo el duque de Alba podía seguir reprimiendo á Portugal; sabía demasiado que, una vez pronunciada una palabra por el duque de Alba, no había poder humano que le hiciese retractarse de ella ó dejar de ponerla en ejecución; y como el duque de Alba *había determinado ir á besarle las manos á su corte* y el rey no quería que el duque saliese de Portugal, no encontró más medio para salir del apuro que trasladar apresuradamente la corte adjunta á su persona á la frontera de aquel reino y *dar en ella á besar las manos* al vasallo que de tal manera le humillaba y que se quedó satisfecho, porque una tal humillación no podía menos de satisfacerle, porque en aquellas circunstancias él había sido más rey que el rey.

Felipe II después de esto se trajo á sus oidores y el duque de Alba se quedó en Portugal haciendo de las suyas.

Y no es esto solo; como en política se engañaba y era continuamente engañado Felipe II, de la misma manera se engañaba y era engañado como hombre.

La mujer que había logrado conmover su corazón de hielo; la mujer que había encendido en él la pasión amorosa de toda su vida, la princesa de Eboli, de quien se creía amado y de quien tenía hijos, le había hecho traición, amando, como él se creía amado, á su favorito, á su secretario Antonio Pérez, para el cual no tenía secretos de ningún género el receloso Felipe II.

Todo para este rey tomaba proporciones inmensas y transcendentales; quiso despedazar á Antonio Pérez y Antonio Pérez se le escapó de la cárcel y se refugió en Aragón, amparándose de los libres fueros de aquel reino.

A causa de esto, Felipe II envió un ejército sobre Aragón; el pueblo de Zaragoza arrastró al marqués de Almenara, que había pretendido servir al rey, á pesar de los fueros, y á la terrible voz de *contrafuero* y *libertad* recibió á mosquetazos al general Vargas, que mandaba las tropas enviadas contra Aragón; Zaragoza fué vencida, el justicia Juan de Lanuza degollado y rotos y deshechos los fueros de Aragón.

Pero, entretanto, Antonio Pérez se había salvado; había pasado la frontera y estaba bajo el poderoso amparo de Enrique IV de Francia.

Si hubiéramos de enumerar todas las veces que Felipe II se engañó y fué engañado, llenaríamos un grueso volumen.

Felipe II, con un exceso de autoridad nocivo, provocaba situaciones cuyos resultados no preveía ni podía prever en su escasa inteligencia.

Los que le llaman el Prudente no comprenden, sin duda, que la prudencia es previsora; que no se la puede confundir con el recelo sistemático que conduce siempre al error.

Felipe II nunca previó; receló siempre, y su recelo le llevó de una á otra imprudencia, cuyos resultados fueron tan funestos que la historia de Felipe II no es otra cosa que un largo, continuado y sangriento drama.

Así sólo, por la ceguedad en que vivía Felipe II, persiguiendo peligros fantásticos, mientras el peligro real se deslizaba mudo é invisible á su lado; así sólo se concibe, repetimos, al leer el proceso del Pastelero de Madrigal, que aquella imprudente y audaz conspiración pasase desapercibida casi hasta el momento de llegar á su desarrollo y que sólo se supiese por una delación, cuando las imprudencias de los conspiradores habían dado lugar mucho tiempo antes á que se descubriese por sí misma.

Así se comprende que aquella misma infanta á quien tanto estimaba Felipe II y á quien tenía en olor de santidad, fuese una de las principales personas, ó más bien, la persona principal de aquella conspiración.

Fray Miguel de los Santos había estudiado demasiado bien á la infanta doña Ana, y había comprendido que el claustro, á pesar de la libertad de que en él gozaba, era para doña Ana un lugar horrible, un martirio insoportable.

Doña Ana tenía la imaginación soñadora, novelesca y aventurera, había nacido para el amor, y sufría al verse obligada por su dignidad, por su jerarquía y por su estado, á renunciar al mundo.

Fray Miguel, antes de partir á Roma, había procurado imbuir ciertas ideas en el ánimo de doña Ana.

Estas eran, que si bien el Papa no podía revocar los votos de una persona vulgar, podía revocar los de una persona real, si esta revocación era conveniente á los intereses de un rey.

Doña Ana escuchaba esto como el desesperado que oye la enunciación de una esperanza, por remota que sea, y cuando fray Miguel de los Santos la vió ya bien preparada, no se refirió ya

sólo á generalidades, sino que la dijo que había tenido revelación de que Dios no la quería monja, sino casada, y que la tenía guardada para causar el bien de un gran rey y de un gran reino.

—Y decidme, padre—dijo la infanta—, ¿cómo puede ser eso? ¿A qué rey puedo yo salvar, y á la ventura de qué reino puedo yo contribuir?

—Vuecencia (1), señora—dijo fray Miguel de los Santos—, ha tenido un primo que murió desgraciadamente en una gran empresa, cuando él era muy joven, y vuecencia todavía muy niña.

—El rey don Sebastián de Portugal—dijo la infanta, que cometió la imprudencia de no oir los consejos de mi tío y fué á perecer á Africa.

—Eso dicen, señora; pero el rey don Sebastián no pereció; vive, y vasallos hay en su reino que lo saben, que trabajan en silencio para que vuelva á su reino, y que verían con gran contento á vuecencia esposa del rey don Sebastián.

—Pero el rey don Felipe no consentiría nunca en reconocer al rey don Sebastián, si es que vive, y pueden suceder grandes desgracias.

—El rey no puede desconocer á su sobrino, el rey don Sebastián, ni hacer que sus vasallos, que le conocen, le desconozcan, ni siendo tan justo, pretender seguir usurpando un reino que tiene por herencia, y que apareciendo su legítimo rey, no puede retener por ningún derecho divino ni humano.

—Aunque eso sea—dijo la infanta—, el rey mi señor no me dará licencia para casarme aunque el Papa me dispense mis votos.

—Desde que vuecencia es religiosa, señora—dijo fray Miguel de los Santos—, está bajo la absoluta obediencia del Papa, y si el Papa mandase á vuecencia casarse con el rey de Portugal, vuecencia no podría dejar de obedecer.

—Obedecería resignada—contestó doña Ana, bajando los ojos y poniéndose vivamente encendida; y digo mal resignada, obedecería contenta por ser el esposo que me daría el Papa mi primo el rey don Sebastián.

—Don Sebastián es muy bravo, muy noble y muy caballero, y no merece las tribulaciones y las desgracias por que ha pasado.

—Siempre he tenido yo una buena memoria para el rey don Sebastián, y por muchas razones mi padre, el señor don Juan de Austria, amaba mucho á su hermana la princesa doña Juana, madre del rey don Sebastián; y á más de eso, el rey don Sebastián fué vencido en Africa y se le tuvo por muerto el mismo año y dos meses antes que mi padre muriese en Namur de una manera harto desgraciada.

—Como que dicen—contestó sutilmente fray Miguel de los Santos y bajando la voz como si hubiera temido que le escuchasen las paredes—que el señor don Juan de Austria murió á consecuencia de haber usado unos borceguíes moriscos que tenían entre la tela un substancia venenosa, y que quien le había regalado aquellos borceguíes, sabía que daba con ellos mucho gusto al rey don Felipe.

—¡Callad!—dijo doña Ana poniéndose mortalmente pálida—; sobre nuestra familia pesa sin duda la maldición de Dios.

—Vos lo sabéis; el rey don Felipe encontró muy á su gusto que el 4 de Agosto de 1578 desapareciera en los campos de Alcázar-Kivir su sobrino el rey don Sebastián, y que el 1.° de Octubre del mismo año muriera en Flandes en el campamento, cerca de Namur, su hermano don Juan de Austria; la fortuna le sonreía, pero le sonreía de una manera horrible; la desgracia del rey don Sebastián en Africa, dejaba el trono de Portugal á un hombre débil, al cardenal don Enrique, tío del rey, á quien se creía muerto; el crimen mataba dos meses después al gran don Juan de Austria, que estaba próximo á ser rey de Inglaterra por su casamiento con la reina Isabel, lo que hubiera dado grandes disgustos al rey don Felipe, y no es esto solo: diez y siete meses después, el 31 de Enero de 1580, muere el rey don Enrique de Portugal en ocasión en que tenía Cortes en Almeirin, para tratar de la sucesión de la corona; y cuando acontece esta muerte, se habla también de veneno, á pesar de que bien pudo morir de viejo don Enrique, porque ya contaba sesenta y nueve años, y era débil y enfermizo; pero esta muerte sucede cuando interesa al rey don Felipe; cuando el estado llano de Portugal se sublevaba en las Cortes, pidiendo que la sucesión á la corona no fuera por heren-

(1) Doña Ana de Austria, aunque estaba considerada por todos como infanta, no lo era; pero estaba reconocida por el rey, como sobrina carnal suya, por ser hija natural de don Juan de Austria; se la concedían consideraciones de infanta y el tratamiento de Excelencia, como se hizo con su padre.

cia, porque de este modo Portugal se uniría bajo Felipe II, heredero por la sangre del cardenal don Enrique á la corona de Castilla; cuando el débil enfermo y viejo rey se doblegaba asustado ante el tumulto del estado llano, y los embajadores del rey don Felipe protestaban enérgicamente contra toda sucesión que no fuese por agnación rigurosa; y aún estaba caliente el cadáver del rey don Enrique y los gobernadores del reino no se entendían, y don Antonio, prior de Ocrato, reclamaba la corona, y Portugal se despedazaba en bandos, cuando el duque de Alba entró en el reino con un poderoso ejército que el rey don Felipe enviaba para sostener con las armas su derecho, y que en pocas jornadas sometió por la sangre y por el terror al reino de Portugal, que aún gime bajo el yugo del rey de Castilla, sin que sirvan para nada los tenaces esfuerzos del prior de Ocrato, don Antonio, que, protegido por los ingleses, aún pretende la corona de Portugal. Todo es sangre, todo misterio, todo horror en esta época de Felipe II; todo clama venganza al cielo, y la Providencia de Dios hace que el rey don Sebastián exista, aunque ignorado, y que para tomar esposa haya puesto los ojos en vuecencia, hija de un príncipe sacrificado por el rey don Felipe.

—¡Callad, callad!—dijo doña Ana—; sois un ministro del Señor y me estáis hablando de venganza.

—La venganza, cuando recae sobre crímenes, no es venganza, sino justicia.

—El rey don Felipe me ama, me llama su hija, me concede todo lo que le pido.

—Por remordimiento; porque entre el rey y vuecencia se levanta lívida la sombra del señor don Juan de Austria, vuestro padre.

—No hay muerte de príncipe que no se achaque á veneno, que no se atribuya á otro príncipe á quien aquella muerte convenía. ¿Dónde está la prueba de que mi noble padre fuese envenenado?

—*Vox populi, vox Dei*—dijo solemnemente fray Miguel de los Santos—; la voz de los pueblos es la única que puede acusar á los reyes; y aun así, de una manera muy baja y de oído en oído; y no es sólo la voz popular la que acusa al rey don Felipe de la muerte de vuestro padre: le acusan los sucesos; un mes antes de que vuestro padre muriese en Flandes, murió en Madrid, durante una noche oscura, en la plazuela de Santa María, á manos de un asesino, Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, enviado por éste á la corte para graves asuntos; todo el mundo supo que aquella muerte la había mandado el secretario de Estado, Antonio Pérez; todo el mundo sabe que Antonio Pérez era el favorito del rey don Felipe, y el mismo Antonio Pérez ha dicho en sus *Relaciones* que el rey don Felipe le mandó la muerte de Escobedo, decretada en Consejo de Estado y mandada ejecutar á Antonio Pérez; se evitó un proceso á Escobedo y se le mató de una manera infame, porque se quería que muriese y quería evitarse que el nombre de don Juan de Austria sonase en un proceso; se quería que don Juan de Austria muriese también, pero no se le quería matar por la mano de un asesino y á puñaladas, y se le mató secreta y misteriosamente por medio de un veneno. Sí, la voz pública, y los sucesos, y los intereses políticos, acusan al rey don Felipe de la muerte de don Juan de Austria, y vuecencia, señora, hija de aquel grande hombre, tiene el sagrado deber de vengarle, y para eso la Providencia os llama á ser esposa del rey don Sebastián.

—Huérfanas quedamos mi hermana doña Juana y yo—dijo con voz trémula doña Ana—, sin saber quiénes han sido nuestras madres, ni otra cosa, sino que éramos hijas naturales del señor don Juan de Austria, y el rey nos ha criado, nos ha amparado, nos ha amado.

—Sí, es verdad—dijo con sarcasmo fray Miguel de los Santos—; como negó á vuestro padre la dignidad de infante, á pesar de que era hijo, como él, del gran emperador don Carlos V, ni vuecencia, ni vuestra hermana habéis sido reconocidas como infantas, á pesar de la sangre del gran emperador, vuestro abuelo, que corre por vuestras venas; que os ha criado y os ha protegido el rey don Felipe, sepultándoos desde niñas en un claustro, apartándoos de la corte, temeroso de la influencia que pudiérais tener en ella, como hijas del noble don Juan de Austria, casando á vuestra hermana en Italia con un oscuro principillo siciliano, que ningún recelo podía causarle, y haciendo profesar á vuecencia en España en este convento, que es el único mundo que vuecencia ha visto.

—El rey me da rentas de infanta; el rey me consiente una servidumbre igual á la de una infanta.

—Pero, entretanto, sois monja profesa; estáis

muerta para el mundo; no os podéis casar con nadie, porque el rey cree que Clemente VIII no se atreverá á libertaros de vuestros votos; pero yo voy á Roma, vuestros votos serán dispensados por el Papa, y un día muy próximo el rey don Felipe verá con asombro y con terror que el rey don Sebastián existe, que se apodera de su reino de Portugal, que se lo arranca de entre las manos, y que la esposa del rey de Portugal es monja profesa, la hija de don Juan de Austria, á quien él sepultó en el claustro después de haber sepultado á su padre en la tumba.

—Me estáis envenenando el alma—exclamó doña Ana profundamente conmovida.—¡Oh y cuánto aborrecéis al rey don Felipe!

—Soy portugues; veo á mi patria esclavizada, desangrada, abatida, sujeta al yugo ominoso de un tirano sombrío y cruel; sólo por el amor de mi patria estoy en Castilla; sólo por mi patria vivo hace algunos años en Madrigal, porque vos, en quien yo había puesto los ojos desde el momento en que supe que el rey don Sebastián vivía en Africa, érais monja de este convento; sólo por trataros de cerca, por ganar vuestra confianza y vuestro corazón, he pretendido ser, y lo he sido, vicario de este convento; yo sé que puedo fiarme de vuecencia, yo sé que si vuecencia on se atreve á tomar sobre sí la grande empresa que la propongo, vuecencia guardará el más profundo secrete. Pero las desgracias del rey don Sebastián, la necesidad que tiene de vuestra ayuda y el generoso corazón de vuecencia, me mueven á creer que mis afanes durante tantos años no habrán sido inútiles; que vuecencia comprenderá que la justicia de Dios quiere lo que yo la propongo y accederá á ello.

—¿Y sabéis vos si el rey don Sebastián querrá ser esposo de una bastarda?

—Una hija natural del señor don Juan de Austria, reconocida por él, puede ser esposa del más grande emperador de la tierra.

—¿Y consentirá el Papa?...

—Este es asunto resuelto; para ello sólo voy á Roma.

—¿Y dónde está el rey don Sebastián?

—En Venecia, secretamente amparado por aquella serenísima República.

—En Venecia dicen que hay hermosas y nobilísimas damas—dijo con acento de celos y ruborizándose vivamente doña Ana.

—El rey don Sebastián sabe ya que vuecencia es la esposa que su reino vería con placer sobre su trono; es primo hermano de vuecencia, y según las nottcias que me da Guillén de Sousa, que vive hace muchos años al lado del rey, en esta carta, don Sebastián está impaciente por lograros; porque en cuanto á conoceros le hemos enviado el retrato de vuecencia, que le ha enamorado grandemente.

—¡Ah! ¡Mi retrato!—dijo con alegría doña Ana—; no sabía yo que se hubiese enviado mi retrato á don Sebastián.

—No se creyó oportuno hablaros de esto, hasta saber lo que el don Sebastián contestaba, y el retrato que se le ha enviado, se tomó del grande que hay vuestro al óleo en el alcázar de Madrid.

—Allí no tengo hábitos de monja—dijo con cierta vanidosa coquetería doña Ana—; ¿y qué ha dicho don Sebastián?

—En la mano tengo la carta que á propósito de esto me ha escrito el señor Guillén de Sousa—dijo fray Miguel de los Santos mostrando á doña Ana una carta que había sacado de entre sus hábitos.

—Leed, leed—dijo con interés doña Ana.

—No hay para qué leer más que lo que á vuecencia atañe, que la carta es larga y menudamente escrita, y salvo en lo que á vuecencia se refiere, trata de asuntos menudos y enfadosos, que molestarían á vuecencia.

—Y que, además de eso, sin duda asuntos que no me conciernen; veamos lo que á mí toca.

Fray Miguel de los Santos sacó una caja de plata y de ella unas antiparras, se las caló y leyó lo siguiente:

—"Mi señor me encarga diga á vuesamerced que ha recibido el retrato de la señora doña Ana, y que desde que la vió no pasan diez minutos sin que le saque del pecho y vuelva á mirarle, sin hartarse nunca de contemplar la hermosura de doña Ana, que le parece tal, que arde en deseos de conocerla; porque dice que hay gran diferencia de lo vivo á lo pintado, y que, ó mucho se engaña, ó doña Ana debe ser mucho más hermosa de lo que aparece en el retrato, aunque en éste está representada muy al vivo; mi señor no ha cesado de hablarme de esto en tres días que hace que se recibió el retrato, y cada día con más encarecimiento, y ha mandado llamar un pintor, que aquí los hay muy bue-

nos, para que haga su retrato y enviarlo á vuesamerced cuando hubiere persona de confianza con que hacerlo. Yo creo muy bien que mi señor está enamorado, y no hay que tomarlo á maravilla, porque mi señora doña Ana es una dama muy hermosa y muy gentil, y se ve muy representado en su retrato el altísimo origen de donde viene, y la majestad de quien ha nacido, no para vivir obscuramente escondida en el rincón de un claustro, sino para brillar sobre un trono al lado de un gran rey.«

Fray Miguel dobló la carta, la guardó, se quitó las antiparras, las metió en su caja y las hizo desaparecer bajo su hábito.

Doña Ana se había quedado profundamente pensativa.

La situación en que se encontraba era gravísima; como que se trataba no menos que de una traición contra su tío el rey de España, de la anulación de sus votos como religiosa y de su casamiento con un rey á quien todo el mundo creía muerto.

Las palabras envenenadas del fraile agustino habían caído una á una sobre su corazón, y habían excitado el principio de odio hacia Felipe II, que germinaba dormido en el alma de doña Ana; porque en el claustro se sabe todo; porque en él había penetrado también el sordo rumor de la opinión pública, que acusaba á Felipe II de la muerte de don Juan de Austria.

Por otra parte, como hemos dicho ya, doña Ana no había nacido para monja; el rey la había mandado profesar, y había profesado; pero como han profesado tantas mujeres obligadas á obedecer por su debilidad y por su aislamiento, encontrándose colocadas en la situación de mártires.

Así es que doña Ana, á quien ya se había hablado mucho del rey don Sebastián, había contraído por él un extraño amor, ansiándole sin conocerle, formando en su pensamiento un ser fantástico en armonía con las aspiraciones de su alma. Por eso doña Ana estaba triste y pensativa.

Por eso teñía sus blancas mejillas un débil matiz rosado, y sus ojos dejaban ver una mirada seria, triste, tímida, poderosa.

Doña Ana amaba como todas las vírgenes aman la primera vez.

—¿Y dónde está don Sebastián?—dijo.

—Ya os lo he dicho, señora; en Venecia, protegido por la serenísima República.

—¿Y ha estado siempre allí, desde que se salvó de Africa?

—El rey don Sebastián ha estado en Africa diez y siete años, hasta hace algunos meses que pasó á Venecia.

—¿Y por qué el rey don Sebastián no ha dado señales de vida hasta ahora? ¿Por qué en el momento en que sanó de sus heridas no hizo saber á su reino que existía, para que su reino le hubiera rescatado de su cautiverio?

—El rey don Sebastián no ha estado nunca cautivo; le salvó una familia mora, y entre ella ha vivido, ocultando su nombre por la vergüenza de su derrota; y si se sabe que el rey don Sebastián vive, es por algunos cautivos portugueses que le han conocido en Africa, que han sido rescatados y han traído á Portugal la noticia. Desde que estas noticias se tuvieron, se envió á Africa al señor Guillén de Souza, y gracias á las continuas persuasiones de éste, se ha logrado que el rey don Sebastián pase á Venecia, para que en la ocasión oportuna venga á su reino, protegido por venecianos, franceses é ingleses.

Pero antes, el rey don Sebastián vendrá de incógnito á España, para, ya disueltos los votos por el Papa, hacer á vuecencia su esposa, salir con ella de España, é ir á ocupar á Portugal, presentándose con una fuerte escuadra delante de Lisboa.

Ahora bien, señora, dígame vuecencia si quiere ser esposa del rey don Sebastián, para que yo pida al Papa la anulación de los votos y la dispensa del parentesco, y lleve al rey don Sebastián la noticia faustísima de que vuecencia consiente en ser su esposa.

—Si Dios lo quiere, y el Papa en su alta sabiduría lo estima justo y conveniente, y anula mis votos, yo me tendré por muy honrada, y seré muy contenta de que me tome por esposa una tal persona como el rey don Sebastián—dijo doña Ana con la voz trémula, los ojos bajos y vivamente encendida.

Hablaron aún por espacio de una hora el fraile y la monja, despidiéronse, y al día siguiente por la mañana, fray Miguel de los Santos partió á Roma con el pretexto aparente de ir como delegado del General de su Orden, para asuntos de la misma, cerca de la curia romana.

Ya sabemos lo que sucedía en Venecia, y cómo salió de ella Gabriel de Espinosa, habien-

BIBLIOTECA Granada ANDALUCÍA

do sido el héroe de extrañas y sangrientas aventuras.

La *Bella Genovesa* había aportado al puerto de Marsella, y desde allí Gabriel de Espinosa se había trasladado á París, buscando el amparo de Enrique IV.

Se habían tenido conferencias entre este rey, Gabriel de Espinosa, el duque de Vendome y Antonio Pérez, que como secretario que había sido tantos años de Felipe II y tan de su confianza, era una persona de cuyos consejos no se podía prescindir, tratándose de un asunto tan importante.

Pero Enrique IV no era muy espléndido, ni muy aficionado á tener junto á sí huéspedes tan peligrosos como aquel rey resucitado, propietario de un reino del cual tenía la posesión un rey tal como Felipe II.

Enrique IV contemporizaba cuanto podía, evitaba cuanto podía las guerras, cuando no las tenía, y cuando las tenía excusaba toda complicación que pudiera dilatar el día de una paz honrosa y conveniente para la Francia.

Por lo mismo, dió muy buenas esperanzas á Gabriel de Espinosa, porque Enrique IV, si no era pródigo de dinero, no escaseaba las palabras, le dió alguna cantidad; que no pudo buenamente excusarse de darle, algunos regalillos indispensables, y le puso fuera de su reino, logrando con su buena política que Gabriel de Espinosa le creyese su amigo, y dispuesto á hacer por él todo lo que pudiese, y que Gabriel de Espinosa tuviese tanta ansia de salir de Francia para comenzar su empresa, como Enrique IV de verle fuera de ella y librarse de un compromiso, que sin haberlo podido él evitar, se le había venido encima.

En la familia de Gabriel de Espinosa habían acontecido cosas harto graves durante su permanencia en París.

La reacción que se había operado en Gabriel de Espinosa respecto á Sayda Mirian por los trágicos acontecimientos de Venecia, había desaparecido.

Sayda Mirian, que una vez en su vida se había creído amada, comprendió con dolor que Gabriel de Espinosa no la había amado nunca; lo que era peor aún, que no podía amarla.

Gabriel de Espinosa era un ser impresionable que se engañaba y engañaba mientras duraba la fuerza de la impresión, que se gastaba con una rapidez igual al loco entusiasmo que la había producido.

Aún no había terminado la navegación, y ya Gabriel de Espinosa había recaído en su indiferentismo, en su sombrío disgusto respecto á Sayda Mirian.

La desdichada estaba en la terrible situación de la esposa, de la cual se siente hastiado y cansado el esposo.

Veía que separada de él y vuelta á unir por una impresión pasajera, Gabriel de Espinosa estaba ansioso por romper los vínculos que á ella le unían; aun los eternos é indestructibles vínculos con que se siente ligado un hombre bien nacido por el agradecimiento.

Sayda Mirian empezaba á desimpresionarse también; empezaba á comprender que era una locura amar con la más sublime de las abnegaciones á un hombre que no comprendía ni agradecía aquel intenso amor.

Pero como no queda vacío en el alma el lugar que ha llenado una pasión sin que la contraria llene aquel vacío, empezó á nacer y á desarrollarse en el alma de Sayda Mirian esa pasión terrible y excepcional, que nosotros nos atrevemos á llamar odio de amor.

Sayda Mirian empezó á convertirse para Gabriel de Espinosa en el obstáculo más grave de sus proyectos; en la fatalidad viviente que había de decidir su destino, que había de llevarle á su último y terrible suceso.

Desde el momento en que el amor despechado de Sayda Mirian le hizo contraer la resolución terrible de que Gabriel de Espinosa no perteneciese á nadie ni á nada que no fuese ella, trocó la lucha tenaz de su amor por la sumisión y la tranquilidad intencionada de quien para estar más en posición de obrar se pliega al carácter, á la voluntad caprichosa, á las excentricidades de la persona de quien se ha apoderado.

Gabriel de Espinosa respiró; se vió libre de las amantes quejas, de los celos, del disgusto, que se hacen tan insoportables cuando provienen de una mujer á quien no se ama, y con la cual se vive.

Sayda Mirian se hizo fácil, afable, dulce, se manifestó contenta, y Gabriel de Espinosa la trató mejor, por lo mismo que Sayda Mirian se le hacía ligera; se confió y tuvo para ella un amor de hermano, que no podía satisfacer las necesidades del alma apasionada de Mirian.

Y Mirian sufría y lloraba; pero lloraba á solas, y delante de Gabriel de Espinosa y Aben-Shariar, ocultaba el sentimiento corrosivo de su alma, bajo su exterior tranquilo y alegre, y engañaba á los dos; y Aben-Shariar, al ver tranquila y feliz en la apariencia á Sayda Mirian, había vuelto á conceder su ardiente amistad á Gabriel de Espinosa.

No podía entrar en peores condiciones en España Gabriel de Espinosa; tenía á su lado el peligro, sin conocerle, en Sayda Mirian.

Y no era esto sólo; entraba en España sin recursos; porque ya sabemos que las inmensas riquezas de Sayda Mirian se habían agotado, y Aben-Shariar no podía disponer de nada, más que del valor de la *Bella Genovesa*, porque sus servicios á Gabriel de Espinosa habían traído para él consecuencias funestísimas.

Todo el mundo sabe que los reyes africanos son los que pueden propiamente llamarse reyes absolutos, y que un africano no es otra cosa que un esclavo del rey, que dispone á su arbitrio de su vida y de su fortuna.

Los reyes africanos están siempre ansiosos de tener la más leve ocasión para despojar á sus súbditos, disculpando el despojo con un leve asomo de justicia.

Manuel Karuk no había visto, sin rabia, acometida su galera por la *Leona*, en provecho de una galera de la República.

No había sabido tampoco sin sentir una rabiosa sed de venganza, que había ocultado, porque las circunstancias le obligaban á ello, la desastrosa muerte de José Kaivar, ni había podido olvidar que el hombre por quien tanto hacía Aben-Shariar, por quien tantos peligros y tantos sacrificios había arrostrado, que Gabriel de Espinosa había tenido una gran influencia en la muerte de su hermana Elena Karuk.

Así es, que tres días después de haber sido conducido á Corfú por la *Leona*, y cuando ésta se había hecho á la vela para Túnez, Manuel Karuk fletó una almadía, se fué en ella á Túnez, desembarcó, y se presentó al bey, y le reveló todo cuanto había hecho Aben-Shariar.

No necesitaba el bey de Túnez tanto para tener un pretexto de apoderarse de todo lo que pertenecía al emir Aben-Sariar.

Su alteza el bey de Túnez estaba fieramente indignado; no le bastaba haberse apoderado de los bienes, de las naves, de los tesoros, de la esposa, de los hijos, de la familia, de todo cuanto era de Aben-Shariar, sino que rugía como un tigre hambriento porque no podía apoderarse de la cabeza del emir, para que sirviese de escarmiento á los traidores, clavada en lo más alto del alminar de la gran mezquita.

Los crímenes de Aben-Shariar eran en efecto terribles para el bey.

Aben-Shariar había protegido abiertamente á un rey cristiano; había llevado el traje y había vivido en las costumbres de los cristianos; había servido á Venecia, la eterna enemiga de los piratas de la costa occidental de Africa sobre el Mediterráneo, hasta el punto de formar parte del Consejo de los Diez de aquella aborrecida República, y por último, había ayudado á una galera de Venecia contra un corsario.

Su alteza, pues, declaró traidor á Aben-Shariar, se apoderó de su hacienda, y vendió como esclavos á su familia.

Cuando Aben-Shariar supo esto, volvió los ojos al cielo desesperado.

No podía acontecerle otra cosa ni peor ni más terrible.

Su pobre familia esclava le hizo llorar llanto de fuego, y vendió lo único que le quedaba: la *Bella Genovesa* con su rico cargamento de mercancías venecianas.

Y como á su alteza el bey le importaba mucho más el dinero que la desesperación del emir, la esposa de Aben-Shariar, la hermana de madre de Sayda Mirian, Fatimatu'l-Noemi y sus cuatro hijos, fueron entregados á la República de Venecia que anduvo en el trato, y Aben-Shariar tuvo al fin el consuelo de saber que si todo lo había perdido, su esposa y sus hijos no eran esclavos, y estaban en tierra de cristianos bajo el generoso amparo de Venecia.

Y el puesto de Aben-Shariar en el Consejo de los Diez no se había ocupado aún, porque aún, no había sido juzgado monseñor Pietro Mastta.

El Consejo de los Diez nada tenía ya que temer de su miembro ausente.

Aben-Shariar, que lo veía perdido todo, se veía obligado á servir lealmente á la República.

Por lo tanto, monseñor Pietro Mastta recibió en París un decreto del Consejo de los Diez, por el cual se le absolvía de todos los cargos que contra él se habían hecho, se le confirmaba en su alta dignidad de miembro del Consejo, y se le mandaba acompañar de incógnito en toda su em-

presa al rey don Sebastián (que por tal tenía el Consejo de los Diez á Gabriel de Espinosa), y tener al corriente de todo lo que aconteciese al Consejo.

De modo que entraba en España con Gabriel de Espinosa, desconocido, envuelto en el más profundo misterio, un pedazo, por decirlo así, de la recelosa y sagaz República de Venecia.

Pero en cambio, Gabriel de Espinosa acometía sin dinero una empresa de gigante, puesto que no poseía más que la exigua cantidad que al salir de París había recibido de orden del económico Enrique IV.

Sobre Gabriel de Espinosa caían terribles y condensadas las consecuencias de su insensata y aventurera conducta. Su imprudencia le había cerrado todos los caminos, le había privado de todos los recursos, y sin embargo, siempre audaz, siempre valiente, marchaba sin vacilar con el corazón sano y la cabeza llena de sueños, su camino de perdición.

CAPITULO III

DE CÓMO SE PRESENTÓ EN MADRIGAL Y EN SU PASTELERÍA GABRIEL DE ESPINOSA, CON LO QUE LE SUCEDIÓ ANTES DE LLEGAR Á ELLA.

Era el día 15 de Agosto de 1599, antes del amanecer.

La noche imperaba todavía y era oscura como boca de lobo.

A esta hora, por el camino que conduce de Madrigal á Valladolid, entraban en la villa de Madrigal seis personas.

De éstas, las cuatro iban á caballo, muy rebozados en tabardinas; la otra, que era una mujer, con bulto debajo de la capa en que se envolvía, iba en unas jamugas sobre un macho, y la sexta persona era un mozo de mulas que iba á pie llevando el macho del ronzal.

Eran, pues, estas personas, una mujer y cinco hombres.

Caminaban delante el uno de los hombres, jinete en buen caballo, á alguna distancia el otro, casi junto á él, la mujer que iba en el macho, y el mozo de mulas que conducía á éste, y detrás, á cierta distancia, como en escolta, los otros dos jinetes.

Entraron de esta manera, y sin hablar una sola palabra por la calle Real de la villa hacia la plaza, sirviendo de guía el que iba delante, y con gran cuidado sin duda de ser sentidos, porque los cascos de los caballos iban cubiertos con sorderas ó fundas de cuero para que no sonasen las pisadas.

A la entrada en la villa no encontraron una sola persona, ni oyeron el menor ruido; pero á medida que adelantaban, se iba oyendo un rumor vago que crecía, haciéndose cada vez más distinto, y que dejaba percibir una especie de salmodia.

Llegó un punto en que aquel canto se hizo ya perfectamente perfectible, mezclándose á otro algo más lejano que venía por una dirección opuesta.

El jinete que iba delante se detuvo y esperó al segundo jinete, que cuando llegó á él, le dijo:

—¿Por qué te detienes, Navarro?

—Por dos razones, señor — dijo el preguntado—; porque ya hemos llegado á la fuentecilla del Arcediano, y no parece fray Miguel ni se siente novedad alguna, y porque andan por la plaza, no ya uno, sino dos rosarios de la Aurora, y mucho será que no haya, cuando menos lo esperemos, palos y cuchilladas y nos encontremos en medio descubiertos sin saber cómo.

—Dificultades son éstas—dijo el segundo jinete, que por la voz parecía Gabriel de Espinosa—, que debía haber mirado bien el fraile, y no exponernos á contratiempos que pueden dar de través con nuestra empresa, apenas la comenzamos.

—Pues volvernos al camino sería peor; porque pronto amanecerá, y nos exponemos á dar con cuadrilleros que nos pregunten de dónde somos y á dónde vamos, y caigan en sospechas, y nos acontezca peor que si decididamente siguiéramos adelante, nos entráramos por la plaza y nos fuéramos en derechura á vuestra casa, donde Gil Pérez, que conoció mucho á Gabriel de Espinosa, nos espera ya, avisado por fray Miguel de los Santos, que tal vez no está aquí á causa de andar los rosarios por la calle, lo que sin duda no se esperaba, para no dar sospechas si era encontrado.

—Pues á la ventura de Dios, Navarro—dijo Gabriel de Espinosa—; que no hay negocio que no tenga peligros y dificultades, y siempre se ha salido mejor de los peligros afrontándolos que huyendo de ellos; pero para no dar que sospe-

char, y que no vean que hemos querido entrar en el pueblo sin ser sentidos, echa pie á tierra y quita las sorderas á tu caballo y al mío, que Cobo se las quite al macho, y Saavedra y Carballo a sus caballos, y guárdalas en el saco.

El Navarro transmitió esta orden á los otros que no la habían oído, y la operación de quitar las sorderas se hizo en muy poco tiempo, después de lo cual siguieron animosamente su camino hacia la plaza, donde ya se oían los cantares de los dos rosarios de la Aurora.

Eran estos dos rosarios completamente distintos por su forma y por su fondo, por decirlo así.

El uno era el de los cofrades de la hermandad de la Soledad, que habían sacado de su ermita á una antiquísima y denegrida Virgen que llevaban en andas cuatro penitentes con túnicas y capuces de nazarenos, y á la cual acompañaban unos cuarenta penitentes igualmente encubiertos con túnicas y capuces, con velas de cera amarilla en la mano, entre los cuales y delante de la Virgen iban quince ó veinte disciplinantes con las espaldas desnudas qu se zurraban de lo lindo.

Este rosario era grave, triste, sombrío, casi fantástico, y hubiera dado pavor atravesar solo entre la oscuridad de la noche por la destartalada plaza de Madrigal.

Pero entraba al mismo tiempo por la plaza otro rosario alegre, engalanado, risueño, ostentoso, acompañado de unos doscientos locos, esto es, de todos los estudiantes del Seminario de San Agustín.

Lo primero que se veía era una inmensa farola de vidrios de colores, dentro de la cual ardían un número infinito de luces, llevada en unas andas cubiertas de flores, y tan pesadas, que se necesitaban nada menos que ocho estudiantes para conducirlas.

Detrás de la farola iban dos hileras de escolares, cada uno de ellos con un farol puesto en la punta de un palo, y luego un estandarte con dos puntas llevado por un estudiantón talludo, que lo menos contaba treinta y cinco años, al paso que las cintas del estandarte eran llevadas por dos escolares nuevos de quince á diez y seis años.

Iban luego otras dos largas hileras de estudiantes con hachas de cera, y al fin de estas hileras, sobre unas pequeñas andas enguirnaldadas, un precioso Niño Jesús, engalanado con joyas que habían prestado para él las jóvenes del pueblo.

Alrededor del Niño iba una turba de estudiantes con las hachas levantadas para alumbrar bien la imagen del Niño Dios, y detrás de éste, con candelas de cera blanquísimas en las manos, iban vestidas de blanco todas las jóvenes que habían prestado sus alhajas al Niño, acompañadas de sus padres, de sus parientes, de sus hermanos, que aunque no eran estudiantes, eran admitidos por aquella vez en el gremio estudiantil, porque sin ellos no hubieran podido asistir las muchachas, novias todas de los escolares, que habían ideado y llevado á cabo con la cooperación y el patrimonio de los graves padres agustinos aquel ostentoso y magnífico rosario á la Santísima y hermosa Virgen de las Azucenas, patrona de los escolares.

Detrás del Niño Dios, de las doncellas y de sus familias, aumentaban el resplandor de las luces y el gentío, los escolares más granados, bachilleres todos, ya en filosofía, ya en teología y cánones, ya en derecho, á juzgar por las grandes borlas blancas, azules ó encarnadas que se veían en los bonetes que llevaban en las manos, porque todo el mundo iba descubierto, marchaban en doble hilera, cada cual con un hachón de viento.

Por último, iban las jóvenes más principales de la villa, coronadas de flores y con ricos trajes blancos, con sus parientes y sus criados, vestidos con bizarros trajes, los músicos con guitarras, chirimías, atabales y triángulos, tocando todos.

Después fray Miguel de los Santos llevando el rosario con dos padres graves de San Agustín; luego una preciosa imagen de la Virgen de las Azucenas en andas de plata, en hombros de ocho bachilleres, llevando las cintas las cuatro jóvenes más lindas y más principales de Madrigal, y en derredor de la Virgen, que era una bellísima escultura, con manto de brocado blanco y oro, y cubierta de ricas joyas, una multitud de estudiantes con hachas de viento, que producían un vivísimo resplandor, semejante al de una grande hoguera; y, en fin, á la derecha del alcalde y á la izquierda del corregidor, la monja medio seglar doña Ana de Austria; tras ella las dos hermanas doña Luisa de Grado y doña María Nieto, las dueñas y las meninas, los gentiles

hombres y los pajes de su excelencia, el Ayuntamiento de la villa, y cerrando la marcha, casi toda la población de Madrigal.

Aquel magnífico rosario á Nuestra Señora de las Azucenas se hacía porque Dios concediese á la infanta el logro de un propósito que su excelencia había formado; pero en verdad, todo esto había sido ideado por fray Miguel de los Santos para llamar la atención de las gentes de la villa, y hacer de manera que, distraídos en otra parte, pudiese Gabriel de Espinosa llegar sin ser sentido, á la antigua pastelería de Madrigal, y ocultarse en ella, para irse dando á luz conforme viniesen las circunstancias.

Pero fray Miguel de los Santos no había podido contar con tres eventualidades.

Fué la primera, que preparado el rosario á costa de los estudiantes, se empeñaron éstos en que el rosario fuese presidido por fray Miguel, á quien todos, por su buen carácter y su ciencia, y por lo padrino que era de los escolares, tenían éstos en grande estima, y tal le apretaron y le comprometieron, que no pudo zafarse del encargo de presidir el rosario, por cuya razón no pudo esperar á Gabriel de Espinosa como estaba convenido, en la fuentecilla del Arcediano.

Fué la segunda eventualidad, que estando en la villa para asuntos de justicia el alcalde don Rodrigo de Santillana, se pegó al rosario con su ronda, por lo que pudiese suceder, porque ya sabemos que la villa de Madrigal era revoltosa, y daba mucho que hacer al duro alcalde. Y la tercera eventualidad, por último, fué que habiendo contado fray Miguel con que la Virgen sería llevada en procesión por un extremo del pueblo desde el convento de agustinos á una ermita fuera de la villa por medio de los campos, donde se cantaría al amanecer una Salve á la Virgen, los estudiantes, que eran gente muy poco reglamentable, se metieron por su propia voluntad en la villa para atravesar por la plaza y lucir su rosario.

La pastelería adonde había de ir Gabriel de Espinosa estaba en la plaza, y la hora en que el rosario empezó á entrar en ella, era cabalmente el punto en que Gabriel de Espinosa debía llegar á la villa, atravesarla sin ser sentido, entrar envuelto en la oscuridad y en el silencio en la pastelería, donde ya le esperaba Gil López, y permanecer oculto en ella el tiempo que fuese necesario.

La intención de fray Miguel de los Santos era que doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa pudiesen verse secretamente, concluir su matrimonio y marchar de la misma secreta manera de Madrigal, con nombre de rey y reina.

Con todas estas eventualidades, iba fray Miguel en ascuas, como suele decirse, pero tranquilo y sereno en la apariencia, cantando con voz reposada y grave Padres nuestros y Ave Marías, á los que contestaban en coro al son de la música las jóvenes, los estudiantes y todo el pueblo que acompañaba al rosario.

Esa aquel un canto alegre, alto, sonoro, bello, en completa contraposición con el canto lúgubre, plañidor y sombrío del otro pobre y severo rosario de los penitentes, que adelantaba por otro extremo de la plaza, y debía cortar el rosario de la Virgen de las Azucenas, ó que éste se detuviera, ó que se detuviera el de los penitentes, mientras pasaba el uno ó el otro.

Aconteció, pues, que en el centro de la plaza se encontraron en un mismo punto la cruz verde y sombría de los penitentes y la magnífica farola de los estudiantes.

Había llegado el *casus belli*.

Pensar en que los buenos tejedores que llevaban con suma piedad y recogimiento su antiquísima y severa imagen de Nuestra Señora de la Soledad se detuviese ó cambiasen de dirección para dejar el paso franco á la procesión de los estudiantes, ó que éstos hiciesen alto para que pasasen los penitentes de la Virgen de la Soledad, era pensar en un disparate.

La farola, pues, y la cruz se encontraron formando el vértice de un ángulo, cuyos dos lados constituían los dos rosarios, y los primeros estudiantes y los primeros penitentes se miraron con cólera.

—Paso franco al Seminario—dijo un estudiante de rostro rasgado que iba delante, con el acento más imperativo y más descortés del mundo.

—Que eche el Seminario por otra parte—dijo un penintente con un acento muy semejante al de un perro mastín que regaña—, que la plaza es bien ancha y la Virgen de la Soledad no tiene que hacerle venia á la Virgen de las Azucenas, ni á ninguna Virgen, aunque sea á Nuestra Señora de la la Antigua de Valladolid.

—Se me está antojando á mí—dijo el estudiante con la cólera de un gallo inglés—, que dentro de dos minutos no va á quedar en Ma-

drigal quien teja media cuarta de tercianela.

—Pues á mí me está dando en la nariz, que en un cerrar y abrir de ojos, no va á quedar ni memoria de la canalla estudiantil que...

El tejedor no pudo acabar su discurso, porque el estudiante le había cortado la palabra, y le había roto tres muelas, de un furioso *metido* en la cara, con el pomo de la daga que había sacado cautelosamente en el momento en que se había encarado con el tejedor.

No había acabado de suceder esto, cuando el estudiante había caído al suelo de un desatentado garrotazo aplicado por otro penitente, y aún no había caído el estudiante al suelo, cuando se oyeron las tremendas voces de

—¡Aquí de los hermanos de la Soledad! ¡Que nos matan!

—¡Aquí del Seminario contra estos villanos!

Y relucieron espadas, y dagas, y puñales y faroles en alto, y garrotes al aire, y se trabó una, como suele decirse, de quince mil demonios.

Parte de los tejedores se agruparon en torno de la Virgen de la Soledad, y gran parte de los estudiantes alrededor del Niño Jesús y de la Virgen de las Azucenas.

Las mujeres y los viejos huyeron.

Los de la villa que acompañaban al rosario, se pusieron de parte de los tejedores contra los estudiantes, lo que nivelaba las fuerzas, haciendo prever una pelea tenaz y sangrienta.

La magnífica farola de los estudiantes había caído al suelo y se había roto en mil pedazos; no quedaba un farol vivo, y sus varales servían á los estudiantes que los habían llevado, de armas ofensivas; las velas apagadas rodaban por el suelo, y no quedaban más luces que las hachas de viento, que andaban de acá para allá revueltas en tumulto.

Doña Ana de Austria y su servidumbre se encontraban sujetos entre el círculo de estudiantes, que espada en mano rodeaban á la Virgen de las Azucenas, crujiéndose á golpes con los de la villa que ayudaban á los tejedores.

Pero en cambio, y como una muestra de la piedad de los buenos castellanos, aunque lo que sobraba en la plaza eran piedras, no se tiraba una sola, por no incurrir en el sacrilegio de que fuese tocada por un impulso humano una imagen divina.

La pelea era al arma blanca y al arma prieta, esto es, á cuchilladas, á puñaladas, á palos, habiendo también puñada que hacía ver estrellas al que la sufría, y mordisco que producía un alarido que se oía en el quinto cielo. Como que la gente que andaba á la *greña* era dura de pelar por una y otra parte.

Al mismo tiempo, fray Miguel de los Santos y los dos religiosos andaban con los brazos y los mantos abiertos, procurando poner paz, aunque inútilmente, entre aquellos locos furiosos; el corregidor y la justicia del pueblo metían inútilmente á todo el mundo las varas por los hocicos, logrando solamente alcanzar algún sopapo mayúsculo, y don Rodrigo de Santillana, que era todo un alcalde de los que se llamaban de pelo en pecho, con su ronda, compuesta de gente brava, había roto inútilmente su vara de justicia sacudiendo á diestro y siniestro, había desenvainado su espada, é inútilmente gritaba también con voz extentórea, y de una manera incesante.

—¡Ténganse á la justicia del rey nuestro señor; miren que yo soy don Rodrigo de Santillana y he de colgar de la horca á medio Madrigal!

Pero con el ruido del tumulto no se oían estas y otras muchas intimaciones y amenazas que el irritado alcalde soltaba, ó en aquellos momentos se les daba muy poco de don Rodrigo de Santillana y del rey su señor, y de la cárcel, y de las galeras y de la horca con que el furioso alcalde les amenazaba.

Al que le habían metido un golpe y le habían hecho poner el grito en el cielo, lo que le importaba era dar si podía dos por uno, y no estaba en situación de pararse en temores ni en consideraciones, por lo que aquello tenía visos de no acabar, sino cuando se hubiesen acabado los combatientes, lo que no podía tardar mucho en suceder, si Dios no hacía el milagro de ponerlos pronto en paz, porque se batanaban y se herían de una manera que ponía espanto, y á cada momento con más furor.

Y era que había un odio añejo, una rivalidad feroz entre los estudiantes y los vecinos de la villa.

Aconteció, que antes de que se trabase el combate, habían entrado en la plaza y se dirigían harto deprisa, para salir pronto del paso, á la pastelería, guiados por el Navarro, Gabriel de Espinosa y la mujer, y los tres hombres que les acompañaban.

Pero antes de que llegasen sobrevino el rompimiento, y sin saber cómo, Gabriel de Espinosa se vió cercado por la gente que huía, se le asombró el caballo con el ruido y el resplandor de los hachones, le pilló desprevenido, y aunque era muy buen jinete mordió el freno, y le metió sin que pudiera evitarlo en medio del tumulto.

—¡Ah, poder de Dios!—dijo Gabriel de Espinosa, echando mano á su espada—; ¡siempre como en Alcázar-Kivir, siempre atrayéndome al combate, grande ó pequeño, siempre la negra fortuna mía cruzándome el camino!

Y empezó á sacudir mandobles á diestro y siniestro, á tiempo que don Rodrigo de Santillana pasaba junto á él gritando por la milésima vez:

—¡Miren que he de ahorcarles! ¡Miren que no he de dejar uno! ¡Ténganse, vive Dios, al rey nuestro señor y al alcalde don Rodrigo de Santillana!

El buen don Rodrigo estaba ya ronco, sudaba por todos sus poros, y había cogido más cardenales que los que se necesitan para el cónclave.

Al oir el nombre de don Rodrigo de Santillana, Gabriel de Espinosa tuvo una buena inspiración.

Esto es, no pudiendo ya dejar de ser reconocido y escapar del tumulto que arreciaba á cada momento, ayudar á la justicia, y ayudándola, prevenirla bien y ponerla de su parte.

Había visto á caballo á Carbalho y al Navarro, que habían logrado llegar á la pastelería y dejar en ella á la mujer y al que venía haciendo de mozo de mulas, y que habiendo echado de menos á Gabriel de Espinosa, habían venido á buscarle, le habían visto entre toda aquella gente, á causa de estar á caballo, mientras todos estaban á pie, y se acercaban á él rompiendo por todo.

—Señor alcalde, señor don Rodrigo de Santillana—dijo Gabriel de Espinosa inclinándose sobre el arzón, á tiempo que pasaba junto á su caballo el alcalde.

—¡Eh! ¿Qué me quereis?—dijo todo hosco don Rodrigo—; ¡daos preso!

—Por el contrario, señor don Rodrigo, lo que voy á hacer es ayudaros con los míos á poner en paz á toda esta gente, si es que me dais licencia para que yo haga lo que es menester para ponerlos en paz.

—Matadlos si podeis á todos, y habreis servido bien al rey y á su justicia.

A este tiempo, atropellando á los unos, maltratando á los otros, habían llegado el Navarro, Cobos y Carbalho junto á Gabriel de Espinosa y el alcalde.

—En lances más crudos que este nos hemos visto, amigos—les dijo Gabriel—, y tenemos vida para contarlo; así, pues, vamos á ver cómo hacemos que estos furiosos obedezcan á la justicia del rey.

Y juntos los cuatro, formando un escuadroncillo, embistieron por lo más espeso de la pelea con sus caballos, y Gabriel de Espinosa delante iba gritando y sacudiendo tajos y reveses:

—¡Por el rey nuestro señor, todo el mundo á su casa; acábese esto, miren que les importa, y que el rey les ha de cobrar la deuda.

Estas voces de Gabriel de Espinosa hubieran alcanzado tan poco fruto como las del alcalde, á no ser porque los cuatro caballos, hábilmente manejados, y rompiendo por medio de la turba y girando en todas direcciones, llevaban consigo el atropello y la dispersión; y los hombres de la ronda de don Rodrigo de Santillana, y los de la justicia del pueblo, y algunos vecinos prudentes que apoyaban á la justicia, y parte de los estudiantes más sesudos, que apoyaban á cintarazos la palabra de paz de fray Miguel de los Santos y de los otros religiosos, zurrando de igual modo á los que se les ponían por delante, ya fuesen escolares ó vecinos, y la reflexión que pasado el primer momento empezó á obrar en todos, haciéndoles temer las consecuencias judiciales que debían necesariamente sobrevenir, todo esto junto hizo fuesen saliéndose de la pelea y escapando á sus casas una gran parte, y que por último, se terminase aquello y no quedasen en la plaza más que Gabriel de Espinosa con los otros tres jinetes, el alcalde don Rodrigo de Santillana con su ronda, la justicia de la villa con sus alguaciles, y los vecinos que la habían ayudado, y como unos sesenta estudiantes que rodeaban las imágenes del Niño Jesús y de la Virgen de las Azucenas, junto á la cual estaba todavía temblando de miedo doña Ana de Austria con su servidumbre, y los tres religiosos y los escolares que habían ido á su lado. Quedaban además acá y allá heridos, contusos y estropeados, que no podían valerse bien; pero por un casi milagro, á pesar de que la pelea había durado más de un cuarto de hora, no había quedado en la plaza ningún muerto, ni persona gravemente herida.

Satisfízose por lo pronto don Rodrigo de Santillana con mandar á su ronda prendiese á todos aquellos cojos y á todos aquellos roncos que no habían podido escapar, y los llevasen á la cárcel, y después de esta orden, que había dado de una manera nerviosa, se volvió todo grave á Gabriel, que había echado pie á tierra como los otros tres jinetes, y guiado por fray Miguel de los Santos se acercaba á doña Ana de Austria, que estaba todavía, mal repuesta del susto, junto á la imagen de la Virgen de las Azucenas, entre los escolares y demás gente, á la luz de algunas hachas de viento que alumbraban la escena.

—¿Y quién sois vos que parecéis forastero, y también habéis servido al rey? Decidme vuestro nombre, caballero.

—Más bajo, señor don Rodrigo de Santillana—dijo sonriendo afablemente y con grave mesura y con gran dignidad á la par Gabriel—; yo no soy caballero, ni siquiera hidalgo, sino soldado que ha andado corriendo por esos mundos de Dios sus aventuras, y que viene á Madrigal, de donde fueron sus padres, para cobrar su herencia y ser pastelero en paz y en gracia de Dios, y al servicio del rey nuestro señor y de vuesa mermerced, señor don Rodrigo de Santillana; pero me habéis preguntado mi nombre, y debo decíroslo: me llamo Gabriel de Espinosa.

—Pues por mi vara de alcalde y mi honra de hidalgo, que me parecísteis y me estais pareciendo mucha más persona que la decís—dijo el alcalde, que se sentía dominado por la mirada que tenía fija en él Gabriel de Espinosa.

—Me he tratado durante tanto tiempo bajo mi bandera y por tantos años con gente tan principal, que no hay que tener á milagro el que yo parezca más de lo que soy, porque se me haya pegado algo de la noble gente con que he vivido.

—Lo de soldado viene á explicar que parecéis más que pastelero—dijo el alcalde—; idos, pues, Gabriel de Espinosa, á reposar á vuestra casa, que ya vendrá tiempo en que yo hable más largamente con vos.

Gabriel de Espinosa, que había estado sombrero en mano desde que le había hablado el alcalde, después de la refriega saludó al alcalde cortésmente, se retiró algunos pasos con su caballo, montó, montaron los tres que le acompañaban, y al paso, se dirigieron á la pastelería, que estaba al otro extremo de la plaza.

Después de esto, la justicia del pueblo fué por sí misma á la imagen de la Virgen de la Soledad, que había quedado absolutamente sola, y la llevó é una iglesia cercana.

Los estudiantes, á la sordina, cargaron con el Niño Jesús y con la Virgen de las Azucenas, y se la llevaron á la iglesia de los agustinos.

Doña Ana de Austria, con su servidumbre, con fray Miguel de los Santos, los dos religiosos y el alcalde don Rodrigo de Santillana, que la acompañó por respeto, se trasladó á su convento.

En la plaza no habían quedado más que vidrios y varales de faroles rotos, porque en cuanto á las velas, no había faltado, á pesar del tumulto, quien se las llevase.

Empezaba á amanecer cuando el alcalde don Rodrigo de Santillana se volvía de acompañar á doña Ana de Austria y se encaminaba á la cárcel, incansable siempre, para tomar declaración á los presos, murmurando por el camino:

—Este soldado, este pastelero, este Gabriel de Espinosa parece mucho hombre; bien podrá ser lo que él ha dicho, de habérsele pegado algo de noble de su mucho trato con gente noble; pero aquella mirada, aquel hablar reposado que no parece sino que manda á quien sabe que es más que él... es necesario averiguar quién este hombre es, de dónde viene y á qué viene.

Entretanto doña Ana había quedado profundamente impresionada; mientras Gabriel de Espinosa había hablado, no había dejado de mirarle con una atención y con una ansiedad que hubieran hecho sospechar á don Rodrigo de Santillana, si éste no hubiera estado tan dominado por Gabriel de Espinosa.

Doña Ana, que estaba enamorada hacía ya mucho tiempo de una manera ideal de Gabriel de Espinosa, se enamoró al verle más y más, fascinada por la majestad ó por la altivez que de Gabriel de Espinosa emanaban.

Parecióle hermoso y joven, á pesar de estar envejecido por los trabajos; creyó ver en él mucho de regio, túvole sin una sombra de duda por el rey don Sebastián, y se decidió á arrostrarlo todo por él.

Doña Ana estaba más que enamorada: estaba loca.

CAPITULO IV

DE CÓMO SE COMPUSO GABRIEL DE ESPINOSA PARA DESVANECER POR EL MOMENTO LAS SOSPECHAS DE DON RODRIGO DE SANTILLANANA, Y EN QUE CRECE EL MISTERIO QUE RODEA Á ESTE PERSONAJE

Aún era el medio día, cuando don Rodrigo de Santillana creyó que ya había tenido tiempo Gabriel de Espinosa para haber descansado, y le envió un alguacil, mandándole que se le presentase inmediatamente.

Pero don Rodrigo de Santillana no había descansado.

Después de haber tomado algunas declaraciones á los presos del tumulto de la madrugada, había llamado á los hombres más viejos de la villa, y les había preguntado cuánto tiempo hacía que Gabriel de Espinosa faltaba del pueblo, y si había habido algún motivo para que hubiese estado tanto tiempo ausente de él.

Averiguó de este modo que nadie sabía claro si Gabriel Espinosa era hijo legítimo ó no de Juan de Espinosa y de su mujer Mari-Pérez, ó si había sido recogido del cajón de los expósitos de la iglesia mayor de Santa María de Toledo, y prohijado por los esposos durante un poco tiempo en que tuvieron en Toledo pastelería.

Don Rodrigo de Santillana aprovechó de tal manera aquel poco tiempo, que hizo buscar al cura de la iglesia parroquial de la villa la partida de esposorio y la de bautismo de Juan de Espinosa y de Mari-Pérez y de Gabriel de Espinosa; y tal informalidad había entonces en los libros parroquiales, que por ellos no podía acreditarse que hubiesen existido ni los padres ni el hijo, y el alcalde tuvo que conformarse con lo que de público se sabía en la villa.

Esto nada probaba acerca de la legitimidad ó no legitimidad del nacimiento de Gabriel de Espinosa, ni de quiénes fuesen ó no fuesen sus padres.

Probábase únicamente, que los libros parroquiales no servían para nada, por el descuido de los párrocos y por la informalidad con que se hacían los asientos parroquiales.

Gabriel de Espinosa se presentó modestamente vestido, pero con una marcada delicadeza, que no cuadraba bien ni con la fortuna, ni con las costumbres de un pastelero, á don Rodrigo de Santillana.

Lo de soldado y lo de costumbres adquiridas por Gabriel de Espinosa por el continuo trato con gente noble, seguía embrollando al alcalde.

Este recibió sentado y cubierto á Gabriel de Espinosa, sin invitarle á que se cubriese ni que se sentase, y para hacer una prueba, le dijo con acento descortés y soberbio:

—Tales cosas he descubierto de vos en una sola hora que de vos he tratado con algunos de la villa, que tengo yo para mí que os he de ahorcar, don villano.

—Repórtese vuesa merced, señor alcalde—dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa—, sin ponerse pálido ni encendido, y mire cómo trata á un hombre honrado, que aunque vuesa señoría sea alcalde y yo pastelero, no le ha dado el rey la vara para que trate como á un pelaire, á quien, aunque villano, tiene tanta honra como cualquiera.

—Eso ya lo veremos, que tiempo habrá para ello—dijo don Rodrigo, que se sentía cada vez más y más dominado por el valor y el no sé qué extraño que se desprendía de Gabriel de Espinosa; pero entretanto, sepamos quiénes fueron sus padres, y qué muestra ha dado de sí para que se le trate como á un hombre de honra y buen servidor de Dios y del rey.

—En cuanto á mi nacimiento—dijo Gabriel de Espinosa—, mire vuesa merced que yo mismo no sé lo que piense ni lo que crea; porque unos dicen que yo fuí expósito, recogido en la puerta de la iglesia mayor de Santa María de la ciudad de Toledo, y decían mis padres, que yo por tales los tengo, que éstas eran calumnias que levantaban los de la villa, porque tenían envidia de su buen pasar, y que Mari-Pérez, mujer de Juan de Espinosa, me había dado á luz sin que en ello hubiese género de duda. Yo, por lo mismo, y porque debía creer más á los que me habían criado con amor, que á los que afirmaban que yo era expósito, he creído siempre que Juan de Espinosa y Mari-Pérez fueron mis padres, y como á tales los amé, y guardo de ellos buena memoria.

Hanme dicho también que vos habeis andado fuera de España diez y ocho ó veinte años ha, por un homicidio que cometísteis, y como vos no podeis probar de contado que vos no lo habeis cometido, doy desde aquí con vos en la cárcel, y os pudro en ella hasta que el delito se aclare y pueda sentenciar en justicia.

Eso, señor alcalde, está ya visto y sentenciado; porque es verdad que yo maté á un hombre porque me trató con poco respeto, de lo cual hay papeles en la Chancillería de Valladolid; pero también es cierto, que después de haber servido al rey de Portugal, tomé bandera al servicio del rey de España en Flandes, y le serví tad bien, que por buenos oficios del gobernador don Luis de Requesens, logré indulto del rey de aquella muerte, que hice frente á frente como honrado, y con causa y razón bastante, y aquí está la real carta de gracia para que vuesa merced la vea, que no me dejará mentir.

Gabriel de Espinosa sacó de debajo del justillo una cartera de seda envuelta en una larga cinta, y de ella muchos papeles, entre los cuales buscó un papel sellado, que entregó al alcalde.

Don Rodrigo de Santillana leyó y releyó aquel papel y le devolvió en silencio á Gabriel de Espinosa.

—Pues que el homicidio es ya asunto buana y legítimamente concluído, sepamos dónde habéis andado los catorce años que van desde este indulto hasta ahora.

—Estuve cuatro años en Flandes, en el escuadrón de alabarderos de la guardia de don Luis de Requesens, y aquí está la certificación en que consta. Después de esto, serví cuatro años en la isla de Cuba con don Fernando de Cárdenas, como consta por este otro papel; por ultimo, me vine á Europa, y he servido otros cuatro años en el Milanesado, como por esta otra certificación se prueba. Y habiendo sabido por un soldado que había hablado con otro de este pueblo, de cuyo nombre no me acuerdo, que mi madre había muerto, cansado de andar rodando por el mundo, me he venido á esta villa á cobrar mi pobre hacienda; pero antes me pasé por Roma, y pedía confesión al Papa.

—¡Confesión al Papa!—exclamó con asombro el alcalde.

—Señor don Rodrigo de Santillana, un soldado hace tantas cosas en la guerra, por las que la justicia de la tierra no le puede cargar ni un alfiler, pero tan graves á los ojos de Dios y tan pesadas para la conciencia, que bien ha menester una buena absolución, y yo, como me encontraba en Italia, dije para mí, el viaje á Roma no es largo, y me vendría bien para la salud de mi alma la absolución del Papa; porque he matado en las batallas mucha más gente de lo que era mi obligación, y he saqueado mucho y cometido muchos desafueros. Y fuí, y el Papa me absolvió y me dió este papel, y heme aquí, que estoy en Madrigal y delante de vuesa merced, perdonado por el Papa, y con el alma más blanca que el armiño.

Don Rodrigo de Santillana leyó con suma antención el último papel que le había presentado Gabriel de Espinosa.

Cuando dejó de leerle, le miró con asombro y aun con respeto.

—Muchas y grandes cosas debéis haber hecho, cuando el Papa os ha dado un papel tan honroso; en cuanto á hombre de aliento, bien he visto yo por mí mismo esta mañana lo que vos valeis, pues solo con vuestros criados habéis hecho lo que no hemos podido ni la justicia del pueblo ni yo; pero aquí se habla de una niña que se llama Gabriela que ha venido con vos y con una mujer encubierta, según se me ha dicho por personas que os vieron entrar esta mañana en la pastelería; aquí se ve claro que vos habéis tenido esa hija en una dama muy principal, que no consta quién sea ni de qué nación.

—Es tan alta, señor alcalde, que casi casi es reina.

—No os pregunto quién sea, porque nuestro Santísimo Padre quiere que por altas conveniencias se mantenga secreto el nombre de esa señora; pero me maravilla que siendo tan principal, y debiendo ser, por lo mismo, muy rica, vos os vengais con su hija á Madrigal, á hacer en esta villa el oficio de pastelero.

—Cada cual sigue su fortuna, señor alcalde, con el camino que Dios le abre, y estas son cosas que se quedan para Dios y para mí, y bien podrá ser que esa dama tan principal haya quedado pobre por mis amores, y que esa dama, yo y nuestra hija no tengamos para vivir otra cosa que mi poca hacienda y lo que se saque de los pasteles.

—Pastelero tal no he visto en todos los días de mi vida—dijo el alcalde—y tales aventuras comprendo que habéis tenido, que con ellas pudiera muy bien escribirse una curiosísima historia. Pero tan bien habéis probado que sois Gabriel de Espinosa y que nada en vos hay que sospechar y temer, que podéis iros libre sin temor de que yo vuelva á preguntaros, si no sobreviniere algo nuevo; recoged, pues, vuestros papeles, y que os guarde Dios.

Gabriel de Espinosa saludó con respeto, pero con grave dignidad, al alcalde, y salió.

En la pastelería había mucha gente atraída por la noticia de que Gabriel de Espinosa, el hijo de Mari-Pérez la pastelera, había vuelto á la villa después de largas aventuras por el mundo.

La mayor parte de aquella gente no conocían á Gabriel de Espinosa, porque los unos eran niños, y los otros no habían nacido aún cuando Gabriel había salido del pueblo; pero algunos de ellos, de edad provecta los unos, ancianos los otros, le habían conocido, y venían á saludarle, trayendo consigo á los jóvenes que no le conocía.

Pero la villa acababa de pasar por un grave suceso que ponía en cuidado á todo el mundo, porque no se sabía lo que el tremendo alcalde don Rodrigo de Santillana sería capaz de hacer por consecuencia del alboroto de aquella madrugada, y se habló más de ello que de la venida de Gabriel, y creyendo á éste persona que podría hacer algo por ellos, puesto que don Rodrigo le había llamado y no le había preso, lo que significaba mucho, venían á suplicarle hiciese lo que pudiese por la villa.

—No soy yo persona de tanto valer, amigos—les dijo Gabriel de Espinosa—que pueda prometeros mucho: el señor don Rodrigo de Santillana es hombre que tratándose de la justicia, no escucha palabras ni atiende á razones, vengan de donde vinieren, y tanto menos si estas palabras salen de la boca de un pobre pastelero como yo. Ello es la verdad, que en lo de esta mañana habeis andado desatentados y pocos temerosos de la justicia, hasta tal punto, que yo creí haberme engañado y haber dado en otro lugar, en vez de haberme venido á Madrigal: en otro tiempo, Madrigal era una villa quieta y pacífica, y bastaba un desdichado alguacil para poner en paz á los que por acaso y rara vez reñían, y hoy no han bastado ni un alcalde de casa y corte de la real Chancillería de Valladolid, ni la justicia del pueblo, ni las exhortaciones de tres religiosos graves, ni la presencia de una persona real, y menester ha sido valerse de las espadas y apretar los puños y que los alborotadores se cansen, para que se acabe el alboroto; os repito que yo no conozco á Madrigal, y que está muy mudado de como yo le dejé.

—Entonces Madrigal no tenía la plaga de estudiantes que hoy tiene—contestó un viejo—, y los ociosos que se vienen al pueblo para hacerse lado por los que privan con doña Ana de Austria, á fin de qne esta señora les dé cartas para ir con ellas á la corte á lograr sus pretensiones.

—Los estudiantes—dijo con la boca llena un bachiller talludo y mal encarado que devoraba un pastel allá en un rincón—han hecho de Madrigal una villa honrada de un villano villorrio que era, donde los hombres eran poco más ó menos caballerías de carga.

—Miente el estudiante insolente—dijo un mozo de los de la villa, adelantando hacia el bachiller y blandiendo un garrote.

—No volvamos á lo de esta mañana—dijo con una autoridad que dominó á todos Gabriel de Espinosa—, y téngase el villano y cállese el bachiller, no sea que se me acabe la paciencia y les pese á muchos de haber nacido.

—Pues que se mire cómo se trata al Seminario—dijo el bachiller—, que los estudiantes se dejarán rajar primero que consentir en que se los maltrate de obra ni de palabra.

—Mejor fuera que estudiaran más y gritaran menos—contestó un viejo—, y dejaran en paz á las mozas del pueblo, que ésta, señor Gabriel, es la causa de todos los disturbios y de todas las desdichas que suceden; porque en sabiendo que cumple una muchacha doce años, ya tiene sobre sí toda esta plaga estudiantina, que no temen ni á Dios, ni al rey, ni á la justicia.

—Ya veremos de arreglar eso: lo de los estudiantes con los padres agustinos, y lo del escándalo de esta mañana, por la intercesión de la señora doña Ana de Austria, á quien tengo que ver, porque traigo para ella cartas del Papa.

Abrieron todos al oir esto desmesuradamente la boca y los ojos, y el bachillerote dejó de comer y miró de hito en hito á Gabriel de Espinosa con una expresión que quería significar que lo tenía por loco.

—Idos, pues, á vuestras casas, amigos—continuó diciendo Gabriel de Espinosa—, y vos, señor estudiante, no paguéis la costa del pastel que estais comiendo, y haya paz y buena amistad entre estudiantes y vecinos, que ya veremos el modo de que nadie pague la costa de lo que ha pasado esta mañana.

Dicho esto, Gabriel de Espinosa se volvió y se subió por las escaleras, desapareciendo por lo alto de ellas.

—Con muchos humos viene para pastelero—dijo uno de los del pueblo—, y cuadra mal el don sin la veinticuatría: allá veremos en qué paran estas misas.

Y se salieron todos serios y mohínos, porque les había sentado muy mal la tiesura con que los había recibido el hijo de Marí-Pérez la pastelera.

—Pues no—dijo el bachiller levantándose y apretándose las agujetas de la pretina—; trabajo le mando al que quiera poner los dedos en la nariz de los estudiantes.

Y se salió sin pagar el pastel que había devorado ni el jarro de vino que se había bebido, lo que probaba que el desagradecimiento era la cualidad predominante de aquel talludo bachiller en leyes; porque al fin, Gabriel de Espinosa le había convidado, y no debía mostrarse tan hostil para con él.

En la expresión que mostraba Gabriel de Espinosa, atravesando un corredor en dirección á á una puerta, se notaba que todo aquello le contrariaba sobremanera y le ponía en gran cuidado.

Llegó al fin á aquella puerta, la abrió con llave, entró en una habitación pobremente amueblada, á la manera de las casas de la gente humilde de los pueblos, llegó á otra puerta, la abrió también con llave, y se encontró en otra pobre habitación, en la cual había un gran lecho de nogal y una gran cuna de lo mismo, y sentada en un gran sillón de nogal y baqueta, la sultana Sayda Mirian, vestida con un sencillo y pobre traje de lugareña de Castilla, pero nuevo y limpio, que la sentaba muy bien.

Sayda Mirian mecía la cuna donde dormía la pequeña Gabriela.

La habitación no tenía, á más de la cuna, de la cama y del sillón, otros muebles que una gran mesa de nogal, otro sillón de nogal y baqueta, algunos sitiales de nogal, estampas de santos en marcos negros sobre las paredes blancas, el piso de baldosas y el techo de viguetas con bovedilla: no tenía más puerta que aquella por donde Gabriel de Espinosa había entrado, y dos ventanas que daban sobre un huerto, cubiertas con cortinas de lienzo blanco, daban luz al aposento.

—¿Qué ha sucedido?—dijo con interés Sayda Mirian.—Ese hombre que hemos encontrado aquí, ese Gil López, dice que el alcalde don Rodrigo de Santillana es el más temible de los alcaldes del rey de España.

—Afortunadamente—dijo Gabriel de Espinosa—, fray Miguel de los Santos ha estado previsor en proveerme de los papeles que he presentado al alcalde.

—Papeles que no tendrías sin la influencia del rey de Francia.

—Si Enrique IV hace esto, es porque le conviene, no porque yo vuelva al trono de Portugal.

—Al fin ha llegado un día en que sepamos que no nos habíamos engañado: que tú eres el rey don Sebastián y no Gabriel de Espinosa.

—¿Quién sabe lo que yo soy?—contestó sombríamente Gabriel.

—Nadie mejor que yo sabe cuánto se parecía á tí aquel soldado con quien yo te cambié en el campo de batalla de Alcázar Kivir, que pasó por el cadáver del rey don Sebastián: por eso no me ha extrañado que Gil López te crea Gabriel de Espinosa, y como á tal te trate, y que fray Miguel de los Santos y Diego Carbalho y Francisco Cobos y Juan de Azcárate, el Navarro, que tanto conocieron al rey don Sebastián, te traten como á tal, y como á tal te respeten, y como á tal te sirvan.

—Puede ser—dijo roncamente Gabriel de Espinosa—que me nieguen un día, como San Pedro negó á Cristo. Me causa un gran cuidado el ver cómo se presentan las cosas: llegamos, y encontramos peligros é inconvenientes, y ya me he visto obligado á responder á un juez, que á no venir tan bien prevenido, hubiera dado conmigo en la cárcel.

—¿Y el alcalde Santillana ha podido alentar sospechas?—dijo con ansiedad Sayda Mirian.

—No; pero se ha quedado asombrado de mí y curioso, y no quisiera que un hombre tal hubiese fijado los ojos en mí, que puede ser que tanto los fije, que algo vea; porque estos golillas son gente que de las sombras hacen cuerpo, de lo que yo creo que viene aquello que de algunos alcaldes se dice de que son capaces de ahorcar hasta á su sombra. Es necesario, pues, evitar que don Rodrigo de Santillana me ahorque.

—¡Oh, y qué suposición tan horrible!—dijo Sayda Mirian.

—Soy yo tan desgraciado—contestó Gabriel de Espinosa—, que todo pudiera suceder.

—¿Y para qué hemos venido entonces á Castilla?—dijo Sayda Mirian.

—¿Y dónde habíamos de ir? En Africa no podemos estar; de Venecia nos han arrojado; el rey Enrique IV no nos quiere en Francia; el Papa nos dejaría estar en Roma, pero no nos daría un solo escudo; estamos completamente pobres, y nada nos queda más que las tierrecillas que he heredado de Juan de Espinosa.

—Que, ó no son tuyas, ó tú no eres el rey don Sebastián.

—Mira—dijo Gabriel de Espinosa—, aún no ha llegado el tiempo de que se sepa quién yo soy; tal vez yo mismo no lo sé; puede suceder también que el misterio de mi vida no se aclare jamás.

—No sé por qué no me ha pesado nunca de haberte conocido—dijo con despecho Sayda Mirian.

—Porque me amas—contestó con acento concentrado y de una manera profunda Gabriel de Espinosa.

—Te amo, sí—dijo Sayda Mirian—, y te amaré siempre, suceda lo que quiera, aunque por tu causa vamos de día en día de mal en peor; aunque mal escarmentado de tanta imprudencia, sigues cometiendo imprudencias; ¿á qué venir á Madrigal á complicar los sucesos, á engañar á esa monja infanta, á dar ocasión que una imprudencia suya nos pierda?

—Siempre hablan tus celos, María—dijo Gabriel de Espinosa—, y tus celos son el mayor peligro que nos amenaza.

—¿Cuándo me he negado yo á tu voluntad?—dijo con un frío acento de reconvención Sayda Mirian—; necesitaste mis riquezas y te las dí; quisiste que nos trasladásemos á Venecia, y te acompañé; una sola vez me he sublevado contra mi suerte: cuando me vi repudiada por ti, cuando te ví próximo á ser esposo de otra mujer; después ha bastado con que tú me digas algunas palabras afectuosas para que yo vuelva á ser para ti la amante sumisa y esclava; quisiste que fuésemos á Francia, y fuimos arrojados de allí como de Venecia; pobres ya, sin más recursos que la Providencia de Dios, te he seguido á Roma, donde no pudimos permanecer; y estamos en España, á pocas leguas de ese terrible rey, tu enemigo, que no perdonará medio alguno para destruirte, si conoce tu existencia; y no es esto solo; al venir á España se me ha exigido el más terrible sacrificio que puede exigirse á una mujer; yo no soy aquí tu esposa, no soy la madre de mi hija, sino la nodriza de una gran señora, cuyo nombre está envuelto en el misterio; he sucumbido aún á más; á lo que no hubiera creído nunca posible que sucumbiera: á tolerar que cerca de mí, oyéndolo yo, se haga creer á esa doña Ana de Austria que tú no has venido á Madrigal sino para tomarla por esposa.

—En las circunstancias en que nos encontramos, esto es necesario de todo punto; es preciso que haya una razón para que los nobles de Portugal que han de venir á reconocerme, puedan llegar hasta mí, encubriéndose con el pretexto de venir á ver á doña Ana de Austria; esto no producirá sospechas, porque doña Ana de Austria está muy querida por el rey don Felipe, que la cree santa, y todo el mundo sabe que cuando se quiere obtener una gracia de Felipe II, se busca la intercesión de su sobrina doña Ana de Austria. A más de esto, si alguno de esos magnates de Portugal pudiera dudar acerca de mí, no dudará al saber que doña Ana de Austria está resuelta á casarse conmigo; porque ¿quién puede creer que una sobrina del rey de España, una dama de la casa de Austria, había de consentir por nada del mundo en casarse con un villano, con un pastelero? Pero esto no puede durar mucho; dentro de poco tiempo, gracias á doña Ana de Austria, los nobles de Portugal me habrán reconocido, y me habrá reconocido por ellos don Antonio, prior de Ocrato, á quien en estos momentos y creyéndome muerto, ayudan los ingleses con soldados, naves y dinero; entonces no seré yo el rey errante y misterioso, pobre y solo, que ha ido á buscar ayuda en las testas coronadas enemigas del rey de España, sino el reino de Portugal, representado por sus grandes, el que irá á pedir ayuda, ejércitos y dinero a los reyes enemigos de Felipe II, para poner en el trono de Portugal al rey don Sebastián, á quien ellos han visto, á quien ellos han reconocido bajo el humilde disfraz de pastelero, y á quien han rendido pleito homenaje en un pobre lugar de Castilla la Vieja, en la celda de una monja; y el día en que yo pise las playas de Lisboa, cabalgando en batalla, llevando á mi lado el estandarte real de Portugal, y tras mí un ejército, no acontecerá entonces lo que aconteció al loco mancebo de Alcázar Kivir, no; no volverá á verse tendido por tierra el estandarte de Portugal, porque el insensato mancebo mu-

rió, y ocupa su lugar un hombre que tiene la mano y la cabeza bastante fuertes para sostener el peso del cetro y de la corona.

—¡Siempre el misterio!—dijo Sayda Mirian con la mirada fija, pero serena y fría, en la mirada de Gabriel, que resplandecía con el fuego del entusiasmo y del valor—; ¡siempre ese misterio que empezó hace diez y ocho años sobre el campo de Alcázar Kivir, á la vista de un cadáver y de un casi cadáver, completamente semejantes, y aún dura, desesperándome más cada día; porque ese misterio guardado por ti, es incomprensible, para con una mujer que tanto te ha amado y te ama; que tanto te ha sacrificado y te sacrifica, y está dispuesta á sacrificarte!

—¡Quién sabe lo que soy! ¡Sólo Dios! Y si fuera posible ocultarlo ¡tampoco Dios lo sabría!

—¡Siempre cruel, siempre terrible! ¿Temes acaso que yo te haya amado por orgullo, y que al decirme tú: yo no soy el rey don Sebastián, yo soy un expósito, yo soy Gabriel de Espinosa, un soldado aventurero, un hombre oscuro, dejaría yo de amarte? ¿Crees tú que haya podido estar anhelante, aterrada, durante largas horas de agonía, junto á un hombre hermoso, en el cual apenas había una chispa de vida, al que sólo podía salvar el incesante, el tierno cuidado de una mujer enamorada, sin que esta mujer lo amase con toda su alma? ¿Crees tú que esta mujer puede renegar por un hombre de su Dios, renunciar un trono, abandonar su patria, desprenderse de sus riquezas y ser esclava de un hombre, sin estar por él loca de amor? ¿Crees tú que esa misma mujer puede perdonar lo que tú hicistes en Venecia, sin tener llenos el corazón y el alma de un amor insensato? ¿Crees tú que sin la incontrastable fuerza de ese amor, me reduciría yo á pasar por una villana, por una criada tuya, por la criada de un pastelero, por la nodriza mercenaria de mi pobre hija, viviendo aquí sola, escondida, viendo venir el peligro, temblando por ti, y por ti llorando y rezando? ¡No, Gabriel, no! Tanto amor y tanto sufrimiento por ti no pueden cambiarse en desamor porque tú me digas que no eres el rey don Sebastián. ¿Será acaso que temas que yo te haga traición y me engañes para que no te la haga? ¡No quiero creerlo! ¡No quiero pensarlo, porque eso sería para mí más terrible, no que mi muerte, porque para mí a vida nada vale, pero sí más terrible que tu muerte y la muerte de nuestra hija! Sácame de dudas, Gabriel, porque mira: si yo supiera que tú eras el rey don Sebastián, tendría menos miedo, porque no temería que el rey don Felipe se atreviese á matar á su sobrino, al hijo de su hermana, al rey de Portugal, por la sola razón de conspirar para recobrar su corona.

—¡Mató á su hijo el príncipe don Carlos! ¡Mató á su hermano don Juan de Austria! ¿Qué le importaría al rey don Felipe matar á su sobrino el rey de Portugal, si matándole retenía entre sus garras ambiciosas su corona? ¡No me preguntes más, María; para ti, que me has salvado; para ti, que todo lo has sacrificado por mí, seré siempre un misterio, aun cuando te sientes á mi lado en el trono de Portugal!

—¡Gabriel! ¡Gabriel!—exclamó Sayda Mirian levantándose y asiéndose al cuello de Gabriel de Espinosa.—¡No me engañes, por compasión! ¡No me engañes por asegurar mi prodencia y mi silencio, que harto te lo asegura el amor que me abrasa el alma, porque yo te amo más cada día; porque cada día me pareces más hermoso y más joven, á pesar de tu frialdad, de tu desdén, de tus locuras! ¿Es verdad que esa carta de repudio no es más que un medio de que te vales para llegar á tus intentos? ¿Es verdad que cuando recobres tu trono no veré yo junto á ti á otra esposa? ¡Ah! ¡No lo digo por ambición! Si yo dejé por ti y sin dolor de ser sultana absoluta de Marruecos, libre y señora, no esposa esclava de un sultán, sino el sultán mismo; porque yo soy la nieta descendiente en línea recta de Mahoma, el jefe de la santa familia de los Xerifes; si yo tenía valor bastante y prestigio bastante para montar á caballo y dar batalla y vencer al frente de mis kábilas feroces al que hubiera querido oponerse á mi grandeza; si yo pude ser una heroína como Semíramis y todo esto lo abandoné por ti, ¿qué puede importarme tu pequeño reino de Portugal, en el cual no sería más que la esposa, la madre de los hijos del rey, tu primer vasallo, pero vasallo siempre, cuando he podido ser señora, y señora absoluta, de un grande, rico y fuerte imperio, en el cual serían esclavos míos los hombres más valientes del mundo? ¡No, Gabriel, no! Lo que te habla no es mi ambición, son mi amor y mis celos; es que yo moriría desesperada si viese á otra mujer tuya.

Y Mirian reclinó sollozando su cabeza sobre el hombro de Gabriel.

—¡María! ¡María de mi alma!—exclamó Gabriel asiendo con sus dos manos la cabeza de Mirian y estampando en su pura frente un beso abrasasador que hizo estremecerse toda á Mirian—; hay momentos en que me transformo, en que la razón ilumina mi pensamiento, en que te veo tan noble, tan generosa, tan grande como eres, y siento dentro de mí un remordimiento horrible: el remordimiento de mi locura; porque yo estoy loco, María; porque arde en mí un pensamiento terrible, que me hace espantarme de mí mismo; porque tengo siempre delante de mí el funesto campo de Africa, donde vi hundirse entre el polvo sangriento el reino de Portugal, donde vi caer á centenares, dichosos porque cerraban los ojos á aquella ignominia, valientes caballeros que, ya cesesperados, en vez de volver con cobarde mano los frenos de sus caballos, se arrojaban en medio de los tigres marroquíes, buscando una muerte que preferían al cautiverio y á la deshonra.

—¡Tú eres el rey don Sebastián!—gritó la sultana, devorando con una mirada hambrienta, dilatada, inmensa, lúcida, delirante, la altiva, la majestuosa mirada de Gabriel de Espinosa.

—¡Calla!—la dijo Gabriel, llevándola al sillón en que Sayda Miriau se sentó maquinalmente, con la mirada siempre fija, absorta y enamorada en el semblante de Gabriel.—¡Calla! Si soy el soldado Gabriel de Espinosa, no quiero avergonzarme ante ti, dejándote conocer al impostor miserable; si soy el rey don Sebastián, no quiero que tú no puedas dudar de que yo soy el rey que tiene sobre su frente la vergüenza de la miserable derrota de la batalla de los Xerifes; prefiero ser para ti el misterio; quiero que partan para ti su mutua vergüenza, como impostor el uno, y como rey deshonrado el otro, Gabriel de Espinosa y don Sebastián de Portugal.

—Si eres Gabriel de Espinosa, vales tanto como un rey y mereces serlo; si eres el rey don Sebastián... el rey don Sebastián era muy joven, tenía sed de gloria, le engañó su corazón, fué vencido por demasiado valiente: no sobrevivió vergonzosamente á su derrota; si murió, su sombra sangrienta vuelve por su honra de rey y de caballero; y si vive, si Dios permitió que hubiera entre aquella gente bárbara una mujer destinada á salvarle, al borrar, recobrando su trono contra todo el poder del rey de España, la mancha de su loca imprudencia que le llevó á ser vencido á Africa, debe decir á su amante, á su esposa, á su reina: ¡Yo soy, yo soy el rey don Sebastián! Y si esto debe decírselo después del triunfo, ¿por qué no ha de decírselo antes, cuando ella está segura de su valor y de su grandeza, y de que si no triunfa será porque no haya dejado de combatirle la dura mano de la desgracia?

—No, nunca; ni ahora, ni después; ni vencido, ni vencedor; no impostor sentenciado, ni rey temido: para ti siempre el misterio; yo soy quien quieras que sea: Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastián ó ninguno de los dos.

—Pues bien; tu esposa no volverá á preguntarte más, Gabriel; tu esposa partirá tu suerte, como hasta ahora la ha partido; pero déjala conocer siempre tu amor, Gabriel, no atormentes su alma con tu desdén, con tu frialdad; no la abandones nunca, aunque no sea más que por compasión; no pongas, no, por Dios, en tu tálamo á otra mujer.

—Doña Ana de Austria no será nunca mi esposa; doña Ana de Austria me servirá, pero no hará jamás que yo falte al agradecimiento que te debo.

—Y sin embargo, si los sucesos no se hubieran opuesto á ello, aquella horrible mujer, aquella Estéfana Barbarigo, hubiera sido tu esposa.

—Yo estaba entonces loco; aquella mujer debió darme algún bebedizo; pero aquello pasó, aquella mujer ha muerto y yo he acabado de conocerte, he acabado de comprender cuánto me amas, por la situación en que nos colocó aquella locura mía.

En aquel momento se oyó un golpe en la primera puerta que había cerrado Gabriel de Espinosa.

—Llaman: voy á ver quién es—dijo Gabriel.

Y fué á la puerta de la habitación, la abrió, y luego abrió la segunda puerta.

El que llamaba era Juan de Azcárate, el Navarro.

—Fray Miguel de los Santos—dijo—me envía, y dice que está aguardando á vuesa merced; que él no viene por no dar á murmurar nada á estas gentes que son muy maliciosas, y que Dios sabe lo que podían pensar.

Gabriel de Espinosa bajó la cabeza, se quedó un momento pensativo, cerró la puerta, y dió las dos llaves al Navarro.

—Cuida—le dijo—, mientras yo esté fuera

de la señora; y como puede ser que yo tarde, no te muevas de aquí ni bajes abajo, ni te dejes ver, no sea que como está reciente aún el lance de esta mañana, y muchos te habrán conocido y te guardarán enemistad, sobrevenga otro lance, y sea peor que el primero; por eso he enviado á Cobos y á Carbalho á Blanco-Nuño, y te hubiera enviado también á ti, á no ser porque es necesario que alguien sirva á la señora mientras yo no esté en casa. Conque atención y cuidado, y adiós.

Y Gabriel bajó las escaleras, y al pie de ellas se encontró con Gil López, que le creía de buena fe Gabriel de Espinosa su pariente.

—Mal día tenemos hoy, á pesar de que es fiesta—dijo Gil López—; con lo que hubo esta mañana, y con lo bravo que anda por esas calles don Rodrigo prendiendo gente, nadie se atreve á salir á la calle; no entra un alma en la pastelería, y me parece que nos quedamos con los pasteles en el cuerpo.

—Los que no se vendan hoy—dijo Gabriel—, se venderán mañana, y si no se vendiesen, tanto da; que la perdida no puede ser mucha, y si lo fuese, tendremos paciencia.

—No estamos para pérdidas, hijo—dijo Gil López—, que los tiempos andan malos, y con pocos días que sigamos perdiendo, será preciso cerrar la pastelería, y que tú te vayas otra vez á la guerra, y yo me meta á peón de campo.

—Ya se verá lo que hay que hacer en esto—dijo Gabriel—; ahí traigo unos dinerillos con que se puede entretener la costa aunque se pierda algunos días, y cuando esos días pasen, podrá ser muy bien que vengan más dineros, con lo cual los pasteles serán más que oficio, entretenimiento y disculpa, para que nadie se meta á averiguar de dónde nos viene la plata que gastemos.

—¿Esos dineros te los enviará, sin duda—dijo Gil López—, la madre de la niña?

—La madre de la niña es tan rica y tan gran señora, que no nos faltará oro aunque no sea más que porque su hija se crie como una princesa.

—¿Y por qué no te has quedado tú allá con esa señora, ó por qué esa señora no se ha venido contigo?

—Ni yo podía estarme, ni ella venirse: estaba yo en Nápoles muy amenazado, y ella muy temerosa de perderme, y fué necesario darle gusto y venirme; y si ella no se vino, que bien quisiera, porque mucho me ama, fué porque la aseguran allí grandes obligaciones.

—¿Será esa señora parienta del virrey?—dijo Gil López que creía todo el embolismo de Gabriel de Espinosa.

—Calla, maldiciente—dijo Gabriel poniendo una mano en la boca de Gil López—; ¿de dónde sacas tú que la madre de la niña sea parienta ó cosa del virrey de Nápoles?

—Fúndome—dijo Gil López—, en que el ama de la niña, á pesar de sus humildes vestidos, parece muy dama y muy noble.

—Bien, ¿y que?—dijo con algún cuidadado Gabriel de Espinosa, aunque sin darle á conocer á Gil López.

—El ama habla muy bien el castellano.

—Como que es española.

—Pues bien; una señora española y principal, no puede ser ama de cría de una criatura, como esa criatura no sea hija de una reina ó cosa semejante.

—Puede ser que la madre de Gabriela sea nieta de reyes—dijo misteriosamente Gabriel.

Abrió desmesuradamente los ojos Gil López:

—Pues entonces—dijo—, lo que te debe sobrar es dinero.

—Así iremos; por lo mismo, importa poco que se vendan pasteles ó no; sigue tú haciendo la jornada de siempre, y lo que sobre que se lo coman los mozos, y lo que éstos no pudieren, los perros; pero guarda secreto acerca de si me vienen á mí ó no me vienen dineros de ninguna parte, que aquí de todo se sospecha, y querrían meterse en averiguaciones que es preciso evitar por la honra de la madre de la niña, que es muy gran persona.

—En lo que ha hecho muy mal la tal señora, es en que venga contigo y con la niña una ama de cría tan hermosa—observó maliciosamente Gil Pérez.

—¿Por qué dices eso?—dijo Gabriel de Espinosa.

—Porque, ó hace mucho tiempo que el ama y tú con la niña no estais á la vista de esa señora, ó si hace poco, esa señora ha debido estar ciega, porque no ha visto lo que he visto yo.

—¿Y qué has visto tú, malicioso y hablador que eres?—dijo Gabriel de Espinosa.

—He visto que María te mira que te come, y de tal modo, que se la conoce á legua que te

quiere con las entrañas; y lo que es tú, no la miras á ella como mirarías á un gerpil de paja, sino como á una persona que mucho se estima.

—No es mía la culpa de que María, por el amor que su señora me tiene, haya caído en la tentación de quererme; porque así son las mujeres; en viendo que una mujer hermosa y muy envidiada ama á un hombre, le toman afición, y acaban por quererle tanto ó más que la otra.

—Pero tú tienes la culpa de lo que á la pobre María le pasa.

—¿Y qué le pasa á María?

—¿Qué le ha de pasar, sino que dentro de poco tiempo tendrá que criar otra criatura?

—¿Se la conoce á María que está encinta?—dijo poniéndose pálido y con sumo cuidado Gabriel de Espinosa.

—Por mas que ella se encoge y disimula, y hace lo que todas las mujeres hacen para que no se note lo que quieren ocultar, tengo yo muchos años y he conocido muchas mujeres, para que ellas puedan engañarme.

—Pues cállate, que no todos ven lo que tú, culebrón; y aunque ello importa poco, la pobre María se avergonzaría, y bien merece por buena que no se la avergüence.

—¡Ah! Lo que es por eso, descuida, Gabriel, yo me callaré como si esto fuera cosa de la familia; como si María fuera mi hija.

—Ya sé, Gil, que de ti, á lo menos sabiéndolo tú, no puede venirme nada malo; basta con que mi madre fuera prima hermana tuya; pero bueno es avisarte.

—Descuida, Gabriel, descuida, que por mí nada se sabrá.

—Eso es lo que es menester; y adiós, Gil, que tengo que salir de casa.

—Mira que hace un calor que achicharra.

—Tengo que salir por fuerza; me llama el padre fray Miguel de los Santos.

—¿Y qué te quiere fray Miguel?—dijo Gil López, que como viejo era muy curioso.

—Traigo de Roma una carta del Papa para la señora doña Ana de Austria.

—El diablo eres, Gabriel, y según las cosas que te han pasado, debías estar rico como un genovés.

—Allá veremos, allá veremos lo que viene con el tiempo, mi buen Gil. Pero adiós, que el tiempo se pasa y me están esperando.

—Anda con Dios, hijo, anda con Dios, y de prisa para que el sol re haga menos daño.

Gabriel de Espinosa atravesó el despacho de la pastelería que estaba completamente desierto, salió á la calle, y á buen paso se trasladó al convento de San Agustín, que estaba en uno de los extremos de la villa.

En el momento en que preguntó en la portería por fray Miguel de los Santos, un lego le llevó á la celda del religioso,

Era ésta humildísima, y á primera vista revelaba la pobreza de fray Miguel.

Lo único que allí representaba algún valor, eran cuatro grandes estantes llenos de libros, encuadernados en pergamino, y guardados por puertas con alambreras.

El demás mueblaje se reducía á una mesa y algunos sillones de nogal, sobre un suelo de baldosas muy limpio y muy regado, para templar en algún tanto el calor, y algunos malos cuadros al óleo, representando santos, esparcidos por las paredes lisas y blanqueadas.

Fray Miguel salió al encuentro de Gabriel de Espinosa, y le dijo:

—Por dichoso puedo contarme, señor, pues veo á vuestra majestad en mi humilde celda; contado será para mí este día entre los más prósperos de mi vida, y desde hoy me parecerá mi celda un palacio, pues vuestra majestad la ha honrado una vez con su real persona.

—Dejaos de majestades, mi buen fray Miguel —dijo Gabriel de Espinosa sentándose en un sillón que le había presentado el fraile—; sentaos á par mío, y hablemos quedo no nos oigan y sospechen, y demos que hacer de veras á ese buen don Rodrigo de Santillana; tratadme lisa y llanamente de vos á vos, que yo os lo mando, y me serviréis con ello mejor que con las majestades, que ya tendréis ocasión larga de darme, cuando hubieren llegado mejores tiempos.

—Sea como vos quisiéreis—dijo fray Miguel de los Santos—; pero me parece imposible que yo pueda echar de mí el respeto en que me poneis.

—Habladme como hablaríais al pastelero Gabriel de Espinosa; y digo esto, no porque aquí nos escuchen, que ya tendréis vos buen cuidado de que esto no suceda, sino porque no acostumbréis tanto á darme majestad, que la solteis delante de gente inadvertida, y me pongais por vuestra imprudencia en un gravísimo caso.

—Me hablais tan severo y me mirais tan fijo —respondió fray Miguel—que no sé bien si tengo la desgracia de que os halleis enojado conmigo, que harto me lo temo.

—Decidme, fray Miguel — dijo con acento opaco, firme y dominador Gabriel de Espinosa— ¿sabeis vos si yo soy quién soy?

—Yo creo—dijo fray Miguel de los Santos—, y lo creo con mi alma y con mi conciencia, que vos sois el rey don Sebastián de Portugal.

Y al decir estas palabras fray Miguel se puso de pie como dominado por un poder superior.

—Pues teneis grandes enemigos, padre—dijo sin dejar su acento de amenaza Gabriel de Espinosa—; pero sentaos, no quiero que alguien entre y os vea en esa actitud temerosa.

—Es que ponéis espanto—dijo el fraile sentándose.

—¿Creéis vos — dijo Gabriel de Espinosa, cuya severa y terrible majestad crecía—, que puede equivocarse un león con un zorro.

—¿Por qué decís eso, señor?

—Por una de dos: ó tenéis grandes enemigos, padre, ó sois más traidor y más infame que Judas.

—Veo la calumnia, señor—dijo estremeciéndose fray Miguel—; no sabemos si de cólera mal contenida ó de miedo mal encubierto.

—Pues si se os ha calumniado, la calumnia ha salido de la boca de un rey, y de un gran rey, padre, que, como yo, aunque por distinto modo, ha sufrido mucho antes de ser rey de Francia y ha tenido grandes ocasiones de conocer á los hombres; ese rey, fray Miguel, es Enrique IV, rey de Francia y de Navarra.

—Han engañado á su majestad, si su majestad ha dicho de mí que yo soy un traidor.

—O'd lo que me dijo mi primo el rey de Francia hace dos meses, encerrado conmigo en una torrecilla del Louvre: —Allá vais con Dios y vuestra buena ventura, hermano don Sebastián; pero ved bien de quién os servís y con quién hablais, que puede ser que cuando os creais más seguro, os encontréis más vendido, y os brinde la muerte en copa de oro la mano que creais más amiga; tened por cierto que en todas partes hay Catalinas de Médicis y Césares Borgias; cuenta, hermano, que vais en busca de vuestra corona de Portugal, como yo he andado en busca de mi corona de Francia, y aprended de mí y sed tan sagaz como yo lo he sido, no sea que la muerte se os cruce en el camino coronada de flores y sonriéndoos con amor; ya sabéis que cuando la reina Catalina de Médicis, la buena madre de mi buena esposa Margot de Valois, me abrazaba y me besaba en la boca, llamándome su hijo, su querido hijo, yo recibía el beso con la boca fuertemente cerrada, me frotaba fuertemente los labios en cuanto Catalina de Médicis volvía la cabeza, por temor de que la reina Catalina hubiese querido envenenarme con su aliento, y mucho tiempo después no comía más que los huevos que iba á coger del nido de las gallinas, ni bebía más agua que la que cogía en el hueco de mi mano de las fuentes públicas, y no me quitaba ni para dormir la cota de mallas, y dormía con un ojo abierto y con el puñal desnudo debajo de la almohada; y aunque he sido y soy muy aficionado á las mujeres hermosas, no hacía caso de ninguna mientras tenía el más leve recelo, ni oía la más sencilla palabra de los que me hablaban sin hilar, alambicar, retorcer aquella palabra, estrujándola, buscando en ella un doble sentido; y así, con la mano en el timón y los ojos en la brújula, encubriéndome y haciéndome el simple para no ser conocido, para ver mejor, he llegado por entre terribles sirtes dejándome arrastrar por tempestades tan bravías como la horrible noche de San Bartolomé, en que se dió al mundo y á la historia el sangriento degüello de los hugonotes, mis hermanos, he llegado á este hermoso puerto que se llama trono de Francia. —¿Y por qué me decís eso, hermano?—pregunté á Enrique IV.—Vos sois demasiado bravo, hermano don Sebastián; confiais demasiado en vuestro aliento y en vuestra fortuna y no teméis tanto como debiérais á vuestros poderosos enemigos. —Por mí conspira todo un reino—contesté—; la gente que me rodea es leal. —Sería yo para con vos traidor y mal caballero si no os dijese los nombres de dos personas de las que necesariamente os tenéis que servir y de las que debéis desconfiar. —¿Y qué personas son ésas, Sire?—le pregunté.—Una es vuestro tío don Antonio, prior de Ocrato, y la otra, fray Miguel de los Santos, fraile agustino portugués, que, para servir á vuestro tío, ha pasado á un convento de su misma Orden de Castilla.

—¡Yo! ¡Yo traidor á mi rey!—exclamó poniéndose pálido como un difunto fray Miguel—; traidores infames han engañado al rey de Fran-

cia, porque yo ni aun puedo atreverme á sospechar que su majestad haya mentido.

—Seguid, seguid oyendo, padre—dijo Gabriel de Espinosa, cuya severidad y cuya majestad crecían de momento en momento—; yo pedí á mi primo el rey de Francia me explicase por completo lo que sólo me había indicado; Enrique IV me dijo:

—Hace algunos años, portugueses, que habían sido hecho cautivos por corsarios tunecinos, os vieron y os reconocieron en Túnez; y rescatados algunos de ellos por los frailes de la Redención de cautivos, llevaron á Portugal la noticia, que se extendió como un rumor sordo, ó que fué dada en secreto por temor á las iras del rey de España, de que era falsa vuestra muerte en Africa, que vivíais, que os habían visto en Túnez, que os habían tocado, que os habían reconocido. Recordóse que el cadáver que se había sepultado con regia pompa en Setubal estaba desfigurado; tomáronse lenguas secretamente por los caballeros más principales de Portugal, que estaban descontentos bajo el dominio del rey de España, é irritados con razón al ver á Portugal unido á la corona de Castilla, convertido en una provincia española, y se obtuvo de una manera discreta de boca de los mismos caballeros españoles, que el rey don Felipe había enviado á Africa á reclamar el cadáver de su primo hermano el rey don Sebastián, la certeza de que cuando el sultán Ahtmed, que les entregó el cadáver, aquel cadáver estaba también desfigurado y no podía decirse, ni aun con asomos de verdad, que aquél fuese el cadáver del rey don Sebastián. Algún tiempo adetante se presentó en Lisboa un hombre misterioso, que no se sabía de dónde iba, ni á qué iba. Aquel hombre entró una noche obscura por un postigo, sin ser visto de nadie, en la casa del duque de Coimbra, donde estaban secretamente reunidos los principales señores de Portugal. Aquel hombre sacó de su pecho un retrato y todos reconocieron en aquel retrato al rey don Sebastián. Entonces aquel hombre les dijo: —La Serenísima República de Venecia me envía á vosotros con este retrato, que es la copia fiel de un extranjero que se ha presentado al Supremo Consejo de los Diez, llamándose el rey don Sebastián de Portugal y pidiendo protección á la República de Venecia. Ahora bien, señores, ¿reconocéis vosotros en el hombre representado en este retrato á vuestro rey don Sebastián? A lo que todos contestaron: —Sí, este es el retrato de nuestro rey. —Miradlo bien—repitió el enviado de la República de Venecia—y responded teniendo en cuenta vuestro honor y vuestra conciencia. —Sí, ese es nuestro rey; lo juramos sobre nuestro honor y sobre nuestra alma. —Pues bien, señores: vuestro rey vive oculto en Venecia bajo la decidida y leal protección de la República. — ¡Viva nuestro rey don Sebastián!—gritaron todos aquellos señores, entre la soledad y el silencio del palacio del duque de Coimbra.

Gabriel de Espinosa se detuvo un momento, é inclinó la cabeza abatido.

Fray Miguel de los Santos tenía fijada la mirada en el suelo y temblaba.

Gabriel de Espinosa alzó al fin la cabeza y fijó de nuevo su mirada poderosa y dominadora en el fraile, que como atraído por aquella mirada, levantó la suya, y la fijó entumecida y cobarde en la de Gabriel.

—Oid, padre—dijo Gabriel con la voz más profunda y más severa que antes—, lo que continuó diciéndome Enrique IV:—La noticia de que vos, hermano, no habíais muerto en la batalla de los Xerifes, de que existíais en los Estados de Venecia, cundió sordamente de boca en boca entre los descontentos del reino de Portugal, y llegó á los oídos de vuestro tío el prior de Ocrato don Antonio, que fuera del reino, protegido abiertamente por Enrique VIII de Inglaterra, pretendía, amenazando constantemente las costas portuguesas con los barcos y los soldados que Enrique VIII le prestaba y le presta, la corona de Portugal. Esto alarmó seriamente á don Antonio, y disgustó á Enrique VIII. A don Antonio, porque vuestra existencia echaba á tierra todos sus proyectos; y á Enrique VIII, porque esperaba sacar más partido de Portugal estando sobre su trono un rey débil, como lo será, si lo es, aunque lo veo muy difícil, el prior de Ocrato, que estando vos sobre el trono; porque en el poco tiempo que reinásteis, disteis claras muestras de ser un rey bravo, y poco á propósito para recibir consejos y ceder á influencias; pero en cambio, vuestro nombre era y es un talismán para los portugueses, mientras que don Antonio no ha sido ni es, ni puede ser para Portugal, más que una conveniencia, más que un medio para sacudir el yugo extranjero. Determinóse,

pues, por Enrique VIII y por el prior de Ocrato ceder á las fuerzas de las circunstancias, y ayudaros hipócritamente en vuestra empresa de reconquistar el trono de vuestros abuelos. Pero era necesario poneros desde muy temprano al lado de la traición; era necesario un miserable acostumbrado á venderos, que hubiese adquirido por completo vuestra irreflexiva confianza, y que, preparado ya de mucho tiempo antes, no vacilase para emponzoñar vuestra copa ó vuestro plato de rey, consiguiendo de este modo dejar vacante la corona, que se ceñiría fácilmente, como heredero vuestro, el prior de Ocrato don Antonio.—Pero yo tengo hijos, mi noble primo de Francia, contesté á Enrique IV.—Los niños se mueren con suma facilidad, mi imprudente primo de Portugal, me contestó sonriendo de una manera fría Enrique IV.—El nombre, el nombre de ese traidor que han de poner á mi lado, le pregunté.—No han de ponerle, está ya; porque el hombre que ha de vivir á vuestro lado, que ha de escuchar vuestras más insignificantes palabras, que ha de sorprender lo que murmuráis durante vuestro sueño, que lo ha de transmitir secretamente á don Antonio, es el mismo hombre que ha ido á Roma á obtener del Papa, y la ha obtenido, la disolución de vuestro matrimonio con vuestra esposa, la noble doncella mora que os salvó, y de la que no debéis renegar, primo.

—Yo juro *in verbo* de sacerdote, y por la salud de mi alma, que han engañado al rey de Francia; yo desafío al rey de Francia y á todos los reyes del mundo á que os presenten la prueba de esa horrible traición—exclamó fray Miguel de los Santos descompuesto, trémulo, aterrado.

—Lo mismo dije yo al rey de Francia: pueden haberos engañado, señor; yo he conocido y tratado desde muy niño á ese religioso, y le he juzgado completamente adicto á mí; pedid la prueba de esa acusación, Sire, á fin de que yo sepa cómo debo tratar á ese hombre; porque leal ó traidor, según andan mis negocios, le necesito de todo punto.—Se conoce que habéis reinado muy poco tiempo, primo, y que érais muy joven cuando reinásteis; de otro modo, sabríais que las traiciones más terribles son aquellas de que no puede obtenerse una prueba clara; estas traiciones se sorprenden por medio de agentes leales y astutos, y á quienes se paga á peso de oro, y á quienes se honra y se favorece para que tengan un gran interés en ser traidores á otro, para servir bien á quien les paga; después, quedan la experiencia, el conocimiento de los hombres y de las cosas para saber qué fundamento tienen las revelaciones de los que os sirven; ¿creéis en mi experiencia y en mi sagacidad de que es una buena muestra la corona de Francia que ciño, primo de Portugal?—Creo en vuestra gran experiencia y en vuestra gran perspicacia, Sire.—Pues bien, retened tenazmente en vuestra memoria, y obrad con arreglo á ellos, los consejos que voy á daros, ya que no puedo daros mucho dinero, porque las guerras que tengo sobre mí, me tienen muy pobre; entregáos confiadamente á fray Miguel de los Santos que os será leal, yo os lo aseguro, porque así sirve bien á don Antonio, mientras sólo se trata de conspirar para poneros en el trono de Portugal; es hombre muy docto, muy experto, de gran talento, muy prudente, muy sagaz, muy bravo, que vale, en fin, mucho; seguid ciegamente sus consejos; pero en cuanto seáis rey de Portugal, ahorcadle; y si queréis evitar el ruido, convidadle un día á comer, y que le sirvan un plato sabroso; no tengáis por ello remordimiento ni vergüenza alguna, porque quitándole de enmedio, habréis librado al mundo de un traidor.

Se detuvo Gabriel de Espinosa, y permaneció mirando por algún tiempo de una manera terrible á fray Miguel, que estaba completamente aturdido, completamente dominado.

—Ya veis—dijo Gabriel de Espinosa—que he empezado por no hacer caso de los consejos de mi prudente primo el rey de Francia; porque yo he sido, soy y seré leal, valiente y caballero; porque yo uso de la espada contra el puñal de los traidores; porque no quiero recobrar mi trono, si para recobrarle me he de ennegrecer con la más leve sombra de traición.

—¡Oh!—exclamó fray Miguel de los Santos cayendo de rodillas—: ¡sí, vos sois el noble, el valiente rey don Sebastián.

—¡Ah! Conque no mentía mi noble primo el rey de Francia, cuando preguntándole yo qué interés podías tener en que fuese rey mi tío don Antonio, si siendo yo rey podía honrarte y favorecerte agradecido, me contestó que tú me creías un impostor, un miserable, un hombre oscuro, que me aprovechaba de mi extraordinaria seme-

janza con el desgraciado rey don Sebastián, para pretender su corona.

—Os confieso, señor, que yo no he conocido á vuestra majestad hasta ahora; que no había creído las cosas extraordinarias que de vos me habían contado; os confieso, que asombrado por la que yo creía en vos extraordinarias semejanza con el rey don Sebastián, con vos mismo, porque yo os he conocido desde niño...

—Un día, cuando el rey don Sebastián sólo contaba quince años, ó por mejor decir, una noche, tiraron precipitadamente de la cuerda de la campana del convento de Agustinos descalzos de Lisboa, y cuando el portero llegó á la puerta, el que llamaba preguntó con vehemencia por fray Miguel de los Santos, y tiró por la reja de la puerta dentro de la portería un bolsillo lleno de oro, lo que dió por resultado que la puerta se abriese y entrase un joven con trazas de muy principal por el rico traje que vestía, pero con el rostro cubierto por un antifaz.

A medida que hablaba Gabriel de Espinosa, el rostro de fray Miguel de los Santos se iba descomponiendo, y marcándose la sombra de su mirada.

—¿Cómo era el traje que vestía aquel joven? —dijo con la voz temblorosa de ansiedad.

—Un birrete de terciopelo leonado con una pequeña pluma de buitre de su color natural en un joyel de esmeralda, un justillo de terciopelo también leonado, con cuchilladas de raso blanco, tomadas de oro, calzas blancas, borceguíes leonados, puñal y espada, limosnera al cinto, y sobre el traje un capotillo de terciopelo gris, con mangas anchas.

—¿Y qué más, qué más llevaba aquel joven? —preguntó con doble ansiedad fray Miguel de los Santos.

—Una estocada larga y poco profunda, pero de la que salía mucha sangre, en el hombro derecho.

—¿Quién, quién era aquel joven, cómo se llamaba?—dijo en el colmo de su turbación fray Miguel de los Santos.

—Aquel joven era el infante don Sebastián, hijo del príncipe don Juan de Portugal, que rondando encubierto a doña Beatriz de Aponte, había reñido con un hidalgo, le había muerto, recibiendo en la riña una estocada, y perseguido por la justicia como homicida, había ido á refugiarse al convento de los Agustinos, y á tu celda, fray Miguel; Dios y tú y el rey don Sebastián son los únicos que saben este suceso: he aquí mi hombro derecho, fray Miguel.

Y Gabriel de Espinosa se abrió el justillo y la camisa de holanda que debajo llevaba, y dejó ver en su hombro derecho, que era blanquísimo, una larga cicatriz.

Además, sobre el pecho de Gabriel, que éste había descubierto completamente, se veían tres cicatrices de bala, dos de arma blanca, y una de ellas profunda y larga sobre el costado izquierdo.

—¿Me conoces ahora?—dijo Gabriel de Espinosa.

—¡Oh! ¡Sí!—exclamó fray Miguel completamente dominado—; vuestra majestad es el rey don Sebastián.

Gabriel se cubrió el pecho, y dijo á fray Miguel de los Santos:

—¿Estás tú seguro de que yo soy el rey don Sebastián?

—Sí, sí, señor—dijo fray Miguel con vehemencia—: lo juraría por la salvación de mi alma.

—Y te expondrías á perderla, insensato.

—Vuestra majestad me ha revelado un secreto que sólo podía revelarme el rey don Sebastián, porque yo á nadie lo he dicho; y el rey don Sebastián, entonces infante, fué curado por mí, sacado secretamente del convento y acompañado á palacio.

—¿Y no pudo haber un testigo oculto de lo que aquella noche hizo el infante don Sebastián? ¿No pudieron decir sus camareros el traje que vestía? ¿No pudo saberse que tuvo una herida en un hombro? ¿No pudo averiguarlo todo esto la justicia de una manera secreta, y callar porque el homicida era el infante don Sebastián? ¿No puedo haberlo sabido yo todo esto? Y dime: ¿si al verme en Africa uno y otro portugués cautivos palidecieron y se arrodillaron á mis pies creyéndome el rey don Sebastián, y yo alentado por ello entré en codicia de un trono, y fuí á Venecia, y allí, por las informaciones que se hicieron en el mismo Portugal se me creyó el rey don Sebastián, crees tú, que sabiendo yo las aventuras del infante en aquella noche en que se refugió en el convento, me faltaría valor para hacerme una herida, cuando tenía valor para llevar adelante una impostura que podía costarme la cabeza?

—Esa cicatriz es muy antigua, señor, y á más de eso, tenéis las siete cicatrices de las siete he-

ridas conque se os encontró como muerto en Africa: cinco en el pecho, una en la cabeza y otra en la mano izquierda.

—Yo peleé en Alcázar-Kivir como el más bravo, y fuí tenido también por muerto.

—Vuestra majestad es el rey don Sebastián.

—Escucha; si soy el impostor Gabriel de Espinosa, sírveme, porque en servirme te va la vida; y si soy el rey don Sebastián, sírveme también, porque el rey don Sebastián no hará contigo menos que lo que haría Gabriel de Espinosa.

—¿Pero por qué, señor, ese misterio?

—Quiero que dudes; quiero que si la suerte me es contraria y soy descubierto y sacrificado por el rey don Felipe, nadie pueda decir ni creer que el rey don Sebastián ha sido ahorcado por el rey de España, sino un impostor que se había atrevido á llamarse rey.

—Sea lo que vuestra majestad quiera; pero nadie me quitará creer que vos sois el rey don Sebastián.

—Más vale así—dijo Gabriel de Espinosa—; eso te obligará á ser leal; olvídate de lo que hemos hablado, como si hubiera sido un sueño; pero no te olvides, que al primer asomo de traición mueres.

—¡Ah! ¡No! ¡Yo no puedo ser traidor á vuestra majestad!

—Hablemos de otra cosa; ¿para qué me has llamado?

—La señora doña Ana de Austria está impaciente por hablar con vuestra majestad.

—Déjate ya de majestades, y hasta que yo sea verdaderamente rey, guárdate de darme ese tratamiento, y procura estar á mi lado sin esa turbación que te domina siempre que me ves, y que pudiera dar que sospechar á las gentes; ¿cuándo podemos ir á ver á esa señora?

—En el momento en que vos querais; y nunca será pronto para doña Ana de Austria, porque está impaciente por trataros.

—Pues como yo también lo estoy por hablar con ella, vamos cuanto antes, fray Miguel.

Gabriel de Espinosa se levantó, se puso el manto, y ambos salieron de la celda y poco después del convento, dirigiéndose al de Nuestra Señora de Gracia la Real, que no estaba lejos.

CAPITULO V

DE CÓMO FUÉ LA PRIMERA ENTREVISTA DE DOÑA ANA DE AUSTRIA Y GABRIEL DE ESPINOSA

En una sala extensa, que por su riqueza y por su lujo podía llamarse cámara, cuyos balcones entornados á causa del calor y cubiertos á más con cortinas apenas dejaban paso á una media luz, sentada en un ancho canapé, con un breviario abierto y abandonado en el canapé junto á ella, había una dama á quien ya conocemos.

Era doña Ana de Austria.

Fueron porque allí no la veía nadie, fuera porque se creía autorizada para hacerlo, doña Ana de Austria nada tenía sobre sí en su traje que revelase era monja, ni del mismo modo tenían nada de conventual las dos hermanas doña Luisa de Grado y doña María Nieto.

Consistía esto, en que doña Ana de Austria esperaba de un momento á otro al pastelero de Madrigal y á fray Miguel de los Santos.

Doña Ana de Austria y sus dos damas, más bien que sus dos monjas, estaban ocupadas en una conversación que debía ser muy grata para doña Ana, porque hablaba sobreexcitada y con sumo calor, y por la conversación se comprendía que las dos jóvenes conocían completamente los secretos de su señora.

—Tengo miedo—decía doña Ana—; es necesario estar ciegos para no conocer al verle la gran persona que es. ¿Te acuerdas, Luisa, con qué majestad hablaba esta mañana con el alcalde, y con cuanta altivez, en medio de su gran mesura.

—Sí, sí, señora; me acuerdo bien, aunque no veía claro por el gran susto que tenía, porque lo que había pasado no era para menos; yo creí que había llegado el fin del mundo.

—Pues yo bien vi, aunque no estaba menos asustada que tú, hermana—dijo María Nieto—, que aquel señor era muy gentilhombre, y que á pesar de no ser mozo, tenía muy buen semblante y muy buena postura.

—Dios me le saque con bien, y que yo le vea donde deseo; que entonces, queridas mías, no viviremos en un convento, ni estaremos sepultadas en una miserable villa.

—Nosotras, señora—dijo tristemente María—, habremos de quedarnos aquí tristes y desamparadas; porque aunque el Para anule vuestros votos, por las graves razones que Su Santidad

tiene para ello, no anulará nuestros votos, y nos quedaremos llorando vuestra ausencia entre las tristes paredes de este convento.

—Cuando yo sea reina de Portugal, el Papa Clemente VIII no me negará lo que yo le pida, y viviréis á mi lado, en mi cámara, como vivís ahora.

—¡Ah, señora, y cuán buena sois!

—Pero es necesario que seais muy prudentes para que guardéis en vuestro pecho como en una tumba el secreto que os he confiado; porque en ello va más de lo que parece, y si sucediera una desgracia, esa desgracia os alcanzaría también á vosotras. Figuráos lo hermoso que será para vosotras, á quienes vuestros padres han sacrificado, vivir en el mundo, gozar de las fiestas y de los saraos, de una corte espléndida, escuchar á lo lejos á la media noche la campana de algún convento que toca á maitines, sin que tengais que abandonar el lecho ó las fiestas para acudir al coro, no oir nunca las severas palabras de una abadesa fea y vieja, sino la amistosa conversación de una reina joven, recordad como un sueño el convento, y tener el corazón abierto á la luz y á la vida.

—¡Ah, sí! Eso debe ser muy hermoso—dijo doña Luisa de Grado suspirando.

—Eso será, y no tardará mucho tiempo; pero me está acabando la impaciencia; ¿di te á Cacabelos la carta que te dí para que la llevase á fray Miguel, María?

—¡Ah! sí, señora; hace dos horas largas.

—¿Y por qué no habrá venido ya fray Miguel? Esto me tiene con un cuidado mortal; yo no sé por qué, no se me quita de la memoria ese don Rodrigo de Santillana.

—Vaya un alcalde tieso y feo—dijo Luisa—; no parece sino que tiene en el cuerpo la autoridad de todos los reyes del mudo, según se muestra de grave en el semblante, y de campanudo y severo en sus palabras.

—Es que es alcalde de casa y corte, Luisa—dijo María—, y afirman que los estudiantes y los vecinos le tienen gastada al buen señor la paciencia.

—No hay alcalde de casa y corte, que porque manda en nombre del rey, no se tenga en tanto como el rey, ni hay paciencia que baste para sufrir á estos tales golillas—dijo doña Ana—; pero guárdeseme el señor don Rodrigo de meterse ni por asomo en lo que á mí me importe, porque con una media carta mía á mi tío el rey don Felipe, se le cae la vara de las manos, y de tal modo que no la vuelve á coger.

—Pues bueno sería quitar de en medio á ese cuervo—dijo María—, que maldito si yo me fío de lo bueno que el tal señor haga.

—No sería prudente estando en el pueblo una persona tal como don Sebastián, irse al rey con quejas del alcalde, no fuera que el rey diera en sospechar, y mandase averiguar y descubriese lo que una vez visto causaría degracias irreparables; es necesario usar de mucha discreción y tener mucha prudencia, que el negocio en que nos encontramos no es para menos, y pedid á Dios que no se tuerza y tenga una desdichada salida. ¡Pero cuánto tarda fray Miguel! Ve, María, ve, no sea que Cacabelos haya hecho una de las suyas, y como hace tanto calor, haya dejado para la tarde el llevar la carta, y esté dulcemente durmiendo al fresco.

—Yo le encargué que la llevase al momento, señora; se lo encargué con mucho encarecimiento. Voy al momento á ver lo que haya.

Y María salió.

—Yo no sé porqué á mí también, señora—dijo Luisa—, me causa terror ese don Rodrigo de Santillana; tres noches seguidas he soñado que me agarraba y ponía en el tormento.

—¡Jesús! No digas eso, por Dios, Luisa; me das espanto—dijo doña Ana, poniéndose pálida como un cadáver.

—Será aprensión, señora; como os habeis metido en una tan grande empresa, y tan dura y tan peligrosa, nada tiene de extraño que el miedo me haya hecho ver visiones negras.

—Por lo mismo, Luisa, es necesario tener mucho valor y mucha prudencia; no se llega al logro de una grande empresa, sin haber dominado el temor, sin haber sufrido, sin haber luchado; sé valiente, Luisa mía, y cuando hayamos vencido, tendrás tanta más alegría y tanto más orgullo, cuanto más fuerte hayas sido en la lucha.

—¡Ah, señora! Nada temais de mí ni de mi hermana María, que venimos de nobles abuelos; y aunque mujeres, no mancharemos la buena fama que ha ganado su noble sangre; pero acá dentro hay un poco de miedo—añadió sonriendo la joven—, y un poco de miedo es muy bueno; porque el miedo, cuando es poco, hace muy prudente á las personas.

—Pues es necesario, Luisa, de todo punto necesario prudencia y valor.

—Ya está aquí el buen fray Miguel de los Santos, y viene con él el honrado Gabriel de Espinosa—dijo entrando María.

Inmediatamente tras la joven entraron el agustino y Gabriel.

Doña Ana, que al oir la voz de María había fijado la vista en la puerta, al ver á fray Miguel y á Espinosa, cambió de color, y se puso sucesivamente y con una misma intensidad, pálida y encendida.

—Dejadnos solos—dijo con voz apagada á las dos jóvenes que salieron, y continuó mirando de una manera intensa á Gabriel de Espinosa, que algo avanzado á fray Miguel de los Santos, adelantaba hacia doña Ana con una dignidad, una soltura y una gallardía que enamoraban á la monja.

Por algún tiempo nada dijeron ninguno de los tres personajes: ni doña Ana, ni Gabriel, ni fray Miguel.

Al fin, Gabriel de Espinosa sacó un pliego envuelto en un paño de seda, le desenvolvió, le besé sobre el sello, que era el sello pontificio, se acercó más á doña Ana, y la dijo entregándola el pliego:

—Antes de que hablemos una sola palabra, señora, acerca de nosotros, ved lo que para vos me ha entregado nuestro Santísimo Padre Clemente VIII.

Doña, Ana, que tenía los ojos fijos en el suelo, tomó el pliego con mano trémula, rompió el sello, y encontró bajo el sobre una carta del Papa y tres Breves pontificios.

"Ahí te envío, mi querida hija—decía la carta después del encabezamiento de fórmula—, á mi muy querido hijo el fidelísimo rey de Portugal don Sebastián, cuyas desgracias merecen el amparo de todo el que tenga un corazón bueno y generoso. El va en tu busca, como el náufrago que va en busca del puerto en que espera encontrar abrigo y seguridad. Tus votos te impedían escuchar sus pretensiones, que son graves y muy importantes para la salud del sometido Portugal, y para el bien de Europa y de toda la cristiandad; por lo mismo, yo, que he recibido de Jesucristo la potestad de atar y desatar, te he absuelto de tus votos, dejándote libre, para que puedas contraer matrimonio con el rey don Sebastián, y ayudarle y ampararle como cosa propia tuya, sin cometer en ello pecado, ni ofender á Dios ni al mundo. Asimismo, como tú necesitas servidores leales para ayudar en su propósito al rey don Sebastián, he absuelto también de sus votos, para que sin ofender á Dios puedan ayudarte, á las dos monjas profesas agustinas del convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de la villa de Madrigal, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, que según he sido informado por el maestro fray Miguel de los Santos, te sirven y gozan de tu confianza. Asimismo te encargo la mayor prudencia y sigilo en este grave asunto, que es tal, que si se trasluciese acontecería grandes desgracias, que todos tenemos el deber de evitar. Continúa, pues, y que continúen tus dos sirvientes, siendo en la apariencia religiosas, y evitando todo lo que pudiera causar escándalo visto en una monja y causar agravio á la buena reputación del convento."

Una inmensa alegría iluminaba el semblante de doña Ana; sin acabar de leer la carta del Papa, desdobló los otros tres pliegos y los examinó.

Estaban escritos en latín y eran tres Breves que anulaban los votos de doña Ana de Austria y de las otras dos jóvenes.

Doña Ana se levantó, guardó en un secreter aquellos papeles, volvió á sentarse en el canapé, y dijo á Gabriel de Espinosa y á fray Miguel con el semblante resplandeciente de alegría:

—Sentáos vos, señor, y vos también, padre, y perdonad si no os lo he dicho antes. La carta y los Breves de nuestro Santísimo Padre Clemente VIII me han causado tal turbación y tal alegría, que el gozo de verme libre de unos votos que había pronunciado contra mi voluntad, no me dejaba pensar en otra cosa.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se sentaron, y el primero dijo á doña Ana, que le miraba con ansia de escucuharle, las siguientes palabras, ó por mejor decir, el siguiente discurso:

—Por dichoso debo tenerme y me tengo, señora, puesto que mis ojos ven ya la celestial hermosura de que el cielo con pródiga mano os ha dotado, y que tanto anhelaba ver y admirar. A buena fortuna tengo desde este momento mis negras desdichas y mis largos y penosos trabajos, que sin ellos no llegara yo al venturoso punto en que estoy, y no os hablara y os viera. Creed, señora, que si para mí tienen gran precio la corona y la honra que he perdido, le tie-

Granada ANDALUCIA

ne más la esperanza de que vos me ansieis y seais mía, y tengan en vos felice y próspero fin mis desventuras. Por vos anhelo y por vos ansío, y más quiero la corona por ceñirla á vuestra hermosa frente, que por volverla á poner sobre la vieja y ya cansada cabeza mía; que tanto estoy ya acostumbrado á los contratiempos á las fatigas y á las desventuras, que bien podría pasar sin ser dichoso, á no ser vos mi única dicha, y acabar obscuro y desventurado y tenido por muerto como he vivido desde mi juventud hasta ahora.

A lo cual respondió doña Ana con la vista baja y las mejillas teñidas de rubor:

—No sois vos, señor, el que ganais con que yo os ame, sino yo la que gano tanto con ser amada por vos, que me parece sueño y fantasía el que hayais puesto en mí los ojos para llevarme á vos, poniéndome sobre vuestro corazón, eligiéndome vuestra esposa. Desde el momento en que vi vuestro retrato, que ha más de un año, vivo turbada y combatida, porque mis votos me prohibían amaros, y mi corazón rebelde os amaba, y mi pensamiento no podía echar de sí vuestra imagen ni olvidaros un solo punto. Y era la verdad, señor, que cuanto más mi obligación me aconsejaba no amaros, más os amaba mi alma y más fija estaba en vos mi memoria, y más me pesaba, sin poderlo yo remediar, el voto que me separaba de vos y que hacía que mi amor á vos fuese un gran pecado Pero hoy, el vicario de Jesucristo ha tenido la dignacion de soltarme de mis votos, y yo no puedo deciros más, señor, sino que soy tan dichosa, que la alegría me trae las lágrimas á los ojos, y no sé si estoy soñando ó despierta.

—De opinión soy—dijo fray Miguel de los Santos—que el casamiento, aunque secreto, debe hacerse cuanto antes, para lo cual traigo autoridad del Papa; que mejor os entenderéis, señores, siendo el uno del otro, y libertad y espacio tiene la señora doña Ana, como persona real que es en el convento, para que os podais ver y comunicar y hablar de vuestros asuntos, no ya como personas que han de juntarse en uno, sino como esposos unidos ya, y que tienen la obligación de morir el uno por el otro.

—Muy deprisa andais, fray Miguel—dijo poniéndose más encendida que la púpura doña Ana de Austria—, y no quiero yo que tan deprisa vayamos; no por mí, que soy toda con el alma y con la vida humilde y venturosa esclava del rey mi señor, y que lo que más anhelo es que me tenga por suya y tenerle yo por mío, sino porque quiero que su majestad me trate y me conozca, y vea con quién se casa, y cuando yo le haya llevado en dote, no riquezas, que no las tuvo ni pudo dejármejas el desventurado padre mío, sino sacrificios y empeños acometidos y vencidos sin miedo en servicio suyo. Y fuera de esto, porque le amo tanto y no quiero que mi amor tenga sombras ni recelos, deseo que la boda no se haga hasta que el señor don Sebastián esté puesto en su trono y triunfante de sus enemigos; que si entonces me toma por esposa, segura podré estar de su amor, y no como si ahora me hiciese suya, que por exceso y firmeza de amor, podría creer alguna vez que si se me había dado por esposo había sido por asegurar lo poco que yo puedo servirle para su grande intento, y no quiero dar lugar ni aun al asomo de esta negra sospecha, que me mataría.

—Ofendería me yo, señora—dijo Gabriel de Espinosa con toda el alma en los ojos—, si no fuera porque soy tan vuestro esclavo, que palabra que salga de vuestros labios no puede ofenderme, por las palabras que acabáis de decirme. Pues ¿cómo pensar que yo con vos me casara sólo porque vos me ayudárais, y no por el amor que os tengo y que me abrasa las entrañas? Villano fuera si con tal fingimiento os tratara, y el rey don Sebastián bien ha podido ser temerario y desdichado, pero nunca ha podido dejar de ser leal y caballero. Si su corazón no fuera vuestro, no le pondría en vuestras manos; y si no estuviera para con vos tan sin voluntad, como que vuestra voluntad es la suya, ni os hubiera hablado de amores, ni acaso hubiera venido á veros: ¿ni cómo haberos visto, haber recreado los ojos en vuestra belleza, haber ardido en esperanzas y no contar como eternidades los momentos que tarde en gozar el cielo de teneros mía? ¿Ni cómo, por distinto modo, saber que sois hija del nobilísimo, famoso y malaventurado don Juan de Austria, sin tener á vanagloria el llamaros esposa? Porque sois tanto, señora, ya se recuerde de donde venís, ya se mire sólo á lo que valéis como hermosa y como discreta, que no puede menos de tenerse por bienaventurado sobre la tierra aquel que por vuestro amor hayáis hecho vuestro dueño.

—Sea lo que vos queráis, señor don Sebas-

tián—dijo doña Ana, toda confusión y terneza—; que no sé lo que vuestras palabras tienen para mí, que si yo dijera que puedo hacer otra cosa que obedecerlas á todo mi placer, mentiría; y ni aun mentir pudiera, porque después de haberos escuchado, no me queda voluntad sino para obedeceros.

—Hágase, pues, la boda—dijo fray Miguel de los Santos, que era un tanto nervioso y dado á que se hiciese gran caso de sus palabras—; que en que se haga ahora ó se haga después, se aventura tanto, que es una gran locura el aventurarlo.

—Si mi amor, si mi alma, si todo mi deseo y toda mi voluntad me están dando á un tiempo guerra para que esta boda se haga tan pronto, como que trayendo vos las facultades que traéis del Papa, bastaría conque la señora doña Ana y yo nos diésemos las manos, nos jurásemos eterna fe, y vos nos bendijeséis; el caso arduo en que me encuentro, me obliga á dilatar esta boda, á trueque de no caer en la nota de poco leal y de poco caballero.

—¿Pues por qué habíais de ser mal caballero y desleal?—dijo doña Ana mirando por aquella vez frente á frente y de una manera altiva á Gabriel de Espinosa—; ¿por qué, señor, habías de cometer una falta, casándoos en este mismo punto conmigo? Libre soy yo, y libre os creo; porque aunque sé de vos algo que me punza en el alma, no puedo menos de considerar que vos habéis vivido mucho antes de conocerme, y que nada tiene de milagroso el que vengan tras vos historias é inconvenientes.

—A merced tendría, señora doña Ana—dijo Gabriel de Espinosa poniéndose levemente pálido—, me declaraséis el enigma que hallo en vuestras palabras.

—Sabido es—dijo doña Ana con el acento de la mayor franqueza—, que en los lugares cortos en que la gente no tiene otro divertimiento que avizorar para murmurar cuanto en el pueblo sucede, no puede haber nada oculto ni secreto; esta madrugada, cuando aún era de noche, habéis entrado, señor, en Madrigal, y ya mis criados han oído murmurar á los del pueblo que con vos ha venido una hermosa ama de cría, que más tiene semblante de ama principal que de labriega, con una niña hermosísima que aún no cuenta dos años. ¿Será ésta la causa de que vos no podáis tomarme por esposa en este mismo punto? Y os digo que estas palabras hay que tomarlas, no por empeño ni facilidad en mí, sino como pregunta justa y necesaria; porque bien creo, que cuando yo me allano, no hay por qué nadie, por alto que fuere, no pueda tener á honra el allanarse conmigo.

—El parabién me doy, señora, de lo que acabáis de decirme—respondió Gabriel de Espinosa, que sin demudarse y con grande cortesanía y afecto, había escuchado las altivas palabras de doña Ana—; por dichoso me tengo de haberos oído hablar así, porque si yo hubiera podido dudar de la seguridad que me habéis dado de vuestro amor, el veros celosa y ofendida de mí, y tan altiva como conviene á quien vale por tantas razones lo que valéis, me habría dejado completamente satisfecho del grande amor que me tenéis; porque no hay amor sin celos, ni celos que no se engañen; porque cuando no se engañan, no son celos, sino evidencias; ni una persona tal como vos puede tener celos sin que sean altivos y acometan valientes; Dios quiere sin duda que yo me maraville más y más de vos á cada momento, y á cada momento os ame más, y más os estime, y más os desee. Pero como esos celos que tanta ventura me dan han nombrado personas que viven y que están á mi lado, y una de las cuales es tan cosa mía, como que es mi hija, voy á deciros ahora lo que pensaba deciros después, y sin que vos me lo hubiéseis preguntado, y aunque no hubiéseis sabido que conmigo habían llegado á Madrigal una ama de cría y una niña de pecho. Y claro está y evidente es que yo no he tratado de ocultarlo, porque si ocultarlo hubiera querido, no hubiera venido á Madrigal ni la niña ni el ama, ni me hubiera faltado maneras para evitar que en todos los días de vuestra vida hubiérais vos sabido que yo tenía una hija. Ficción y engaño, nunca en mí cupieron; y si yo no os amara, no os lo diría; ni aun cuando con el dogal á la garganta pudiera yo librarme de la muerte y de la infamia con fingirme de vos enamorado, fingiríalo; que quien en Africa se metió entre las contrapuestas lanzas de los feroces moros, prefiriendo morir como caballero á sobrevivir al desastre de los suyos por miedo á la vergüenza, por nada del mundo mentiría en su edad madura, cuando tan caballero supo ser cuando todavía era un mozo imberbe.

—Si altiva soy, no lo sois vos menos, señor—

dijo doña Ana, y pésame de lo que he dicho, porque veo que mis palabras os han dado enojo, y por ello os ruego que las olvidéis y las tengáis, no sólo por no dichas, sino que ni aun siquiera por pensadas. Yo os creo, señor, y yo os amo; y os amo tanto, que por ser esa niña vuestra hija, por mía la tengo ya, y como si fuera mía la amo, y os pido que la enviéis por acá para que yo la vea.

—Ya se han cumplido diez y siete años desde el funesto día en que por mi codicia de fama y por mi temerario arrojo llevé á morir sobre el sangriento campo de Alcázar-Kivir á lo más grande, á lo más heroico de la nobleza portuguesa. Diez y siete años, señora doña Ana, han pasado desde aquel sangriento y negro día, y aún no he podido borrar el horroroso desastre ni una sola vez; desde entonces se han cerrado mis ojos al sueño, sin que la pavorosa visión deje de entristecerme el alma, sin que haya visto mi estandarte real derribado sobre los cadáveres sangrientos de mis nobles muertos, sin que el alarido de los moros haya cesado de resonar en mi oído. Batallaba yo desesperado, había perdido tres caballos, y había visto morir á tres valientes que habían descabalgado para que cabalgase su rey; había roto un centenar de lanzas, mi espada había saltado en pedazos en fuerza de caer sobre los arneses enemigos, me cercaban como los buitres cercan á la presa, y herían sobre mí como el herrero sobre el yunque.

—Tal lo pintáis, señor—dijo doña Ana estremeciéndose, que da pavor el escucharos.

—Por algún tiempo, sin más armas que la desesperación y el coraje, revolví mi caballo sobre el tumulto de los infieles, hasta que mis armas despedazadas ofrecieron lugar en qué herirme á los hierros enemigos: caí, y las tinieblas de la muerte me rodearon.

Guardó silencio Gabriel de Espinosa é inclinó la cabeza sobre el pecho, como agobiado por la pesadumbre de aquel tristísimo recuerdo.

—Un día abrí los ojos, y mis ojos vieron los ojos de una mujer que dejaban caer sobre mi semblante lágrimas de dolor. Aquella mujer, y perdonadme si ahora no os cuento toda la historia de mis amores con ella, es la madre de mi hija Gabriela.

—¡Ella os volvió á la vida, ella gozó la ventura de velar junto á vuestro lecho, de veros al fin abrir los ojos cuando lloraba desesperada!—dijo dolorida doña Ana y pálida como una muerta—; ¡cuánto habeis amado á esa mujer! ¡Cuánto ha debido trocarse esa mujer para que vos no la ameis ya! Porque vos, sin duda, no la amais, señor; porque si la amáseis, no me amaríais a mí, y vos me amais, puesto que me lo decís, y yo no puedo, no quiero, no debo dudar de lo que vos afirmais.

—Yo nunca he amado á esa mujer—dijo estremeciéndose dentro de sí mismo Gabriel de Espinosa—, aunque doña Ana no pudo notar su estremecimiento.

—¡Nunca! ¿Y os recogió casi cadáver del campo de batalla, y veló junto á vos, y lloró por vos, y á la vida os volvió, y no la amásteis? ¿Y sin amor la hicísteis vuestra, y sin ser amada la sinventura os dió hijos? ¡Ah, rey don Sebastián! ¿Y por qué desde este punto no dejo yo de amaros, al conoceros desagradecido é insensible para esa mujer que os ha dado más de lo que yo puedo daros, y en vez de perder el amor que os tengo, os amo más, y más por vos me empeño?

—Porque el amor baja del cielo—dijo Gabriel de Espinosa—, y no amamos porque queremos, sino porque el amor nos roba la voluntad y nos hace sus esclavos; no se ama de agradecido, ni hay beneficio que llevándose más allá del agradecimiento, nos embargue el alma y la entregue enamorada á quien ha sido tan bienhechor nuestro que le debemos á un tiempo la vida, la honra y la fortuna. Yo quise poder más que Dios, trocar mi agradecimiento en amor; soñé, y desperté de mi sueño demasiado tarde: María se había convertido por mi amor; María había creído las palabras y las promesas que yo la dí y la hice, fingiéndome enamorado, ó creyéndome tal vez enamorado de agradecido; yo mandé á mi corazón que amase, que yo creía poder mandar en mi corazón; yo quise que mi alma dijese por medio de mis ojos amores á aquella desdichada y hubo un punto en que su gran hermosura me quitó la razón; hubo un punto en que yo, que nunca había amado, creí amor lo que sólo era agradecimiento y deseo. Pero yo no amaba; yo me encontré obligado sin voluntad, empeñado sin placer, cautivo de mi agradecimiento.

Gabriel de Espinosa se detuvo.

Entonces, que protestaba de sus relaciones con Sayda Mirian delante de doña Ana, amaba con toda la violencia de su alma á Sayda Mirian.

Y ¡cosa horrible! A pesar del amor intenso que por Sayda Mirian sentía, la altiva belleza de doña Ana, esa belleza especial, típica, por decirlo así, de las damas de la casa de Austria, fascinaba, dominaba, envolvía á Gabriel de Espinosa; y la fuerte pureza de doña Ana, la delicadeza voluptuosa de su esbelta y dulce forma, un no sé qué de verdaderamente noble y grande, que de ella fluía, la nítida y transperente blancura de su tez, el rubio pálido y bellísimo de sus cabellos, la mirada de sus grandes ojos celestes, fija, ansiosa, enamorada, en los ojos de Gabriel, le hacían desearla con un empeño voraz.

Pero al mismo tiempo Gabriel de Espinosa veía entre la mirada celeste de doña Ana y la suya la negra é incontrastable mirada de Sayda Mirian, y mientras hablaba, escuchaba en su oído el terrible acento de la sultana que le decía:—Mientes al afirmar á esa mujer que no me amas; ó estás loco, ó eres un villano.

Y Gabriel de Espinosa, no pudiendo resistir á aquella voz severa que resonaba dentro de su conciencia, se apresuró á decir con un doloroso afán:

—Perdonadme, señora, si no prosigo, porque el hablar de esto me martiriza; pero oidme: vuestra boda no debe efectuarse, porque así lo aconsejan dos graves razones; bueno será que pase tiempo, y que vos veais que nada que temer teneis de mis cosas; esto por una parte; por la otra, yo no puedo ser vuestro esposo sino cuando sea digno de serlo á la faz del mundo entero y puesto sobre mi trono. De otro modo, vuestro casamiento conmigo sería para vos una desgracia y una deshonra.

—¿Cómo puede ser que el teneros por esposo traiga sobre mí la deshonra y la desgracia?—dijo con una amante altivez doña Ana.

—Bien se os alcanza, señora—dijo Gabriel de Espinosa—, que nos encontramos en un gran peligro, que un contratiempo cualquiera, ó una traición villana puede dar noticia al rey don Felipe de nuestra conspiración, y si por mi desventura doy en la cárcel, contad con que he dado con la escalera de la horca.

—¡Ah! ¡No digais eso, por Dios, señor, porque me hareis morir de espanto!—exclamó con toda su alma doña Ana.

—Vos lo sabeis bien; el rey don Felipe, si me coge entre sus manos, me arrojará al verdugo, sin que para salvarme me aprovechen pruebas; sin que me sirva ni aun para la clemencia el ser yo hijo de su hermana; bien lo sabeis, señora, si soy preso, porque Dios ha querido que yo naciese para la desgracia, soy hombre muerto en cuerpo y alma, si no para con Dios, para con los hombres. El rey y sus alcaldes arrojarán sobre mí la mancha que cae sobre los impostores, y vos no conocéis la excesiva altivez portuguesa. Aunque todos los portugueses me hubiesen visto y reconocido, al verme ahorcado negarían que yo era su rey; y no sólo lo negarían, sino que me creerían de buena fe un villano impostor, cerrarían los ojos á su misma razón; porque no hay un portugués que crea ni pueda creer que un rey de Portugal pueda ser ahorcado, ni que un ahorcado haya podido ser rey de Portugal.

—Estáis diciendo cosas muy espantosas, señor.

—Digo la verdad: muy pronto algunos de los principales señores portugueses vendrán á Madrigal con el pretexto de pediros recomendaciones para el rey vuestro señor tío; vos vereis á esos señores ponerse pálidos cuando me vean los ojos, y caer de rodillas y temblando á mis pies. Pues bien: si me ahorcan oiréis decir á esos mismos señores, ú oiréis que han dicho, que yo era un impostor, un infame, un brujo que había hecho pacto con el diablo, y que me había valido de malas artes para engañarlos; porque ellos, antes que hombres, son portugueses; á Dios mismo no concederían el poder, os lo repito, de ajusticiar á un rey de Portugal. Si ahorcado, impostor; no hay remedio. Que lo diga fray Miguel de los Santos, que está tan callado y tan serio, que sabe quién yo soy, como sabe quién es él mismo, porque es portugués, y por lo tanto, á pesar de haber andado en mis asuntos, en viendo que me ahorcan, se creerá engañado por la magia negra, negará con los diez dedos de las manos cruzados.

—¡Oh! Si ahorcan á vuestra majestad, señor, no me dejarán á mí para que lo cuente—dijo fray Miguel de los Santos.

—No importa—dijo Gabriel de Espinosa—; al mismo pie de la horca y antes de que os echen el dogal al cuello, os acordaréis de que sois portugués, y me negaréis.

—¡Oh, y qué temores, señor!—dijo doña Ana.

—Bueno, buenísimo es ser prudente—dijo fray Miguel de los Santos—; pero no es bueno

ser tan desconfiado; la tela está urdida de tal manera que es muy difícil que den con el hilo, y falta poco tiempo para que llegue á feliz término nuestra empresa. Dentro de pocos días llegarán á Madrigal el duque de Coimbra y algunos otros señores portugueses, que sólo vienen á reconoceros, para llevar á Portugal la noticia de que os han visto, os han reconocido y os han besado las manos. No tardará mucho tiempo en que durante una noche obscura desembarquéis cerca de Lisboa, os presentéis á los nobles portugueses en la casa del duque de Coimbra, y á una señal dada, se lancen á la calle miles de portugueses armados, á cuyo frente entraréis en batalla. Si triunfáis, seréis rey; y si sois vencido, moriréis combatiendo como combatisteis en el Africa, y como allí, caeréis con la corona en la cabeza, si esto es posible; porque al eco solo de vuestro nombre, se levantarán hasta las piedras en Portugal, ese valiente reino que os está esperando, señor, desde hace diez y siete años, que no ha creído en vuestra muerte; al veros vivo y á su frente, peleará por vos, con la rabia y la ferocidad del león.

—Sí—dijo doña Ana—; vuestro reino de Portugal lidiará por vos como un solo héroe.

—Y si no lidia por mí—dijo Gabriel de Espinosa—¡ay de él! Porque sin mí vivirá Portugal aherrojado bajo el yugo de los españoles, que cuando se apoderan de una presa la retienen con una fuerza incontrastable; yo soy el único que puede dar á Portugal su perdida libertad, y si yo no se la doy, porque mi mala ventura me lo impida, no se la dará don Antonio, mi buen tío el prior de Ocrato; él, débil, viejo, y los ingleses que le ayudan tienen mucho miedo á los españoles; así, pues, Portugal y yo no podemos ser libres, sino el uno por el otro; sin Portugal yo soy un hombre muerto, y sin mi Portugal un esclavo.

—Dios protejerá á vuestra majestad—dijo doña Ana de Austria —; en cuanto á mí, señor, mi vida y cuanto valgo y cuanto tengo, es de vuestra majestad.

—Pues bien, señora—dijo Gabriel de Espinosa—; vos sois mucho para con el rey don Felipe, y es necesario que empiecen vuestros buenos oficios·

—Mandad, señor—dijo doña Ana.

—¿No os parece, fray Miguel—dijo Gabriel de Espinosa—que el alcalde don Rodrigo de Santillana, con quien ya nos hemos encontrado, es un peligro para nuestros intentos?

—Yo no sé por qué ese hombre me espanta—dijo fray Miguel—, y sería bueno que la señora doña Ana, que tanto puede en la corte, hiciese de modo que le quitasen de aquí.

—¿Y cómo?—dijo doña Ana.

—Quejándoos de él al rey don Felipe—dijo fray Miguel—. á lo cual será necesario que tengáis un motivo en que fundaros.

—Decidme, porque yo no encuentro bien el pretexto para quejarme, y el rey quiere mucho á este alcalde, y tiene en él una gran confianza.

—El lance de esta mañana nos viene á las mil maravillas—dijo Gabriel de Espinosa—; el alcalde está tan bravo, que tiene á medio Madrigal preso, y amenaza con ahorcar á unos cuantos, con echar á galeras á muchos, y con dar azotes á infinitos. Y en medio de todo, lo que sucedió esta mañana es una cosa inevitable, y si se dió alguna paliza y empeñados en el lance no obedecieron á don Rodrigo de Santillana, bastaría con castigar á algunos de cada uno de los bandos, sin llegar á la horca ni á las galeras, y considerar que todo el pueblo ha sido culpable. y que no puede castigarse á sangre á todo un pueblo.

—Llamaré á don Rodrigo de Santillana, y le pediré que levante mano y suelte á todos los presos, contentándose con una buena reprensión y con algunas multas—dijo doña Ana.

—A lo cual se negará redondamente el alcalde—dijo fray Miguel—; porque en empezando don Rodrigo un proceso, el proceso ha de seguir adelante, á no ser que el rey le mande que lo rompa; y como el rey no manda romper ninguno, sucederá que don Rodrigo se empeñará en seguir con su tema, y vos, señora, tendréis motivo para quejaros.

—Voy á mandar que llamen al momento á don Rodrigo de Santillana.

—Quitad á todo vuestro poder á ese hombre de enmedio—dijo Gabriel de Espinosa—; porque mucho me temo que si permanece aquí, como es por su oficio tan aficionado á averiguarlo todo, descubra algo y coja algún hilo de nuestra trama, y comprometa nuestra empresa.

—Por lo mismo que don Rodrigo es aficionado á averiguarlo todo, y como hace ya muy cerca de dos horas que estamos en el convento, me parece prudente que nos salgamos, no sea que

nuestra larga visita llame la atención del alcalde, que sabe todo lo que sucede en Madrigal, y hasta lo que se piensa en él.

—Decís bien, fray Miguel—dijo doña Ana—; y aunque por mi deseo yo me estaría eternamente al lado del señor rey don Sebastián, me parece prudente que no sean largas sus visitas ni muchas; que pronto, si Dios quiere, tendrán fin sus trabajos, y podremos vivir unidos para no separarnos jamás.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se levantaron.

—Puesto que la necesidad me obliga á apartarme de vos, señora—dijo Gabriel—, me alejo de vos, pero sólo con el cuerpo, porque el alma con vos queda; tratadla bien como á quien tanto os quiere, y pensad alguna vez en mí, segura de que mi pensamiento estará siempre fijo en vos.

—Enviadme el alma con la niña—dijo doña Ana—; quiero conocer á vuestra hija, quiero ver si se os parece.

—Os la enviaré, señora—dijo Gabriel de Espinosa, cuyo corazón se comprimió.

—Adiós, pues, señor, pensad mucho en mí, y ya que no puedo veros tanto como yo deseo, que fray Miguel de los Santos, que como es nuestro vicario viene todos los días y á todas horas al convento, y puede veros siempre, me traiga á cada hora nuevas de vos.

Después de esto, y de algunos cumplimientos más, Gabriel de Espinosa y fray Miguel de los Santos salieron.

Doña Ana de Austria se quedó pensando de una manera ardiente en Gabriel.

Se había enamorado de él, con toda la fuerza de sus veintiséis años de abstinencia de amor.

Poco después de la salida de Gabriel, doña Ana llamó, y se la presentaron las dos hermanas.

—María—dijo doña Ana—ve y di á Cacabelos que vaya á la posaddela alcalde don Rodrigo de Santillana, y le diga de orden mía que se me presente al momento.

La joven salió.

—Tú, Luisa, ven á ponerme los hábitos; con don Rodrigo hay que andar con cuidado; sería capaz de decir al rey que había visto en mí una dama y no una monja, y esto no agradaría ciertamente al rey mi tío.

Y doña Ana y doña Luisa salieron de la cámara por una pequeña puerta.

CAPITULO VI

DE CÓMO DON RODRIGO DE SANTILLANA TUVO VARIOS DISGUSTOS SEGUIDOS

Cacabelos era un viejo enjuto, negro, largo, que cuando joven había servido y sido alférez en Italia, llevendo mucho tiempo y con valor la bandera de la compañía del bravo capitán don Hugo de Moncada.

Inválido en Pavía, en donde á pesar de su delgadez que le hacía un blanco muy difícil, había recibido cinco mosquetazos, pasó al servicio de la casa del emperador, entre lo que podía llamarse clase media de la servidumbre, esto es, ni tan alto como los gentiles hombres, ni los camareros, ni tan bajo como los mozos de cámara, los palafreneros y demás gente menuda.

Queríale el emperador por ser hombre bravo, afable y listo, y con cuatro palabras familiares que el emperador solía decirle alguna vez al paso, y con alguna palmadita en el hombro con que solía honrarle alguna vez el poderoso Carlos V cuando estaba de buen humor, habíase estirado tanto Cacabelos, que no había quien aguantase su prosopopeya, ni quien le hiciese servir para nada, según andaba enseberbecido, grave y tieso.

Llevósele el emperador á San Jerónimo de Yuste, cuando llegando al colmo de su grandeza y de su política, se quitó de la cabeza la corona cuyos cuidados y empeños eran ya mucho peso para sus cansados años, y Cacabelos fué en Yuste lo que había sido en la corte; una figura inútil que para nada servía, como no fuese para irritar á todo el mundo con su soberbia.

Pero murióse el emperador á quien hacía mucha gracia aquel singular personaje, por lo que nuestro hombre hacía lo que quería, y eclipsóse el sol de la fortuna y de la vanagloria de Cacabelos.

Felipe II no gustaba de la gente soberbia, ó por mejor decir, no consentía otra soberbia que la suya, y Cacabelos se encontró sin amparo en la servidumbre de don Felipe, obligado á hacer lo que le mandaban para evitar que le pusiesen en la calle; y como su soberbia anterior había irritado á muchos, de tal manera usaron y aun abusaron de él, le tenían siempre tan presente para enviarle acá y allá, que al poco tiempo, Cacabelos, que en el fondo era un buen hombre,

se domesticó, se hizo servicial, se transformó completamente, y llegó á ser más listo que Cardona.

Cacabelos era una liebre en lo ligero, y un lince en lo inteligente para desempeñar los encargos que se le cometían.

Ya viejo, de la servidumbre del rey había pasado á la servidumbre de doña Ana de Austria, y aunque no había perdido lo ligero y lo listo, había vuelto á recaer un tanto su soberbia, porque doña Ana le quería mucho, y le daba, como suele decirse, alas.

Pero Cacabelos, en cambio, era todo en cuerpo y alma de doña Ana, y hubiera sido capaz de arrojarse al fuego por ella.

A veces se determinan graves situaciones por una causa muy extraña y muy difícil de prever.

El bueno de Cacabelos, sin saberlo y sin quererlo, fué culpable de la predisposición de espíritu rencorosa en que don Rodrigo de Santillana se puso, respecto á doña Ana de Austria, y de la pugna que se estableció entre ésta y el formidable alcaide, por lo que vamos á relatar.

Iba Cacabelos estirando sus largas piernas y cogiendo vara y media de cada paso, por desempeñar pronto el encargo de su señora, y en cinco minutos se plantó desde el convento en la casa que el alcalde tenía en la plaza, aunque la distancia de ésta al convento era larga.

Hacía, como hemos dicho, mucho calor, eran las tres de la tarde, y en el soportal de la casa que servía de posada á don Rodrigo, dormitaba á causa de la cálida temperatura un corchete de los de buena casta, que así tenía cara de amigo, como suavidad un puerco espín.

Era este corchete de los que duermen con un ojo abierto, y aunque Cacabelos se entró ligerísimo por el zaguán haciendo caso omiso del corchete de guardia, éste, antes de que Cacabelos pasase de la segunda puerta, se desperezó y dijo con acento insolente:

—¡Eh, don Fulano! ¿Adónde vais tan tieso, que no parece sino que toda la casa es vuestra? ¿No sabeis que aquí no se entra sin pedir licencia al alguacil Lamprea?

—Del lampreado que os voy á meter, si no hablais con más decoro, bergante—dijo Cacabelos volviéndose todo soberbia y bilis, y mirando de una manera que parecía que quería comérselo al corchete—, os voy á convertir en fantasma, para que deis susto á la villa.

Púsose de pie con mucha calma Lamprea, sacó un cordel del bolsillo de los gregüescos, y se acercó irreverentemente á Cacabelos sin saber lo que se hacía, en ademán de ir á amarrar á Cacabelos para llevarle á la cárcel.

Pretender describir lo que pasó por los ojos, por el semblante, por todo el ser, en fin, moral y físico del alférez inválido Cacabelos al verse tratado de aquel modo por Lamprea, sería atreverse á mucho.

—¿Para mí sacais cordeles, ladrón escapado de la horca, y así os venís hacia mí, que soy persona de casa real, y quitando esto, hombre capaz de almorzarme diez corchetes como vos, como si me tragara diez guindas?

Y haciendo atrás su pierna derecha, la dejó ir, y arrimó un tal puntapie en el vientre al corchete, que éste dió un grito como si le hubieran metido todas las tripas en prensa, y sin poderse valer; cayó cuan largo era de espaldas, y empezó á dar las voces más desaforadas del mundo, apellidando favor al rey y á la justicia, y de tal manera, que don Rodrigo de Santillana, que estaba trabajando con un escribano en una sala baja, ocupado con su feroz actividad de costumbre en el proceso del alboroto de aquella mañana, no pudo menos de salir al patio, y del patio al zaguán, porque tal vuelta de puntapies estaba dando el irritado Cacabelos al vencido corchete Lamprea, que éste ponía el grito en el cielo pidiendo socorro contra el asesino.

La ronda de Santillana estaba fuera haciendo prisiones á diestro y á siniestro en el pueblo, y no había en la casa del alcalde más gente que él, el escribano de cámara Ruy Dávalos, y dos viejas criadas que servían al alcalde.

Don Rodrigo de Santillana cegó y no vió, al presentarse á sus ojos el descomunal atropello de que Cacabelos, fuera de sí, hacía víctima al aporreado Lamprea.

Don Rodrigo, aunque ya de sesenta años, era un hombre de pelo en pecho, y tan propenso á romper á palos su vara de justicia, como á firmar una sentencia de horca.

Ver aquello, entrar rápidamente en la sala que había abandonado, coger de un rincón su espada, salir con ella desnuda al zaguán, é irse de punta sobre Cacabelos, fué obra de algunos minutos.

Pero Cacabelos, que como ya hemos dicho, era listo como una ardilla, y valiente como quien

había servido tantos años al emperador en la brava compañía de Moncada, dió un salto de costado, que hizo que el alcalde diese la estocada al aire, saltó de nuevo atrás, porque el alcalde se le venía encima, se puso á la parte afuera de la puerta exterior, y dijo verdinegro de cólera:

—Mire vuesa señoría lo que hace, que yo soy hidalgo y alférez de los buenos de los tercios viejos de Italia, y sirvo á la señora doña Ana de Austria, y gozo fuero de casa real, y no he de dejar que me toquen al pelo, ni vuesa señoría ni todos los alcaldes de casa y corte del mundo.

Cacabelos no sabía lo que hacía ni lo que se decía, herido en lo más vivo de su soberbia.

El alcalde estuvo cinco minutos sin poder hablar de cólera, y temblándole la espada en la mano frente á frente del larguísimo Cacabelos, que le miraba soberbio y dispuesto á todo, como un gallo inglés peleador.

El escribano Ruy Dávalos miraba aquello desde la segunda puerta, profundamente escandalizado, y Lamprea se levantaba como podía con las manos puestas en el estómago, lanzando cada quejido, y de tal manera lastimosos, que hubieran podido ablandar á una piedra.

—¡Os he de ahorcar, y os he de descuartizar, y os he de poner por los caminos, bellaco infame y osado, que sois—dijo el alcalde, que con la lengua no bien suelta aún—, y más que seais criado del Papa y tengais fuero del cielo, que no de casa real! ¡Ea, daos preso ú os mato!

—Me ha asesinado, señor—dijo con voz quejumbrosa y dolorida Lamprea.

—Callad vos, é idos enhoramala á acostar, y reventad ó no, que á mí se me da tres ardientes de lo que os suceda—dijo el alcalde que no conocía á nadie.

Lamprea se entró para dentro encogido, y el alcalde de casa y corte se salió para fuera espada en mano á prender á Cascabelos, que viéndose encima al alcalde, tiró por fuero propio de su espada, sin meterse á considerar lo que podría sobrevenirle ó no.

En aquel momento, un jinete, que sin duda venía á casa del alcalde, puesto que paró su caballo delante de ella, se puso de la manera más oportuna del mundo entre Cacabelos y don Rodrigo.

Era el jinete un hombre hermoso y de aspecto noble y bravo, como de cuarenta y cinco años, blanco, pálido, con grandes, poderosos y expresivos ojos negros, y con traje rico de camino á la usanza veneciana.

Llevaba una sombrilla para guardarse del sol, y tras él venían cuatro criados armados con espadas y lanzas á la jineta como se acostumbraba en aquellos tiempos, en que á pesar de la Santa Hermandad abundaban los malhechores en los caminos, y era por ello necesario viajar con escolta.

Aquel hombre, que parecía tan caballero y tan rico, y visiblemente extranjero por su tipo y por su traje, era un antiguo amigo nuestro.

En una palabra, Yhaye-ben-Shariar.

—¿Qué es esto?—dijo con voz tranquila y afable—: espadas en las manos y cólera en los ojos; un viejo soldado, á lo que veo, y un viejo caballero puestos frente á frente; dióme el parabién de haberme puesto tan á tiempo entre vosotras, señores.

—Mejor hiciérais—dijo don Rodrigo—, en ayudar á un alcalde á prender á un malhechor; que aunque por vuestro acento me pareceis extranjero, todo hombre honrado tiene la obligación de ayudar á la justicia dondequiera que se halle.

—¡Ah! ¡Vos sois el alcalde don Rodrigo de Santillana!—dijo Aben-Shariar con acento frío y acerado, contestando á las palabras del alcalde, descorteses por el acento con que las había pronunciado. ¿Y vos quién sois?—añadió Aben-Shariar sin esperar la respuesta del alcalde, volviéndose al alférez inválido.

—No tengo por qué callar mi nombre—contestó el preguntado, que no se apeaba de su soberbia, y cuya cólera no amenguaba—; yo soy Gaspar de Cacabelos, antiguo alférez de don Hugo de Moncada en los tercios de Italia; criado después del señor rey don Felipe, á quien Dios guarde; criado ahora de la excelentísima señora doña Ana de Austria, á quien Dios prospere; hidalgo de los buenos, que tiene su solar antiguo en Asturias en la Villa de Cacabelos, hombre de bien y de honra, que no se dejará insultar ni maltratar por ningún golilla, venga lo que viniere y suceda lo que quiera, que no sucederá, porque ahí está doña Ana, de Austria, que es muy capaz y muy poderosa de apretar las agujetas al mismísimo presidente de la Chancillería de Valladolid si á mano viene.

—Mire la señora doña Ana de Austria no le apriete los cordones del justillo hasta que dé

gritos, don Rodrigo de Santillana, que ella, la buena señora, si bien se mira, tiene en gran parte la culpa de los desacatos, de las licencias y aun de los delitos de la gente de la villa.

Y don Rodrigo, olvidado de todo en su cólera, pronunció estas palabras de una manera altamente ofensivas á doña Ana de Austria.

Aben-Shariar no dijo una palabra, y permaneció impasible, porque acaso le importaba mucho ver en lo que aquello paraba.

—Quien os va á dar de cuchilladas por lenguaraz, descomedido é insolente en ofensa de une persona real, de una religiosa, de una dama, qua es no menos que sobrina del rey nuestro señor é hija del ilustrísimo don Juan de Austria, soy yo: y Cacabelos fué á dar la vuelta al caballo de Aben-Shariar para ir sobre el alcalde.

—¡Eh! ¡Estaos quietos, cien rayos y cien legiones, alférez!—exclamó Aben-Shariar, que comprendió que era necesaria su intervención; y vos, señor don Rodrigo, dad muestra de la prudencia que requieren vuestra nobleza, vuestro oficio y vuestras canas, ó de lo contrario, con esos cuatro criados míos os prendo á los dos, y doy parte al rey, de que vos, don Rodrigo, habeis inferido descortés y deslealmente una grave ofensa á una señora de la familia real, y de que vos, alférez, os habeis atrevido al rey, faltando escandalosamente y de una manera gravísima al respeto que debeis, como todo ciudadano, á un ministro de justicia.

—Aquí no hay ciudadanos, sino vasallos—dijo el alcalde, agarrándose á un pelo.

Sea como vos querais, que esto importa muy poco—dijo Aben-Shariar—; yo hablo como se habla en mi tierra, donde como no hay rey no hay vasallos; en una palabra, y como habreis recibido hace días una carta en que se os anunciaba mi venida para un asunto importante, sabed que yo soy patricio genovés y me llamo Pietro Mastta.

—¡Ah! ¿Vos sois?...

—Sí—dijo Ben-Shariar, desmontando y entregando su caballo á un criado que desmontó al mismo tiempo; por lo mismo que yo soy el que soy, y que puedo lo que valgo, considerad si os interesa el hacer buen caso de mis palabras: envainad, pues, ambos vuestras espadas, y entremos.

Con gran asombro del escribano, que estaba en el zaguán, y que siempre había visto irascible é inexpugnable, por decirlo así, á don Rodrigo, éste se puso la espada bajo del brazo, porque no podía envainarla, á causa de que se había dejado dentro la vaina, y se metió en la casa ostensiblemente contrariado y pensativo.

Cacabelos, á quien el sesgo que había tomado el negocio por la intervención del extranjero había puesto curioso y admirado, envainó su espada y se fué tras Aben-Shariar, que había entrado en la casa detrás del alcalde.

Metiéronse así uno tras otro, incluso el escribano, en la sala donde paco antes trabajaba don Rodrigo, harto ajeno de todo aquello, y deteniéndose el alcalde junto á la gran mesa de despacho, puso su espada desnuda sobre los papeles y permaneció de pie sombrío y taciturno, mirando á Aben-Shariar de una manera tal, que se comprendía que le tenía miedo.

—Tomad y leed—dijo Aben-Shariar dando un pliego cerrado al alcalde, que éste abrió, y al leer el cual se puso densamente pálido.

—De esto hablaremos después—dijo don Rodrigo poniendo el pliego que había leído sobre la mesa, y sobre el pliego la empuñadura de su espada.

—¿Cuál ha sido la causa de lo que he presenciado?—dijo severamente Aben-Shariar, convirtiéndose en más alcalde que don Rodrigo de Santillana, con grande admiración del escribano Ruy Dávalos, que llegó á creer que soñaba al ver por la primera vez tan manso á don Rodrigo.

Cacabelos, á quien había dirigido su pregunta Aben-Shariar, contestó con un acento altivo y campanudo:

—He entrado en la casa de este alcalde á traerle un mandato de su excelencia mi señora doña Ana de Austria, y el alguacil que estaba de guardia me ha faltado al respeto preguntándome con palabras descorteses, villanas é insolentes adónde iba; yo le he contestado como debía, y él, creciendo en audacia y desvergüenza, ha sacado un cordel para atarme; porque todos los ministrillos que trae á Madrigal don Rodrigo de Santillana están puestos tan sobre sí y tan sacados de cuello, que creen que todos y cada uno de por sí puede hacer lo que hace este señor alcalde, que no es poco, ni es medianamente tolerable. Yo, haciendo lo que debía al verme tratado con tan poco respeto, di de puntapiés al corchete; á los gritos de éste acudió don Rodri-

go espada en mano, haciendo de este modo necesaria y legítima la defensa. Fuera más prudente y más comedido el alcalde y averiguara la razón de por qué vapuleaba yo á su corchete y acabáramos, porque, reconociendo la razón que tengo, enviara, como debía, á la cárcel al corchete para que los otros por el escarmiento aprendieran á ser corteses y comedidos.

—Hablárais vos, estúpido—dijo don Rodrigo—, y yo os hiciera justicia; que nadie puede dudar de la rectitud de don Rodrigo de Santillana.

Al decir estas palabras, el alcalde vió fija en sus ojos una mirada tan profunda y tan severa de Aben-Shariar, que, sin ser poderoso á otra cosa, bajó los ojos completamente dominado.

—Cuando á mí me hablan espada en mano y me amenazan con la horca sin oirme—dijo Cacabelos—, no soy mío, ni sé ni puedo hacer otra cosa que echar mano á mi espada y ponerme frente á frente de quien me ofende.

—Basta ya, idos—dijo el alcalde—; señor Ruy Dávalos, llevad ahora mismo á la cárcel al alguacil Lamprea.

El escribano salió.

Cacabelos permaneció tieso é inmóvil.

—¡Vive Dios!—dijo don Rodrigo.—¿Qué hacéis que no os vais? ¿O queréis que me arrepienta de dejaros ir libre?

—Aún no os he dicho lo que he venido á deciros, y necesito cumplir con mi obligación—dijo Cacabelos.

—Pues hablad pronto y marcháos, ó por Dios vivo que si se me acaba la poca paciencia que me queda, me echo sobre vos y os rajo.

—La señora doña Ana de Austria os manda que vayáis al momento á su presencia—dijo enfáticamente Cacabelos.

—Decid á esa noble señora que iré en cuanto me sea posible á ponerme á sus pies; ahora, marcháos sin demora.

—Que os guarde Dios.

—Id en paz.

Cacabelos salió, saludando profundamente á Aben-Shariar y mirándole con curiosidad.

Quedaron solos Aben-Shariar y don Rodrigo.

—En Venecia, señor—dijo don Rodrigo de Santillana—, un juez es más respetado.

—Los magistrados venecianos no cuestionan jamás con nadie, ni descienden á lo que sólo compete á los oficialess ecundarios de justicia. Allí se manda y no se disputa; allí el juez no habla con el criminal más que para oirle y sentenciarle en justicia.

—Allí no tenéis un rey que os pida imposibles: los venecianos respetan las leyes, y los españoles no respetan más que la fuerza.

—Empezando porque los que están obligados á obedecer son los primeros que desobedecen.

—¿Por qué decís eso, caballero?

—Porque una casi infanta, una sobrina del rey, os ha mandado que os presentéis inmediatamente á ella, y aún estáis aquí.

—Es que temo ponerme delante de doña Ana. De seguro no me manda ir á verla, sino para ponerme en aprieto. Esta mañana ha habido un alboroto en la villa, y tal y tan escandaloso, que me he visto obligado á prender mucha gente; y como doña Ana de Austria es el paño de lágrimas del pueblo, me estoy temiendo qne hayan ido á llorarla cuitas, se la haya hablandado el corazón y me mande soltar los presos, lo que no puedo hacer sin notorio agravio á la justicia.

—Pues bien, id y salid de vuestro apuro como podáis, que si esperáis para ir á que nosotros hayamos concluído, como tenemos que hablar largamente, tardaréis mucho y ofenderéis á doña Ana.

—Pues quedáos aquí entretanto, señor Pietro Mastta, que yo, en cuanto mande aposentar á vuestros criados, me voy al convento.

—Mis criados estarán ya aposentados en el mesón.

—Vos os aposentaréis en mi casa.

—Veremos primero cómo salimos.

—Yo espero que nos entenderemos.

—Pues id, y volved cuanto antes.

El alcalde envainó su espada, se la ciñó, se puso su bonete negro y su manteo, tomó su vara y, despidiéndose por el momento de Aben-Shariar, salió.

Don Rodrigo de Santillana encontró completamente vestida de monja á doña Ana de Austria, y de la misma manera á las dos hermanas doña Luisa y doña María.

El alcalde sabía que doña Ana ejercía sobre Felipe II una gran influencia, y por ello la trataba con temor y respeto, y doña Ana hacía del alcalde lo que solamente hubiera podido hacer el rey.

—Beso respetuosamente los pies á vuestra excelencia—dijo el alcalde, que se había detenido

á alguna distancia, inclinándose profundamente.

—Sentáos, señor don Rodrigo—dijo doña Ana.

El alcalde se sentó con gran compostura.

—¿Cómo os va de salud, don Rodrigo?

—Para servir á Dios, al rey y á vuestra excelencia, muy bien, señora; ¿y vuestra excelencia goza de buena salud?

—Sí, señor alcalde.

Puso en cuidado á don Rodrigo aquel señor que doña Ana había antepuesto á su nombre y á su oficio, porque doña Ana, que era muy afable, le trataba comúnmente con una gran lisura.

Por algún tiempo se guardó por entrambos silencio.

Parecía como que doña Ana temía abordar la cuestión, y el alcalde, que comprendía para qué le había llamado doña Ana, se mantenía parapetado en la más profunda reserva.

Era, al fin, necesario hablar, y doña Ana, haciendo un violento esfuerzo, dijo.

—Me tenéis muy disgustada, señor don Rodrigo.

—Siéntolo en el alma, señora, porque el disgusto de vuestra excelencia es para mí una gran desgracia.

—Habéis tratado muy mal al señor Gaspar de Cacabelos, que es un hidalgo honrado, y que, sobre todo, está á mi servicio—dijo doña Ana.

—El alguacil causante del disgusto, señora—dijo con alguna impaciencia el alcalde—, está ya en la cárcel, y no escapará sin una buena vuelta de azotes.

—Pero entretanto, el buen Cacabelos, que cuida mucho de su honra, está con un calenturón que se muere.

—Y yo, señora, estoy que me ahogo con las insolencias que me ha metido en el cuerpo ese señor Cacabelos, y por las que lo hubiera pasado muy mal á no ser criado de vuestra excelencia; y perdóneme vuestra excelencia si me impaciento contra mi voluntad, porque las cosas que me están sucediendo desde esta mañana, son más para contadas que para sufridas.

—Vos tenéis la culpa—diio severamunte doña Ana, y más que vos el presidente y los oidores de la Chancillería de Valladolid, que no dicen á mi tío el rey, nuestro señor, que por más que vos seáis un gran caballero y un hombre de honra, no servís para alcalde, sino más bien, quitando lo bajo del oficio, para cómitre de galera y azotador de galeotes; todo lo lleváis á filo de espada; se asusta con vuestro nombre á los muchachos; habéis pasado á ser refrán; metéis en la cárcel al que no esturnuda á vuestro gusto; azotáis por cualquier nimiedad; ponéis á la vergüenza al más honrado por un quítame allá esas pajas, y para que vos ahorquéis á un cristiano se necesita muy poca cosa.

—Si vos me conocéis, señora—dijo don Rodrigo, que estaba azul—, comprenderéis que me estáis dando tormento.

—Váyase por lo mucho que vos atormentáis; pero noto que me tratáis de vos, y aunque seáis mucho, aún os falta mucho que ser para que podáis tratarme sin atrevimiento de tal á tal.

Doña Ana tenía toda la seca é insoportable altivez de los príncipes de la casa de Austria.

Cacabelos se lo había contado todo, y estaba terriblemente irritada contra don Rodrigo.

Pero por orgullo no hacía cargo á don Rodrigo de las palabras ofensivas que en desacato suyo había dejado oir el alcalde á Cacabelos.

—Perdóneme vuestra excelencia si me he olvidado un instante del tratamiento que á vuestra excelencia corresponde como hija del excelente é ilustrísimo señor don Juan de Austria, de gloriosa memoria, y como sobrina carnal del rey nuestro señor, á quien Dios guarde; pero trátame vuestra excelencia de tal modo, sin duda porque le han informado mal de mí, que no es mucho que yo, que respeto y amo á vuestra excelencia, dolorido por sus palabras, me haya olvidado del tratamiento, aunque nunca del respeto que vuestra excelencia merece como dama, como religiosa, y por venir del ilustre y altísimo origen de donde viene.

—Yo, señor don Rodrigo, os aprecio mucho, os tengo en mucho, porque caballeros como vos hay pocos, y porque la justicia en vuestras manos está segura de no ser vendida. Pero si bien es cierto que vuestra vara de alcalde no se dobla, también es cierto que es de hierro, y que vuestro celo por la justicia os lleva á ser riguroso hasta tal punto, que si todos los alcaldes y justicias del rey mi tío y señor fuesen como vos sois, muy pronto los reinos del señor don Felipe serían una inmensa cárcel levantada sobre un cementerio, en la cual no andarían libres más que golillas y los alguaciles.

—Están los tiempos tan malos, y con las muchas guerras que mantiene el rey nuestro señor vienen de allá de los ejércitos tantos aventureros

y tantos perdidos, que han picardeado á la gente y puéstola tan sobre sí, que es poco lo que hacen el tribunal del Santo Oficio y la justicia ordinaria para reprimir herejes y revoltosos. Poco es tener de hierro la vara; porque yo, en vez de ella, quisiera tener la espada de fuego del arcángel San Miguel, y aunque nos quedáramos pocos, los que quedaran serían buenos; y valen más pocos y buenos, que muchos y malos.

—Vos, señor don Rodrigo, veis las cosas, no como las cosas son, sino como á vos os parecen; quisiérais vos, y este es achaque de todos los ministros de justicia del reino, que sólo al veros temblase y se metiese en un puño todo un pueblo, olvidándoos de que los castellanos, de tan buenos como son, pecan de bravos, y que menos se alcanza con ellos por la fuerza que por la prudencia y los buenos medios. Dígalo, si no, lo de esta mañana. Alboroto hubo, pero uno de esos alborotos inevitables que tendrán siempre lugar aunque se castiguen á sangre; porque á los castellanos, cuando un insulto les sube la sangre á la cabeza, no se acuerdan de que hay oidores, ni alcaldes, ni picota, ni galeras, ni horcas, y darán siempre en el desacato y en la rebelion si antes de que hayan satisfecho el grito de su honra se mete en medio de ellos la justicia. Yo no digo, tenedlo muy en cuenta, que vos no hicísteis muy bien en meteros á cuchilladas con vuestra ronda en medio del tumulto y procuráseis reprimirle; pero digo, sí, que nada de lo que hicieron ó dijeron entonces ha podido ni debido tomarse á desacato ni resistencia á la justicia del rey, porque en aquellos momentos estaban encolerizados y no sabían ni lo que hacían resistiéndoos y contestando á vuestras palabras.

—Con ahorcar á los unos, echar á galeras á los otros y no dejar al menos sin azotes á ninguno, ya lo tendrán para otra vez en memoria, y bastará el alguacil más ruin para poner en paz á un pueblo entero.

—Mañana, y por menos que hoy, harán lo mismo, si no es que hacen más, á pesar de vuestra horca y de vuestras galeras.

—Yo juro á vuestra excelencia que Madrigal no se atreverá en mucho tiempo á subirse á las barbas á un alcalde.

—Si Madrigal no lo hace porque le despobléis, que no le despoblaréis, porque, por fortuna para estos reinos, hay en ellos quien es más prudente que vos y puede más que vos, y deshace un alcalde de la misma manera que le hace, se alborotarán mañana Ríoseco ó Arévalo, ó la misma Medina del Campo, sin que para dejar de alborotarse les venga en memoria lo que vos habéis hecho en Madrigal, si es que os lo dejan hacer, que eso aún no lo habéis visto.

—Daré, señora, con la venia de vuestra excelencia, parte al rey de que hay una persona real que pone entorpecimientos á su justicia—dijo don Rodrigo, á quien, como tenía poca, se le había acabado la paciencia, y poniéndose de pie tan lívido y tan pálido ya, que parecía el cadáver de un envenenado.

Esto consistía en que la bilis del buen don Rodrigo de Santillana era poco menos que ácido prúsico.

—Pues oid lo que os digo, señor alcalde—dijo doña Ana sin levantar la voz más de lo que antes la había levantado—: yo, doña Ana de Austria, sobrina de su majestad el rey de España, nieta del glorioso emperador don Carlos, os mando, en nombre del rey nuestro señor y mientras el rey nuestro señor determina lo que haya de hacerse, que si bien podéis prender, cumpliendo con vuestra obligación, á todo el que os pareciere culpable, no paséis más adelante ni echéis cadenas ni grillos á los presos, ni os propaséis á dar á ninguno un solo azote, ni aun siquiera poner á nadie á pan y agua mientras el rey nuestro señor no determine lo que hubiere de hacerse. Y porque veáis que yo os conozco bien y que sabía que no os apearíais de vuestra extremada severidad y de vuestra secatura por mi intercesión, he aquí cerrado y sellado un pliego que he escrito mientras vos tardábais, en que doy parte al rey nuestro señor de lo que ocurre, que hubiera inutilizado á ser vos más razonable, y que en este momento va á partir para Madrid. ¡Hola, Castronuño!

Inmediatamente se presentó un hombre como de treinta años, con botas y espuelas.

—Al momento á caballo, y de parte mía entregad en Madrid este pliego al señor cardenal Granvela, para que dé cuenta inmediatamente de él al rey nuestro señor.

Castronuño tomó el pliego, se inclinó profundamente y salió.

—¡Hola, Alvarado!—dijo llamando de nuevo doña Ana.

Se presentó otro hidalgo joven; pero sin traje de camino.

—Id y decid al corregidor y al prior de los agustinos, que pueden enviar la queja que ya saben al rey nuestro señor.

Alvarado se inclinó y salió.

—Pues, señora, nunca he estado tan contento como lo estoy—dijo don Rodrigo—; se me echan encima uua persona real, un prior de agustinos y un corregidor; voy con permiso de vuestra excelencia á seguir prendiendo gente, por si el rey nuestro señor me manda castigar á todos los culpables; pero no procederé contra ellos, hasta que el rey me mande proceder. ¿Tiene vuestra excelencia algo más que msndarme?

—Sí, don Rodrigo; os mando en nombre del rey, que permanezcáis preso en vuestra casa, hasta que el rey determine si habéis de procesar ó ser procesado por desacato á mi persona, de lo que daré á seguida parte al rey.

—¡Yo desacato, señora!

—¡Idos!

—Ha de escucharme vuestra excelencia.

—Idos, ó por Dios vivo, que he de ver si hay quien pueda poneros en la cárcel si lo mando yo.

El alcalde salió verdinegro de cólera.

Doña Ana se quedó murmurando:

—De esta vez me parece que nos vemos libres de don Rodrigo.

Entretanto, el alcalde bajaba las escaleras murmurando:

—Sin duda estorbo, y me quieren echar de aquí. ¿Pero por qué estorbaré yo?

Y el alcalde se dirigió á su casa, buscando en su pensamiento la resolución del acertijo de por qué estorbaba él en Madrigal.

Cuando llegó á su casa encontró en la antecámara de la sala baja, en donde esperaba paseando Yhaye-ben-Shariar, al escribano Ruy Dávalos, que como era la hora de la siesta, estaba adormilado en un sillón.

—Eh, señor Ruy Dávalos—dijo don Rodrigo de Santillana moviéndole bruscamente—; desportad, que no estamos en tiempo de reposos ni regalos.

—¿Vamos á continuar el proceso, señor don Rodrigo?—dijo Ruy Dávalos restregándose los ojos.—¡Válgame Dios y qué días nos busca su Divina Majestad!

—Desde ahora hasta que venga resolución de Madrid, no podemos hacer proceso á nadie: po la primera vez de mi vida se me ha puesto entredicho.

—¿Y por quién, señor don Rodrigo? ¿Quién hay en la villa que mande más que vuestra señoría?—preguntó admirado Ruy Dávalos.

—Una persona real.

—¡La señora doña Ana de Austrial—perdóneme su excelencia—, pero ¿qué la importa que vuestra señoría prenda aunque sea al *sursum cordam?*

—Pues ahí veréis; pero aquí debe haber gato encerrado, y juro á Dios y á la vara que llevo con honra desde hace treinta años, que yo he de saber si hay gato y de qué casta es: entretanto, estoy preso en mi casa de orden de la señora doña Ana de Austria.

—¡Preso vuestra señoría! ¿Y quién abajo del rey nuestro señor, ó de los señores oidores de la Chancillería de Valladolid reunidos, puede prender á todo un alcalde de casa y corte?

—Qué queréis, señor Ruy Dávalos; así andan las cosas; doña Ana de Austria no es infanta, ni aunque lo fuera, tendría jurisdicción sobre mí; pero es sobrina del rey, se la tiene por santa en la corte, porque yo no he dicho á la corte que es una santa que anda muy suelta, ni lo diré nunca, y si yo no obedeciera á lo que doña Ana me ha mandado en nombre del rey, me lo tomaría el rey á desacato, y puede ser que me hiciera matar á oscuras como á Montigni, en un calabozo enlutado con bayetas negras, sin más testigos que un alcalde, un fraile, un escribano y un verdugo; y aún así, sabe Dios cómo saldremos.

—Pero yo no entiendo esto; ¿si no se ha de hacer justicia, para qué alcaldes? Y si no alcaldes, ¿para qué justicia?

—Así anda el mundo, y así ha andado siempre; para los de abajo, la vara de un alcalde es de hierro; para los de arriba, la vara de un alcalde se convierte en una caña podrida; me voy consándo, y juro á Dios, que saliendo de esto, si me dejan la vara, he de hacer dejación de ella, para irme á mis tierrecillas á vivir tranquilo. Pero entretanto, por primera vez de mi vida estoy preso, aunque sey un preso muy extraño; porque puedo prender á todo el que quiera. Por lo tanto, señor Ruy Dávalos, y ya que prender podemos, poned preso en su celda al prior de los agustinos; encerrad en el convento rá todos los estudiantes que no estén ya en la

cárcel para que, aunque presos, no pierdan ni un sólo día de aula; mandad al corregidor que no salga de su casa, y ponedle un alguacil de guardia; y á todo bicho viviente que se encontrare con meritos para ser preso, metedle en la cárcel. Que no se ponga á nadie grillos ni esposas, ni á nadie se tome declaración; extended todos estos autos en forma, y traédmelos para que los firme.

—Sois el alcalde más divertido del mundo—dijo Aben-Shariar que había escuchado todo esto sin que le viera Ruy Dávalos, apenas don Rodrigo hubo entrado en la sala.

—¡Divertido, eh, monseñor!—dijo don Rodrigo de Santillana que echaba fuego por los ojos.

—¡Pues no! Llevais vuestra severidad hasta un extremo que deleita.

—Extráñame que diga eso un senador del Consejo de los Diez de la tremenda República de Venecia.

—Cuando hace ocho años estuvísteis vos allá, don Rodrigo, y tuvimos ocasión de conocernos, creo que no habéis visto ni un ejemplo de lo que está sucediendo aquí.

—¿Y qué haríais vos, monseñor, si os encontráseis en el caso en que me veo?

—Antes de contestaros, voy á suplicaros que no me deis el tratamiento que podría convenirme en Venecia.

—¿Como que podría?

—Sí, don Rodrigo; yo ando alejado del Consejo, he hecho dejación de mi cargo, el Consejo ha decretado que yo siga siendo uno de sus miembros, y yo, que me he empeñado en no serlo, hace ya algunos meses que por no asistir yo á sus deliberaciones, el Consejo de los Diez ha venido á ser el Consejo de los Nueve, y cuando he necesitado venir á España á buscaros, la licencia que como patricio de Venecia y no como senador he pedido para salir del territorio veneciano, se me ha concedido como senador, según habéis visto en la carta que os he entregado, y que aún tenéis sobre la mesa. ¿Habéis leído bien esa carta, señor alcalde?

—Sí, monseñor.

—Pues no la habéis leído bien, cuando me dais ese tratamiento. Hacedme la merced de leerla alto, para que yo me convenza de qué la habéis leído bien.

El alcalde, á quien turbaba, como hemos dicho antes, y seguía turbando Aben-Shariar, tomó la carta de sobre la mesa y la leyó con un acento ronco y particular, por el que se comprendía que estaba fuertemente contrariado, y se esforzaba en vano por disimularlo.

La carta decía así:

"El Consejo de los Diez de la serenísima República de Venecia, á su majestad católica el rey de España don Felipe II.

„Señor: á vuestros reinos va á asuntos particulares suyos, el patricio veneciano, senador de la República de Venecia, y uno de los diez de nuestro Supremo Consejo, monseñor Pietro Mastta.

„Va de incógnito, y queremos que su incógnito se respete, aun cuando por cualquier accidente llegue á descubrirse la alta dignidad de que se halla investido.

„Si por acaso monseñor Pietro Mastta fuese preso, por cualquier razón ó motivo que estimasen justo los que por vuestra majestad están encargados en sus reinos de hacer cumplir y respetar las leyes, desde el momento en que esta nuestra carta á vuestra majestad le sea presentada, deberán, en cumplimiento de la fidelidad que á vuestra majestad deben, suspender el proceso, guardar secreto acerca de esta carta, y remitirla con toda seguridad á vuestra majestad, para que vuestra majestad se entere de ella.

„Monseñor Pietro Mastta es inviolable; como que por la altísima dignidad de que está investido, representa por sí sloo y bastantemente á la serenísima República de Venecia.

„Por lo tanto, y velando el Consejo de los Diez por la inviolabilidad y la dignidad del Estado de Venecia, quiere que si monseñor Pietro Mastta incurriere en un delito, vuestra majestad asegure de una manera digna y decorosa á monseñor Pietro Mastta, avise con la brevedad posible al Consejo de los Diez, para que éste envíe comisarios que juzguen del delito; y tenga vuestra majestad en cuenta, que si el delito se probare con arreglo á las leyes de vuestros reinos, monseñor Pietro Mastta será arrojado del Consejo, depuesto y degradado de su dignidad de senador, borrado su nombre como patricio del libro de oro de Venecia, declarado no ciudadano de ella, y entregado á vuestra justicia.

„Pero si vuestra majestad se desentendiere de esta carta, no reconociere la inviolabilidad de monseñor Pietro Mastta, y mandare proceder

contra él, la serenísima República de Venecia se considerará gravemente ofendida, tendrá á vuestra majestad por su enemigo, le declarará la guerra, y la hará á vuestra majestad con todo su poder, con la ayuda de Dios, de la Virgen María y del evangelista San Marcos."

Seguían la fecha que era de primero de Agosto, la firma del Dux, las de los del Consejo de los Diez, notándose la singularidad de que también firmaba monseñor Pietro Mastta, y el gran sello de Venecia.

Aquella carta pesaba tanto en las manos de don Rodrigo, que casi no podía sostenerla, porque hay momentos en que un peso moral abruma tanto como un peso físico.

Por lo mismo, don Rodrigo volvió á poner, apenas leída, aquella carta sobre la mesa.

—Veo—dijo Aben-Shariar—que á pesar de lo claro y terminante de esa carta, no la habéis comprendido.

—¿Y qué os mueve á creer que no he comprendido lo que se contiene en este documento?

—Que no me lo habéis devuelto, señor don Rodrigo de Santillana, y que vos no podéis tenerlo más que el tiempo estrictamente necesario para remitirle con completa seguridad y sigilo al rey don Felipe; para ello, era necesario que vos me hubiéseis preso por un delito, y aún no hemos llegado á ese caso, ni llegaremos.

—Sin embargo, señor Pietro Mastta, la presencia en España y de incógnito de un personaje tal como vos, haría concebir sospechas al menos prudente; y como el rey mi señor no puede fiar mucho en la buena amistad de Venecia, yo, como leal vasallo del rey de España, he determinado enviar y enviaré, esa carta al rey mi señor.

—Estáis sentenciado, don Rodrigo, á hacer disparates por exceso de una severidad que no comprendo en vos; porque para ser severo con justicia respecto á los demás, era necesario que empezárais por ser severo con vos mismo. ¿Pues qué, no habéis vos cometido faltas, y faltas gravísimas, don Rodrigo? ¿Vos, terrible para con los demás, no sabéis que alguno que fuese tan terrible como vos, sería para con vos severísimo? Y sobre todo, vuestra severidad, aunque no fuese extraña, porque de nada tuviérais que acusaros, será siempre ciega é imprudente. ¿Creeis que el rey os agradecería el que le pusiéseis gratuitamente en un apuro de que no sabría cómo salir, si le remitiéseis esta carta? Lo que vos podéis hacer y lo que no haréis, yo os lo aseguro, es avisar al rey de que en sus reinos, cerca de su corte, existe no menos que un miembro del Consijo de los Diez de la República de Venecia, y aun así, el rey recelaría mucho; se pondría muy sobre ascuas, pero no sabría qué hacerse ni qué partido tomar; porque como yo no cometeré ningún delito, ni vengo para nada que tenga que ver con la cosa pública de estos reinos, ni con la amistad que existe entre la República de Venecia y el rey de España, todo lo que fuese atentar al libre ejercicio de mi libertad sería ofender á un Estado poderoso, á quien no se puede creer enemigo mientras él no lo declare, y con el que debe evitarse por todos los medios posibles y razonables una guerra.

—¿Pero á qué habéis venido aquí, señor Pietro Mastta?

—He venido á España solamente á buscaros; he preguntado por vos en Valladolid y me han dicho que os encontrábais en Madrigal y á Madrigal me he venido. Como vos me conocéis, como vos sabéis que yo pertenezco al Consejo de los Diez, os he presentado esta carta del Consejo para que comprendáis cuánto importa guardar secreto acerca de mi persona.

—Pero si ningún objeto político traéis, señor Pietro Mastta, ¿por qué no venís con vuestro nombre y vuestros títulos?

—Cabalmente, para evitar recelos y asechanzas; porque tal es vuestro rey, que le bastaría con saber que había en sus Estados un senador de Venecia, y á más del Consejo de los Diez, para que levantase castillos en el aire y cometiese alguna torpeza; tan es así, que á no ser por la gravedad del asunto que me trae, no hubiera venido.

—Estoy ansioso por conocer ese asunto, si es posible que yo le conozca.

—¿Pues no ha de serlo, si es un asunto vuestro, don Rodrigo?

—¡Mío!

—Sí, ciertamente; y para concluir este preámbulo y entrar en la cuestión, olvidáos de que yo soy lo que soy, y para contestaros á lo que me preguntáis acerca de lo que yo haría puesto en vuestro lugar, sólo tengo que deciros que en Venecia no suceden estas cosas, y que yo no desempeñaría por nada del mundo el oficio de alcalde de casa y corte que vos desempeñáis. A

otros países, otras costumbres, y á otras costumbres, otras leyes.

Y Aben-Shariar, haciendo punto redondo, se acercó á la mesa, tomó la carta y la guardó.

Después de esto, tomó un sillón, lo acercó á la mesa, se sentó y el alcalde se sentó también.

—¿Vos sois viudo, don Rodrigo?

—Sí, señor, desde hace muchos años.

—¿Vos no tenéis familia, don Rodrigo?

—No, señor.

—En España se entiende.

—En ninguna parte.

—¿Cuántas veces habéis estado en Venecia?

—Las dos veces que he sido Alcalde en la Chancillería de Nápoles.

—¿Y no guardáis ningún recuerdo de Venecia?

—He conocido en ella á muchas personas, y entre esas personas á vos, hace ocho años.

—¿Recordáis para lo que me vísteis á mí?

—Sí, señor; un galeón de Venecia había apresado á una nao española creyéndola pirata, y el gobierno de Venecia la había declarado buena presa; los dueños de la nao habían representado al virrey de Nápoles, y yo fuí comisionado para el arreglo pacífico de este asunto, que tenía algo de político; porque al ser apresada la nao, tenía desplegada la bandera española.

—Aquel asunto se arregló pronto y satisfactoriamente para ambos gobiernos.

—Es verdad; y á vuestros buenos oficios se debió el que no se agriasen las contestaciones entre Venecia y España.

—Gracias á mi paciencia; porque vos habéis sido siempre, don Rodrigo, iracundo y violento, y queréis llevarlo todo á punta de lanza. Mi primer y más penoso trabajo fué el reduciros á la razón y apearos de vuestras exageraciones; porque no sé cuántas cosas pedíais para que España se satisfaciese de un pretendido agravio, porque la verdad es que la nao apresada era pirata, había desplegado ilegítimamente la bandera española, y no hay razón alguna para pretender que la bandera cubra el delito; pero tampoco estaba Venecia en el caso de romper sus buenas relaciones con España por un asunto tal; se creyó, porque se quiso creer, que la nao no era pirata; se indemnizó á los dueños, se salió de aquel apuro y todos quedamos contentos.

—Por vuestros buenos oficios, le repito; así lo manifesté al virrey de Nápoles, conde de Lemus, que os escribió dándoos las gracias.

—Cumplí en aquella ocasión con mi deber como gobernante de Venecia, y no hay por qué agradecerme lo que hice. Pero antes que de Venecia saliéseis, cumplí también con mi deber respecto á vos como hombre. Me debéis la vida, señor don Rodrigo de Santillana.

—¡Yo!—dijo el alcalde con extrañeza.

—Vos.

—Si os debo la vida, lo ignoro.

—Porque yo, cuando os la salvé, no me dí á conocer de vos. ¿No recordáis haberos encontrado en un gran peligro, en un peligro de muerte, hace ocho años, en Venecia, en el Gran Canal, más allá de Rialto?

—Sí—dijo estremeciéndose el alcalde, como al recuerdo de un gran peligro unido á una de esas situaciones que jamás se olvidan—; estuve á punto de ser asesinado y fuí salvado no sé por quién.

—Por mí; los del Consejo de los Diez velan siempre por Venecia, y uno de ellos, alternativamente, recorre durante la noche en una góndola del Estado los canales, para ver si se ejerce bien la vigilancia por los esbirros; el senador que hace este servicio va generalmente disfrazado y cubierto el rostro con un antifaz para poder observar mejor, y muchas veces él mismo comete una falta para probar si se obedecen bien las leyes, y procura sobornar con oro á los esbirros, que cumpliendo con su deber le prenden.

—Lo mismo solemos hacer los alcaldes de España.

—Es bueno que los encargados superiores de hacer cumplir las leyes vean por sí mismos si cumplen con su obligación los encargados inferiores. Pero viniendo á nuestro propósito, está mandado en Venecia que las hosterías no se abran á nadie después de haber sonado el toque de reposo de la gran campana de San Marcos, á cuya hora deben apagarse las luces y quedar libres los canales. Se me había dado parte que los esbirros de Rialto faltaban á su deber, permitiendo que en la gran hostería de Rialto permaneciesen gentes y tuviesen lugar aventuras galantes en las altas horas de la noche. Esto era demasiado grave; entré en una góndola con algunos esbirros secretos del Consejo y me encaminé á la hostería de Rialto.

—En aquella hostería habitaba yo.

—Era y es la mejor hostería de Venecia, don-

BIBLIOTECA Granada ANDALUZA

de se alojan los príncipes y los grandes señores que van á visitarla. Yo sabía la señal que era necesaria para que la puerta de la hostería se abriese: tres golpes dados en la puerta con la mano y un ligero silbido; salté en tierra delante de la hostería sin que un sólo esbirro apareciese para detenerme, á pesar de que allí hay muchos, porque hay que guardar las grandes riquezas de los judíos, que tienen sus magníficas tiendas en el puente Rialto; llegué á la puerta de la hostería, llamé como estaba convenido, é inmediatamente la puerta de la hostería se abrió; entré, me encontré en un espacio oscuro, en el vestíbulo, y la puerta volvió á cerrarse; adelanté sin vacilar, porque conocía demasiado la hostería; más allá del vestíbulo encontré los departamentos iluminados ni más ni menos que como cuando en las horas permitidas la hostería estaba abierta al público. En una mesa junto á la puerta del primer salón, reparé en cuatro condotieros de los de más terrible aspecto, de esos que no se ven en ninguna parte, y que cuando se les ve se puede estar seguro de que junto á ellos existe un gran crimen. Pasé sin hacer ni un solo movimiento que pudiera inspirarles sospechas, y seguí acompañado de uno de los sirvientes de la hostería hasta un retrete particular en donde entré. Lo primero que hice fué sacar del bolsillo cuatro escudos de oro y ponerlos en las manos del sirviente.

—¿Y por qué esto?—me preguntó.

—Tú tienes cara, hijo—le respondí—, de ser un buen muchacho á propósito para sacarme de un apuro en que me encuentro. Como á la hostería de Rialto viene todo el mundo, yo he dicho: allí donde todo el mundo va, encontraré indudablemente lo que necesito.

—¿Y qué necesitais, excelencia?—me respondió sonriendo el serviente de la hostería—; porque yo estaba haciendo sonar monedas de oro dentro de mi bolsillo.

—Padezco de una dolencia singular, amigo—le dije—; tengo atravesado en el corazón un hombre.

—Vamos, una espina ponzoñosa — contestó guiñando un ojo, y con una sonrisa sesgada el sirviente—; las espinas de los dedos se sacan con una aguja; las espinas del corazón se sacan con un puñal; también se sacan las espinas de los dedos con un unguento, y también hay unguentos, aunque algo más caros, para quitarse de encima lo que se atraviesa en el corazón.

—¿Un veneno, eh?

—O una cosa semejante.

—Pues mira, acabo de ver al pasar por la gran sala cuatro buenos muchachos, cada uno de los cuales me parece muy á propósito para quitarme del corazón al hombre que me hace daño en él.

—Yo no sé si esos querrán—me dijo—; porque no los conozco más que desde hace una hora que llegaron detrás de una dama que está arriba encerrada en el aposento de uno de los huéspedes, de un señor muy tieso y muy serio, ya de años, que es español, y ha venido hace un mes de Nápoles.

Al oir esto don Rodrigo se puso pálido, y su mirada se hizo vaga.

Aben-Shariar continuó:

—Echame para acá uno de esos tunos.

—Si no le doy cebo, no vendrá; porque son muy desconfiados estos pillos de condotieros.

—Pues toma, y dales—contesté entregando algunas monedas de oro al sirviente que salió y volvió á los diez minutos con el condotiero más arrogante y más bravo que he conocido en Venecia, y que fué lástima que acabase tan pronto y tan desastradamente su carrera.

—Buenas noches, excelencia—me dijo sin quitarse el sombrero, y con la espada desnuda debajo del brazo en que tenía revuelta la capa, que caía por detrás derribada del hombro derecho—; esta ave fría (y señalaba al sirviente), me ha dado diez buenos cruzados de oro de vuestra parte, y yo, que sé responder como se debe á tan buenos cumplimientos, tengo el honor de venir á veros, excelencia, para ponerme á vuestras órdenes.

—Vete y cierra la puerta, ponte en acecho, y tose recio si se acerca alguien.

El sirviente salió.

—Vamos; por las prevenciones que tomais, excelencia, me parece que se trata de algo serio.

Me puse de pie, adelante hacia el condotiero, y me abrí las ropas exteriores, dejándole ver mi justillo interior.

El condotiero dió atrás dos pasos aterrado, dejó caer la enorme espada desnuda que llevaba debajo del brazo, tembló y cayó de rodillas.

—¿Y por qué se alteró de tal manera aquel hombre?—dijo el alcalde.

—Por lo que habeis visto aterrados ante vos

á tantos criminales al mostrarles el signo de la justicia; vosotros llevais un signo demasiado visible; una larga vara negra que es más alta que vosotros, y que á tener hierro os pudiera servir de pica. Nosotros llevamos oculto nuestro signo de justicia, y no le dejamos ver sino cuando conviene; nuestro distintivo se ve desde muy lejos, y el nuestro sólo se ve cuando estamos muy cerca; vuestro distinto sólo amenaza con una pena dada é invariable con arreglo al delito, porque vosotros seguís de una manera inalterable la letra de las leyes que los criminales conocen en lo que les concierne, tan bien ó mejor que vosotros. Nuestro distintivo causa un terror frío al que le ve, por leve que sea la culpa; porque detrás de nuestros distintivos de justicia, están las prisiones de la inquisición del Estado, cuyos misterios nadie ha descubierto, y cuyos horrores exagera la imaginación, porque nosotros no hacemos ni más ni menos que lo que vosotros hacéis, esto es, atormentar para descubrir la verdad, y después estrangular ó sofocar; pero se habla de emparedamientos, de muertes por hambre, de despedazamiento, de horrores; y el terror, un terror frío, un terror de muerte se apodera del que ve lo que en aquellos momentos vió el condotiero, y que no fué más que lo mismo que vais á ver ahora, don Rodrigo.

Y Aben-Shariar se abrió el coleto de gamuza y dejó ver bajo él, sobre un justillo de raso negro, las tres letras bordadas con hilo de plata que ya conocemos: C. D. X.

El alcalde se inmutó al ver aquellas tres letras, aunque no era veneciano, ni estaba en Venecia. Y se inmutó, porque sabía demasiado que el pavoroso poder de Venecia alcanzaba á todas partes; que aquel á quien Venecia sentenciaba moría, aunque estuviese lejos de ella, ya fuese rey ó príncipe, magnate ó mendigo. Porque Venecia disponía siempre de agentes admirables que sabían hacer que el tósigo devorase las entrañas de los sentenciados de la República.

Don Rodrigo sabía que nadie veía aquellas tres formidables iniciales, sin que su sola vista fuese la amenaza seria de una gran desgracia.

Por eso don Rodrigo al verlas se inmutó.

Aben-Shariar permaneció algunos segundos mirando fijamente al alcalde, absorbiendo su turbación y dejándole ver las tres letras de plata en fondo negro, que parecían atraer la mirada cobarde de don Rodrigo.

Al fin, Aben-Shariar cerró su coleto de gamuza, ocultando las tres letras.

Pero ya había acabado de convertirse en un sér completamente terrible para el alcalde.

Este, sin embargo, se rehizo:

—¿Y por qué llevais—dijo pretendiendo ser severo—ese distintivo de autoridad en los dominios del rey de España, cuando su majestad no os autoriza para ello, y cuando, sobre todo, ese distintivo no tiene aquí fuerza alguna?

—Le llevo... por costumbre. Y en cuanto á lo de que aquí no tiene fuerza alguna este distintivo, es tal y tan respetable para el que le conoce, que el mismo rey de España, con todo su poder, sentiría al verle un recelo vago y frío, y comería con inquietud los platos que le presentasen sus gentiles-hombres. ¿Quién se atrevería á llevar sobre sí las iniciales del Consejo de los Diez, aunque fuese en el rincón más apartado del mundo, que no expiase su audacia, si no estaba antorizado para llevarlas? ¿Ni quién, aun estando autorizado, las mostraría sin tener para ello el consentimiento de la República y su poder entero al lado?

—¿Quiere esto decir que esas letras que acabo de ver son para mí una amenaza?—dijo con bravura don Rodrigo.

—No, por Dios; no creais eso; os he mostrado estas letras porque ha venido á punto, como se muestran sin transcendencia alguna á un antiguo conocido, que es al mismo tiempo un alto ministro de justicia familiarizado con estas cosas y un caballero.

—Habéis tomado, sin embargo, una posición extraña que no comprendo.

—En último caso, esto quiere decir, y no os lo debo ocultar, que aunque yo estoy solo en España, Venecia está en España conmigo, viendo, oyendo y juzgando con mis ojos, con mis oídos y con mi razón.

—Es decir, que Venecia nos espía.

—Algo más noble y más alto que eso, señor don Rodrigo; un tan alto magistrado como yo no puede confundirse nunca con un miserable espía; podrá ser un testigo vigilante, un terrible poder oculto; pero más bajo que esto, no.

—Perdonad; ha sido una mala elección de palabra; he querido decir que Venecia, por medio de vos, nos observa.

—Eso es distinto: eso pudiera ser, pero no lo es; os repito que he venido á España sin ningún

objeto político, que todo se reduce á un asunto particular, que os interesa mucho á vos, y que, aunque no tanto, me interesa también á mí; y como en España vos sois mucho y estais ensoberbecido porque llevais treinta años de ser alcalde de casa y corte, lo que es lo mismo que decir que llevais treinta años de ser poco menos que el rey don Felipe, es bueno que sepáis que tenéis enfrente un poder fuerte, y que si no obrais estrictamente en justicia en el asunto que me trae á España, podrá suceder que sepáis por experiencia propia si el poder de Venecia alcanza ó no á los que están fuera de sus Estados, aunque los proteja un rey tan fuerte como el rey don Felipe.

—Resulta siempre que está suspendida sobre mi cabeza una amenaza—dijo sobreponiéndose á todo por un esfuerzo heroico Santillana y con la expresión y el acento de una noble altivez.

—Lo que tenéis sobre vos—dijo fríamente Aben-Shariar—no es una amenaza, sino una leal advertencia.

—Lo que no comprendo—dijo don Rodrigo—es cuál pueda ser ese asunto particular mío que ha obligado á venir secretamente á España no menos que á uno de los altos magistrados que forman el Supremo Consejo de Venecia.

—Continuemos mi interrumpido relato y pronto sabréis cuál es ese asunto, don Rodrigo—dijo Aben-Shariar.

Guardó por un momento silencio y luego continuó:

—Os decía que el condotiero cayó á mis pies temblando cuando yo me acerqué á él y me abrí mis ropas.

Ya habéis visto lo que vió el condotiero sobre mi pecho, y habréis comprendido por qué razón cayó de rodillas.

Yo me acerqué á él, le levanté de una manera brusca y le dije sin soltarle la mano:

—Vas á morir de una manera miserable si no revelas al Estado lo que habéis venido á hacer aquí tú y tus tres compañeros.

—Hemos venido á pasar alegremente la noche—me dijo sobreponiéndose á todo con su infinita audacia de condotiero.

—Vosotros no sois bastante ricos para hacer una cuenta en la hostería de Rialto; vuestro lugar está en las tabernas de la plaza.

—Alguna vez, excelencia, nos hemos de regalar el cuerpo como los grandes señores.

—¿Y por qué has tomado mi dinero y has venido á ponerte á mi disposición?

—El dinero se toma siempre, y es muy justo servir y complacer al que nos le da.

—Pero cuando se da tanto dinero, el que le toma se obliga á todo.

—Esa no es una razón; puede haber un hombre que dé su dinero por el solo gusto de darlo, porque de todo hay en el mundo, y el venir á agradecerlo, no quiere decir que vendamos por dinero nuestra alma al diablo.

—Estás preso por la inquisición del Estado—le respondí por única contestación.

—¡Preso!

—Sí; y los otros tres que te acompañan.

—Es decir, que os habeis propuesto saber, excelencia, á qué hemos venido aquí mis compañeros y yo, y que si no os lo digo nos harán pedazos hasta que lo digamos en la cárcel de la inquisición.

—Eso es.

—¿Y si os lo digo?...

—No se os pondrá á la prueba del tormento.

—¿Ni se nos prenderá?

—Si dices la verdad y la prueba, no.

—Pues voy á cantar lo mismo que una alondra, excelencia; pero soltadme, que teneis la fuerza de un toro y me estais rompiendo el brazo.

—Habla—dije soltándole.

—El condotiero se arregló su capa, su redecilla y su gorra y me dijo con una serenidad insolente:

—Hemos venido para dar de puñaladas en una góndola, y arrojarle después al canal, á un caballero que saldrá de aquí con una dama.

—¿Sabeis el nombre de ese caballero?

—Nosotros nunca ajustamos un difunto, sin saber qué clase de persona es, su nombre, su procedencia y su categoría, para poner el precio conveniente. El difunto de que ahora se trata, es un caballero español, muy principal, que está empleado por el rey de España en Nápoles, que ha venido á Venecia no sé á qué, y que se llama don Rodrigo de Santillana.

El alcalde hizo un movimiento de indignación.

—No fué mala suerte la vuestra—dijo Aben-Shariar—, de que yo rondase aquella noche, y se me ocurriese entrar tan á punto en la hostería de Rialto. ¡Me debeis decididamente la vida,

don Rodrigo! Si yo no entro aquella noche allí, sois hombre muerto.

—¿Y por qué no me lo dijísteis entonces, como me lo decís ahora, para que yo os lo agradeciera?

—Lo que se hace en cumplimiento de un deber, no exige, no merece el agradecimiento. A más de eso, el bien debe hacerse por el bien mismo, no porque nos le agradezcan. Pero continuemos.

—¿Sabes tú por qué causa se pretende la muerte de ese caballero?—pregunté al asesino.

—La causa me importaba poco, con tal que me pagaran bien la muerte—me contestó con su eterno descaro el condotiero.

—Pero sabrás quién te ha mandado dar de puñaladas á ese hombre.

—Sabeis demasiado, excelencia, que estas cosas se tratan siempre con antifaz; yo no puedo deciros otra cosa, sino que ayer, un hombre que parecía criado de casa grande, habló conmigo, me propuso el negocio, y yo convine en él mediante la suma de cien cruzados, que se me entregaron poco después. Se convino que esta noche á la una viniésemos en una góndola á la hostería de Rialto, otros tres y yo; que entrásemos en la hostería, y nos colocásemos en la gran sala, junto á la puerta por donde se pasa para atravesar la sala y llegar á las escaleras; que cuando viésemos bajar á un caballero alto, blanco, pálido, serio, de más de cincuenta años, asido del brazo de una dama enmascarada, con antifaz y manto negro, y vestido celeste, los siguiéramos, y cuando entrasen en una góndola, nos fuésemos detrás de ella con la nuestra, y á la salida del Gran Canal nos apoderásemos de la góndola y del caballero, le apartásemos de la dama, llevándole á la góndola, sujeto y con la boca tapada y le llevásemos hasta las lagunas, en medio de las cuales le mataríamos y la arrojaríamos al agua; después de lo cual iríamos á dejar en tierra á un incógnito que habría estado con nosotros para ser testigo de que habíamos cumplido aquello á que nos habíamos obligado. Esa es la historia, y nada más tengo que decir, y que la Santa Madonna me falte á la hora de mi muerte, si no os he dicho la verdad, excelencia.

—Pues bien, vete adonde estabas, no digas ni una sola palabra de lo que sabes ni aun á tus compañeros. No te olvides de que la hostería está cercada, de que nadie puede escapar, y de que si pretendes escapar, antes del amanecer has acabado de muy mala muerte.

—Descuidad, excelencia.

—Vete.

El condotiero salió y poco después salí yo tras él á la gran sala, me senté en una mesa algo distante, pedí vino, y permanecí observando á los condotieros.

Poco después aparecísteis vos, llevando del brazo á una mujer, salísteis con ella, salieron tras vos, y después de un ligero intervalo, los cuatro condotieros, y tras los condotieros yo.

Mi góndola siguió sin perderla, y sin ser vista por ella, la góndola de los condotieros. Ya sabeis lo que sucedió después.

—Sí, la góndola en que yo iba con una dama fué acometida de repente, me sentí sujeto, y sin poder valerme, sin poder gritar, porque me habían tapado la boca, fuí trasladado á otra góndola. Aquella góndola anduvo algún tiempo, y después se detuvo, y fuí sacado de ella y puesto sobre el borde de un canal. Una vez allí, me destaparon la boca y los ojos, que también me habían vendado, me desataron, y me encontré solo y sin espada y sin puñal, porque me los habían quitado, entre algunos hombres vestidos de negro y enmascarados.

—Señor don Rodrigo de Santillana—me dijo uno de aquellos hombres afectando la voz, sin duda para que no le conociese...

—Aquel hombre os dijo—continuó Aben-Shariar interrumpiendo al alcalde—: "Pues habéis concluído ya los asuntos que os trajeron á Venecia, idos de Venecia cuanto antes, porque aquí peligra vuestra vida y no siempre estará la República á vuestro lado para salvaros."

—Es verdad—dijo don Rodrigo de Santillana—; y sin darme tiempo para contestarle, aquel hombre añadió dirigiéndose á los demás, que sin duda eran sus inferiores: "Llevad á este caballero á la hostería de Rialto."

—Aquel hombre era yo—dijo Aben-Shariar—y no hice esto sólo; necesitaba saber por qué se os había querido matar, y me trasladé á las prisiones de la Inquisición del Estado, adonde había sido conducida la mujer con quien habíais salido de la hostería.

Don Rodrigo escuchaba con la más grande atención.

—Aquella mujer—dijo Aben-Shariar—estaba sin antifaz en las prisiones, y al verla retrocedí;

era una de las damas más hermosas, más nobles y más codiciadas de Venecia; se llamaba...

—Gabriela Prósperi—dijo con voz ronca don Rodrigo de Santillana.

—¿Y nada os dice vuestra conciencia al recordar el nombre de esa mujer?—dijo Aben-Shariar.

—Ha sido la causa de una de mis debilidades—dijo el alcalde—; cuando yo fuí á Venecia diez años antes de la época en que vos me conocísteis, sólo tenía cuarenta años; aún hervía joven la sangre en mis venas.

—Y Gabriela sólo contaba quince, y debía ser tentadora; pero las mujeres á los quince años, don Rodrigo, no saben lo que aman, ni por qué aman; están en el período más peligroso de la vida de la mujer; es una verdadera desgracia para ellas el tropezar á esa edad con un hombre experimentado, conocedor de las debilidades de la mujer; vos entrábais con suma confianza en la casa del patricio Prósperi, os sedujeron la pureza y la hermosura de Gabriela, os enamorasteis de ella, no con el alma, sino con los sentidos, y la pobre niña fué vuestra, porque no podía menos de serlo; porque su ignorancia de la vida no podía luchar con vuestra experiencia; porque os ayudaba ese exceso de vida que se advierte en las mujeres muy jóvenes, y que no han amado aún, pero ansían conocer el amor. ¿Por qué al ser vuestra Gabriela, no la hicisteis vuestra esposa?

—Porque he sido casado una vez, y aunque me fué muy bien con mi esposa, juré no volverme á casar.

—Pero no jurasteis no seducir á ninguna mujer.

—Sea como quiera, yo no pude ni debí casarme con Gabriela.

—Pero Gabriela pudo ser madre por culpa vuestra.

FIN DEL TOMO CUARTO

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid por la policía en 1884.

Esta obra del ilustre catedrático don Migeul Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. La velada que los escolares madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Llorca y Compañía, Mesonero Romanos, 42, Madrid Apartado de correos 376.

Libros nuevos

TEATRO DE AMOR

He aquí un libro verdaderamente excepcional. Su autor, José Francés, es una de las figuras más salientes y más justamente elogiadas por la crítica. Su presentación editorial es un prodigio de buen gusto, de elegancia y de suntuosidad. Su texto—en esta época de libros *estirados* fragmentarios—es de una selecta y al mismo tiempo enorme cantidad de lectura.

Teatro de amor reúne en un tomo toda la obra teatral del ilustre dramaturgo José Francés.

Las comedias, los dramas que integran *Teatro de amor,* han triunfado ya en los escenarios.

Pero su interés, su amenidad, su gran importancia editorial, estriba en que recoge y afirma uno de los aspectos más admirables del admirable Francés.

José Francés, novelista, cuentista, crítico de arte, cronista, es antes que nada un gran dramaturgo.

Su teatro es audaz, viril, valiente, pleno de sorpresas y energías cerebrales; pero, además, tiene exquisita sentimentalidad.

Alguien le llamó el «dramaturgo de las mujeres». Nada tan cierto como esa afirmación. El alma femenina no tiene secretos para el ilustre escritor, y por eso *Teatro de amor* resulta una espléndida colección de retratos psicológicos de mujeres.

Se trata, en suma, de uno de esos libros que, además de sintetizar la personalidad de un literato, son el exacto reflejo de una época literaria.

Teatro de amor, finalmente, lleva una portada á todo color que ha dibujado Penagos, el artista que ya en el *Arte de leer,* publicado también por la **Editorial Española Americana,** dejó muestra admirable de su arte depuradísimo.

Pedidos á la EDITORIAL LLORCA Y COMPAÑIA, Mesonero Romanos, 42, MADRID

Precio del ejemplar, 3 pesetas.

Nuestra Casa, que hasta ahora se llamó EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA, se llama desde hoy:

Editorial Llorca y C.ª

Rogamos á nuestros abonados que tomen nota de este cambio de título Editorial.

EDITORIAL LLORCA Y C.ª - Madrid

MESONERO ROMANOS, 42. APARTADO DE CORREOS 376

Novísima Historia Universal

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. 20.000 grabados. Historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en láminas de colores, mapas etc. *Cinco pesetas el volumen en rústica y seis pesetas encuadernado en tela.*

Acaba de publicarse el tomo VIII. «Formación de los grandes Estados

Novísima Geografía Universal

por ONÉSIMO Y ELISEO RECLÚS. traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.º de compacta lectura, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Henry Regnault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

Cuatro pesetas el tomo en rústica y cinco pesetas encuadernado en tela.

La Ciencia para todos

Una peseta volumen, encuadernado en pasta y con numerosos grabados.

Historia de Europa.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—El Polo Artico y sus misterios.—La vida íntima de los griegos y los romanos.

Biblioteca de Cultura Contemporánea

LOS MEJORES AUTORES.—LAS MEJORES OBRAS

El Arte de Leer, por E. FAGUET, de la Academia Francesa.
La Nueva Libertad, por W. WILSON, presidente de los Estados Unidos.

Dos pesetas volumen, magníficamente presentados.

Argentina y sus grandezas

por VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Un tomo un folio, á todo lujo con más 3.000 fotograbados en cobre y tricomías, encuadernado en piel y relieves. *25 pesetas.*

VOLÚMENES DE PRESENTACIÓN MODERNA. CUBIERTAS Á TODO COLOR

La danza del corazón, novela, por JOSÉ FRANCÉS 3,50 pesetas (Acaba de publicarse).

Teatro de Amor, por JOSÉ FRANCÉS, 3 pesetas.

Libro de diversas trovas, por DIEGO SAN JOSÉ, 2 pesetas.

La Vida Eterna, por C. R. AVECILLA, 3 pesetas.

La Libertad de la cátedra, por M. MORAYTA.—Sucesos universitarios de la Santa Isabel. Asalto y clausura de la Universidad de Madrid por la policía, *2 pesetas.*

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras de Sherlock Holmes.

Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskeville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes.—El problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos. *Una peseta volumen.*

Novelas en cartoné á una peseta

La conspiración de los millonarios.—El batallón de los hombres de hierro.—El regimiento de los hinoptizadores.—El desquite del viejo mundo, por G. Guittón y G. Rouge.—Doña Martirio, por M. López Robert.—Amor de pobre, por R. de Solano Polanco.—Márgara, por A. Larrubiera.—La tirana, por E. Ramírez Angel.—El otro hogar, por Adelardo F. Arias.—D. Juan de Austria, por Antonio Santero.—In illo témpore, por E. Sánchez Vera.—De espaldas al sol, por J. Téllez y López.—El diamante del comendador, por P. du Terrail.—El crimen de la calle de la Paz, por Adolfo Belot.—Jerónimo Paturot, por Luis Ribaud.—Los hermanos de la costa, por M. González.—La corte de Luis XIV, por A. Dumas (2 tomos en rústica).

EN PREPARACIÓN.—BIBLIOTECA DE JUGUETES

Lo que cantan los niños

Magníficas tapas

en tela para encuadernar la NOVELA ILUSTRADA. Las novelas de Víctor Hugo, en 2 tomos.—Las de Tolstoy, en uno.—Los tres Mosqueteros y Veinte años después, en uno.—El Vizconde Bragelonne, en uno.—El Conde de Montecristo, en uno.—Ascanio y Las Dos Dianas, en uno.—El paje del Duque de Saboya, El Horóscopo y la Reina Margarita, en uno.—La Dama de Monsoreau y los Cuarenta y cinco, en uno.—Rocambole, en ochos—Memorias de un médico, en uno.—El Collar de la Reina, en uno.—El Tribunal de la Sangre, en dos.—El Siglo de las tinieblas, en dos.—Angel Pitou y El Caballero de Casa Roja, en uno.—La Condesa de Charny, en dos.—Las obras de Mayne Reid, en dos.—El hijo de Artagnán y Eugenia Grandet, en uno.—El oro sangriento, Flor de Alegría y la La señorita de Montecristo, en uno.—Los Mohicanos y Las lobas de Machecul, en tres —Don Juan Tenorio, en uno.—La maldición de Dios, en uno.—Diego Corriente, en uno.—El alcalde Ronquillo, en uno.—Los Girondinos, en dos. *Precio: Una peseta.*—Forman un hermoso tomo de lujo.

Pedidos: MESONERO ROMANOS, 42, y á los corresponsales de la NOVELA ILUSTRADA